

ALFONSO ANDRADE GARRIGA

CHACOTA

LITERARIA



CUENCA - ECUADOR

—
1947
—

Edit. EL MERCURIO
—

CHACOTA LITERARIA

BIBLIOTECA

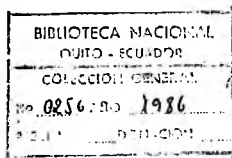
DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. Nº 221

FECHA DE CONSTATAION 30 DIC 1949

VALOR S/ 7.00

CLASIFICACION



PARA EMPEZAR

Muchos de los artículos y epigramas, que forman este volumen, corregidos y adaptados, en lo posible, a los actuales momentos, son ensayos de nuestra lejana iniciación literaria.

«CHACOTA LITERARIA», sale a la palestra, con la mejor intención del mundo, y sin otro objeto que el de entretener y hacer sonreír.

Su nota esencial es el esparcimiento. Hemos procurado darle la inquietud y travesura de los niños que, sin intención ni malicia, van tocando cuanto hallan al paso: cacharros, iconos, baratijas, juguetes; y con la misma facilidad con que los besan y acarician, échanlos a rodar o los rompen, dejando oír, sobre el reclamo y las protestas de los perjudicados, el supremo argumento de su risa . . .

Devotos de las normas clásicas, hemos puesto todo empeño en hacernos entender, sin salirnos de los carriles de la moral literaria; por más que en espíritus demasiado severos, disuenen ciertos conceptos que deberían excusarse, dada la forma en que van expuestos.

Un niño desnudo, no provoca escándalo; porque donde sobra el candor, huelga la camisa . . . Así asoma algún personaje en CHACOTA LITERARIA.

Hemos querido comenzar riendo, y haciendo el papel de Toni, en este Circo de literatos morlacos,

donde el prurito de originalidad fatiga el malabarismo y abundan los que pirueteen sobre el sobado e inseguro trapecio de la metáfora barata; mientras los equilibristas, en paños algo menos que menores, procuran esconder la cara, para mostrar lo que no deben, suspendidos de un pelo en el abismo del idioma . . .

Entre tantos rostros, truculentos, de críticos, historiadores y arqueólogos; didácticos, místicos, épicos, apologéticos y elegíacos, hace falta una cara plácida, en la que florezca la sonrisa, con la espontaneidad de la verbena o la retama en los caminos.

En nuestros banquetes literarios, casi siempre quedan resentidos los órganos del gusto, y estomagada la mayoría de los comensales; pues, no siempre se ofrecen manjares dignos de ser ofrecidos a los Dioses.

Venimos, pues, a sentarnos en el último puesto de la mesa, para ofrecer, en CHACOTA LITERARIA, una salsa indiana, en la que, tal vez, falte la sal, pero sobran estimulantes. Si con ella hacemos desarrugar los rostros y conseguimos que la truculencia se convierta en alegría, habremos culminado en el empeño. Sabemos que lo escaso del condimento ahorrará suculencia a la vianda, pero su misma simplicidad permitirá el repapilamiento; sin peligro de indigestiones, desde que la hilaridad es el mejor de los digestivos.

CHACOTA LITERARIA, hace una genuflexión turca, de rendimiento, a la prensa ecuatoriana y, por especial simpatía del autor, se acoge a la noble amistad de doña Hipatía Cárdenas de Bustamante.

EL AUTOR

EL GUANTE

Al empezar este artículo, se hace indispensable, para enderezar conceptos, dar la razón de mi constante empeño en elegir siempre temas que pudieran calificarse de pueriles.

En mi excesiva facultad sensoria, los dolores de la vida toman descomunales proporciones. Enfermo de sensibilidad, vivo haciendo esguinces a la pena. Cuando las lágrimas anegan mis ojos y la angustia, aferrada a mi garganta, aprieta y aprieta sus nudos, procuro aturdirla, haciendo trabajar la mente con motivos que tiendan a la hilaridad, por fútiles y disparatados que sean.

En el primer momento, la emoción, dolorosa, se resiste; protesta el corazón, sojuzgado por el deleite del sufrimiento . . . Pero el sistema se impone: las primeras frases salen a redopelo, desgarrándome y, lentamente, a medida que se hilan los conceptos, se van distendiendo los nervios y borrándose las dolorosas comisuras de mis labios. Enrédase el asunto, se hacen esfuerzos para dar con los vocablos que cristalicen el pensamiento y acaba el gesto trágico convirtiéndose en hilarante mueca . . .

Así surgieron la mayor parte de mis epigramas que, por el estado de mi ánimo, debieron de ser elegías. La pena pretendía sojuzgarme, pero yo hacía cosquillas a mi pena . . . Y como el niño que con juguetes se consuela, así hice yo de la pluma mi juguete.

te. Por esta razón, la mayor parte de mi obra es impublicable, y quedan en mi escritorio los inéditos, como sobre el canasto, gasas y algodones, después de una operación quirúrgica...

Sujetadas al crisol esas producciones, acabarían por evaporarse... Mas, si algo cristalizaran, fueran mis lágrimas...

Pero vuelve el endriago de la emoción a «echarme el guante»; y yo, recogiendo, para enguantar la sensibilidad y diciendo: «salvo el guante», endilgo la imaginación por otro lado. Y no a guante puesto, sino a mano limpia, enristro la pluma que, si no de ganso, o bien tajada, no dejará de ser curiosa y, «de guantes», campesina.

Así, empezamos diciendo que las manos son las secretarías públicas y privadas de su dueño.

Los ojos, la palabra, tienen menos elocuencia que la mano y no llegan nunca a donde ella llega...

El amor le ha hecho su principal vehículo... Nada dice «te amo», como una mano que oprime trémula... Nadie jura, sino con la diestra levantada... Nada bendice, amenaza, pide, ofrece, acaricia y perdona, como una mano... Las pasiones en ella se transparentan... Pero, por más que se diga que «gatito con guantes no caza ratones», en veces se hace indispensable enfundar la mano para ocultar las intenciones. De allí la necesidad del guante...

Sé que lo que voy escribiendo, ha de quedar, como la mayor parte de mi producción, inédita; y me alegro, porque, de otra manera, tendría que sujetarme a la opinión de los críticos que, indudablemente, me pondrían «más blando que un guante...» Y en ese caso, dejara la pluma de ser mi diversión y remedio.

El hombre tiende, por fatal aberración, a enga-

ñarse. ¡Quién podrá sustraerse a esta como necesidad de la flaca naturaleza!

Dadme alguien que, sinceramente, se exteriorice; tonto, que no presuma; rico, que no enumere necesidades; pobrete, que no escupa millones; cura, que no afee la mentira; barbero, que no hable de política; mujer, que dude de su belleza; niño, que no se suponga hombre; anciano, que esté convencido de que lo es...

El pesimismo es utopía. Tendemos a ver las cosas por el mejor lado, y si este no existe, lo inventamos.

Por otra parte, el hombre no se contenta engañándose, sino, que procura engañar... Es el marido que grita y hace pública su autoridad en la casa; mientras su esposa, recata una compasiva sonrisa... Es la viuda, simulando, con poco arte, los espasmos del síncope, en el que nadie cree, sin que por eso deje élla de ser socorrida... Es la madre que ensalza las gracias de su hijo más desgraciado. Es el candidato que ofrece en su proclama, todo lo contrario de lo que se propone... Es el beso, en los labios de Judas; la alabanza y el mimo, en la boca que muerde y que calumnia...

Pero si hay hombre capaz de resistir a la lisonja y arrostrar, impávido, el adulo, no hay héroe que no quede a discreción de ese que sabe «adobar los guantes»...

El guante y el antifaz, son afines: su oficio es engañar... Y si tal vez pudiera haber cara de político sin careta, sería inconcebible mano de diplomático sin guante...

Si nos remontamos a su origen, lo veremos naciendo de un engaño...

En efecto, el segundo hijo del Patriarca cubre sus manos con piel velluda, para embaucar al viejo ciego

que, tomándole por su primogénito, le bendice...

Jacob no teme delatarse sino por las manos...
Y acude al guante...

Es el primer diplomático: en la piel, que enfunda sus manos, esconde la repugnante y burda trama, que asegurará su dicha y, «de guantes», la de su pueblo, a trueque de lentejas y pan pintado...

Pero el hito no está en haber engañado a un ciego, sino que el mismísimo Jehová, deja de ver las manos de Esaú, tras ese guante...

Quede a la discusión de los intérpretes el famoso guante de Jacob, que sacó molde de ese que, tal vez, oprimió la tranca en manos de Caín, y volvió a asomar en las de Sansón, con la mandíbula del asno; alzándose, más tarde, hasta la divinidad, convertido en manopla, en la diestra de Malco, para largarme a buscar guantes en otra guantería.

«Echar el guante» es ceremonia del duelo o desafío. Es decir que el guante, desfundando la mano, pasa a enfundar una acción que el Código Penal reprime...

¿Por qué la historia de la Roma antigua, fuera de la manopla, no hace mención del guante? ¿No tuvieron los Césares manos pringadas que esconder? ¿Acaso Nerón, con toda su perfidia, prefirió llevar las manos desnudas, atascadas en la sangre de Agripina? Así, en la historia, se presenta la mano del déspota, y no como la de nuestros modernos Enovardos que, enguantada, esquiva la espada de la ley, para manejar el cerrojo de las reclusiones indefinidas... Y con inquisitoriales refinamientos, rehuye la gota de sangre, para aceptar el río de las lágrimas.

La moda es diosa versátil, que varía como la luz en el prisma; como la opinión en nuestros arribistas... Crinolinas y categorías; levitas y levitones; trajes de

paso y medio y de medio paso; sombreros Chimbo-razo y tarros de unto; bigotes y trenzas largas, yacen en el polvo de las cosas muertas... Solamente el guante, permanece firme, inamovible, sin que haya dejado de recibir, ni un instante, el incienso de los hombres, como que representa el sofisma...

Nada existe, por malo que sea, sin que tenga alguna buena aplicación... Por eso, no digo que debiera proscribirse el guante. Hay manos que lo necesitan, como el toro bravo, de cencerro; el perro mordedor, de frenillo... El guante, para ciertas manos, es indispensable, como la cernidera en la cloaca... El poder debería prescribirlo en las tesorerías; los dueños de almacén, entre sus empleados... Por cierto, el guante, en el sentido de funda para las uñas... Lo mismo que viene haciendo don Simón, con las manos de su mujer, sin duda, para asegurar los ojos...

Hay manos manchadas con el precio de la delación... Otras, escaldadas con el llanto de la orfandad defraudada, o ennegrecidas por el metal que compró la virtud de la doncellez incauta... Manos son que merecen permanecer enguantadas y puestas siempre a la sombra...

El párrafo que precede, nada tiene de diplomático, y por consiguiente, fue escrito sin guante... Puede erizar la epidermis de muchos, pero, en estos casos el pueblo suele decir: «al que le chante el guante, que se lo plante...»

Como resarcimiento, ahí están las diestras que encalleció el trabajo, y se perfumaron al ser bañadas con lágrimas de gratitud; las que se levantaron, amenazantes, contra la injusticia y llevaron el estigma a la frente del tirano... Manos son que debieran estar siempre desnudas, dejando ver la aureola que las ro-

dea . . . El guante, en esas manos, daría la impresión del antifaz en la Venus de Milo.

«Echar un guante», dice el diccionario: «recoger dinero, entre varias personas, para un fin, regularmente, de beneficencia». Yo me figuro que es como formar una capa, con diferentes retazos, para tirarla sobre las espaldas de algún lacerado . . . ¿No es así como se hacen ciertas elecciones? Conozco tipos que forman su capa de diputados, con pingajos, de todos los colores, cuando no se han echado encima la arambelosa túnica del apoyo oficial, corcucido, casi siempre, por la enguantada mano de la intriga.

Muchas veces, al «echar un guante», quien debió de ser el agraciado, tuvo que contentarse con la noticia . . . Y todavía gastó un sueltó en los periódicos, agradeciendo a los contribuyentes, pero quedándose con la mano limpia, mientras, enguantada, hasta el codo, la tenía el que llevó a cabo la colecta . . .

Viene a mi mente aquel cura de parroquia, haciendo «echar un guante» a sus feligreses, para proveer de campanas las torres de la iglesia en cierne . . .

La suma recogida, excedió de todo cálculo . . . Pero el cura, a la reconvención de los que habían llevado prolija cuenta de las erogaciones, contestó que las campanas estaban listas, en la fábrica . . . Y que, solamente, faltaba levantar las torres del templo, cuyos cimientos debían de estudiarse . . . Para lo que era indispensable que los pobladores se «sacaran los guantes», y se pusieran, con más fervor y generosidad cristianos, a seguir, sin descanso, «echando guantes»...

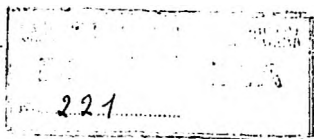
Hacer un par de guantes, no es cosa del otro mundo, ni mucho menos. Un par de guantes lo hace cualquiera y de cualquier arrapiezo. Pero «echar el guante» a un ladrón que calza guantes, ya es proble-

ma de más de tres incógnitas... Y si para «arrojar el guante», se ha menester ser un hombre, para «recogerlo», tiene un hombre que saber amarrarse bien los pantalones...

En fin, «echar y recoger el guante», «asentar el guante» y «ponerle a alguien como un guante», especialmente, «adobándole los guantes», es lo que vemos todos los días; lo que no se ve es que un político llegue a «sacarse los guantes» y sepa comer el pan con el sudor de su frente...

Pero lo que sale de toda posibilidad es adquirir, en estos momentos de reconstrucción nacional, un par de guantes de Piel de España o de Gamuza, sin tener que dejar el pellejo en manos del comerciante...

Pilatos, flor de bergantes,
ha enseñado a los tiranos,
que quedan limpias las manos
cuando se lavan los guantes...



MORLACADAS

No es el frío, que tortura,
ni es el hambre, que maltrata;
lo que a nosotros nos mata
es la falta de cordura...
Al frío un draque le cura,
y el hambriento encuentra modos
de no comerse los codos
dejando de ser poeta...
Pero, lo que es la chaveta,
perdida tenemos todos...

Jugando con la verdad,
laureando la ignorancia,
crecemos en arrogancia
(sic) y en notabilidad...
Es particularidad
que distingue a los azuayos,
vivir sujetando a ensayos,
insensatos, el poder,
y empeñados en hacer
mirlos de los papagayos...

El burro de Sancho Panza,
expulsado de Castilla,
tiene, en Cuenca, pienso y silla
que Rocinante no alcanza...
Sin yelmo, escudo, pi lanza,

el pie enjuto, el cuello en gancho,
mendigo, de rancho en rancho,
y tratado al estricote,
tras el burro va el Quijote,
con las alforjas de Sancho...

La fiebre del desatino
invierte todas las cosas;
ya no son las rosas, rosas;
pan, el pan, ni el vino, vino...
Torcido todo camino,
el mérito suplantado;
y por el charco, enlodado,
que hemos convertido en vía,
adelante va de guía
cualquier asno adinerado...

En auge la ineptia escala
la ardua cumbre, sin fatiga...
Se hace elefante la hormiga,
y el casco se trueca en ala...
La panoja es sólo chala,
ni hay más meta que los goles...
Y, mientras oliente a coles,
surge chusma de belitres,
han hecho suya los buitres
la casa de los faroles...

El amor se ha despeñado,
ya no vuela, sino repta...
Y la mujer es inepta
si no sabe demasiado...
Es el matrimonio atado
que, hasta solo, se desata...

Y si ya no es meta, es mata,
 espesa, de sinsabores
 que, si no produce flores,
 exprime un jugo que mata...

Sonando en lo que no existe
 el pueblo su pena atiza...
 El virus le narcotiza
 de la sierpe que le embiste...
 Y el mal, que apenas resiste,
 el miserable lo paga...
 Siente agravarse la llaga
 pero declarar no quiere
 que el vampiro que le hiere
 es el mismo que le embriaga...

La sindéresis no es rosa
 que florece en el pensil
 de la tierra de don Gil,
 donde enflora cualquier cosa...
 Y esta úlcera cancerosa
 nos hace reír, cual locos;
 pues, serán pocos, muy pocos,
 los que se crispen el día
 que dé a la ciudadanía
 su programa el Atacocos...

RECORDANDO TIEMPOS IDOS

En 1920, en la quinta del Corazón de Jesús, de la familia Arízaga Toral, llevóse a cabo la segunda Fiesta de la Lira, bajo la mantención de Rafael María Arízaga, cuya figura procerca parece amparar todavía esta tierra prolífica en varones de ardua superación.

Fue en un instante de neurosis partidaria, de difícil acomodamiento político. Estuvimos en visperas de elecciones presidenciales.

Exacerbadas las pasiones, ajenas al patriotismo, bullían los candidatos; y el arribismo preparábase a la consabida y poco curiosa lucha de los comicios ecuatorianos, para hacer surgir un nombre, sin parar mientes en la forma...

Imposible hacer memoria, ni volver a enumerar todos los detalles que daban color y tipificaban aquel minuto de la vida cuencana.

Figuraos un lienzo pinceleado por los endriagos de la politiquería, de la ambición desapoderada, del rencor; caracterizado por la inverecundia y al que una prensa venal pulía y retocaba; disputándose en acumular sombras y en dar la más completa idea del desorden, el ejército, sin moral ni disciplina; la economía, en bancarrota, y en fin, dando marco a este cuadro, un pueblo desasosegado y miserable...

La Fiesta de la Lira, vino a ser como sonrisa en la cara de un truculento, como paréntesis de belleza y de paz, en ese desconcierto, acrecentado por los

ácratas del Taguantinsuyo que, con el alarido de las quipas y el ladrar de las bocinas, merodeaban, en las goteras del Tomebamba, haciendo flamear las oscuras grímpolas de la huelga.

Y comenzó el festival de los poetas con la oración del Mantenedor que, como suya, causó profundo embeleso, trayendo, flébil, la remembranza de los vates que nos habían abandonado para siempre...

El nombre de Miguel Moreno, repetido por el eufónico acento del maestro, estremeció todos los espíritus, en el oscuro secreto donde se recatan; pero las almas de Crespo y de Vázquez, no pudieron dejar de transparentarse, convertidas en lágrimas...

Y Remigio Tamariz, Gonzalo Cordero, Carlos Aguilar Vázquez, triunfadores del palenque; Remigio Romero y Cordero, floreciente, y Octavio Cordero Palacios, florecido, regalaron, a la literatura morlaca, con olímpicos manjares.

Mas, se hace preciso saber que el Consistorio de la Fiesta de la Lira, al discernir los premios, no encontró sino pseudónimos en las composiciones «El Solitario» y «Resignación»; averiguándose, más tarde, que correspondían a nuestro insigne Remigio Tamariz Crespo. Fueron dos laureles arrancados a un tiempo y que lucieron, esplendorosamente, en la corona del inspirado vate.

No pudo ser más grata la impresión de los liridas, amigos y admiradores del que estaba destinado a mantener el fuego, en cuanto dejara de ser atizado por el soplo de nuestros consagrados maestros.

Una semana después de la Fiesta, reunidos en la misma quinta del Mantenedor, y presididos por él, agasajamos al dos veces laureado Remigio, en uno como festín virgiliano, en el que se dieron cita maestros

y discípulos de la abundosa familia literaria de entonces.

Tras los postres del banquete, el añorado Gonzalo Cordero Dávila, recitó una hermosa composición, dedicada al agasajado; y, como nota final, dimos lectura a la crónica de la Fiesta de la Lira, para que la hilaridad no estuviera ausente en ese ágape de idealistas y soñadores.

La crónica, recomendada a nuestra pluma, por genialidad de los maestros, hecha en décimas de factura liviana y cristalizando ingénitas tendencias, tal como entonces fue escrita, la transcribimos ahora.

RESONANCIAS DE LA FIESTA DE LA LIRA EN 1920

Las próximas elecciones...

La política que quema...

Y todos en el dilema:

¿será pares, será nones...?

Como gato, entre ratones,
ronronea don Enrique...

Alfredo, yéndose a pique...

Y la hambruna que se viene...

Y el comercio, que nos tiene
a tres dobles y un repique...

Surge en la Curia, Belial...

Asmodeo, en el cuartel...

Y la torre de Babel

en el gobierno local...

Dalila, municipal,

santiguándose con ron,

canta una alegre canción,
muy filistea y muy charra,
encordando la guitarra
con los pelos de Sansón...

El anónimo llameante...
El periodismo sarnoso...
Y más de un zarrapastroso
desahuciado o ya cesante...
Y en esta macadabrante
batahola, que fascina,
en la cercana colina,
la indiada, que se levanta,
reta a la ciudad y canta
su rencor en la bocina...

Todo se desencadena...
Y mientras vil ambición
se agita y el corazón
desgarra y llena de pena,
con su rostro de azucena,
el hermoso mayo expira...
Y el poeta, que suspira
por las flores que se van,
convoca, con noble afán,
a la Fiesta de la Lira...

Su anuncio apaga el ruido,
cesa en un punto el barullo;
que a veces puede el arrullo
lo que no alcanza el rugido...
Ferviente, noble latido
mueve el corazón azuayo...
Se les olvida a Tamayo

y a don Enrique...Y tan sólo
queda el candidato Apolo,
en su sábado de mayo...

Bajo un cielo de granate,
entre un soto, florecido,
junto al recatado nido
de Moreno, el dulce vate
que en el alma azuaya late
con intensa pulsación,
señor de la erudición
y del decir, sin igual,
en torrente musical
dió su acento el anfitrión.

Y, vidente, al evocar
el dichoso ayer, por ido,
de las sombras del olvido
hizo cien nombres brotar...
La mano hundía en la mar
del pasado, abismo arcano,
que va, mientras más lejano,
condensando sus negruras,
y de las perlas más puras
sacaba llena la mano...

De Arízaga, de repente,
tembló la voz, armoniosa,
y un nombre, como una rosa,
brotó de su labio, ardiente.
Ante ese nombre, elocuente,
de gloria y ternura lleno,
del que entre buenos, fue el bueno
y entre los mejores, santo,

los «dos amigos» su llanto
mezclaron al flébil treno...

¿Fue el recuerdo, palpitante,
que evocara el orador,
lo que interceptó el fulgor
del sol en aquel instante?
O de la tarde, expirante,
la última nube, que el vuelo
tendía al azul... Un velo
ocultó a la tarde rubia,
y pareció que en la lluvia
lloraba alguien desde el cielo..

Mas, pronto la voz, arpada,
que el dolor hizo gemir,
vibrante, dejóse oír
y aguda, como una espada...
El poeta, a la mesnada
emplazó, de malandrines,
que la tizona, ruines,
desnudan, con furia insana,
contra la adorable hermana
del turpial y los jazmines...

La sien de los lidiadores,
que saltaron a la arena,
mostró al auditorio llena
de laureles y fulgores,
y el as de los trovadores,
al pecho del vencedor,
prendida dejó la flor,
imagen fiel del poeta...



¡Nunca estuvo la violeta
sobre búcaro mejor...

Desde la huaca, desierta,
del Tahuantinsuyo osario,
trajo en su eco «El Solitario»
la voz de la raza muerta.
Todo se anima y despierta
al conjuro del lirida
que, con el ala encendida
penetra en la oscura historia
de esas víctimas sin gloria
de la conquista homicida...

Huye el indiano, cruento,
y desnudo y en desmayo,
de ese que maneja el rayo
y camina como el viento...
Tras el indio, en desaliento,
sembrando ruinas y luto,
va, sobre su potro, hirsuto,
forrado en bronce, el hispano...
Y el inca, queda en el llano,
bajo el jinete y el bruto...

Doble prez la del poeta.
«Resignación», tu tesoro
es brillante, como el oro,
y reclama otra violeta...
Al odio, que mancha y reta,
dulce, opones la bondad.
Así la eterna verdad
es, en la humana tiniebla,

lucero inmortal que puebla
y anima la inmensidad...

De «Egloga Triste» ya viene
el gañán, de voz canora,
trayendo, en su cantimplora,
un vino que él sólo tiene...
Y el heteróclito y lene
rondín, que él sabe tocar,
para el maestro, vibrar
hizo, con tal sutileza,
que no sé si de tristeza
o placer, le hizo llorar...

Como la viola herida
por el roce de la cerda,
hace dudar si en la cuerda
palpita, oculta, la vida,
delatándose en seguida
con acentos peregrinos,
así, de instrumentos finos
cuerdas, delicadas, son
las fibras del corazón
de nuestros viejos divinos...

El dolor, en «Elegía»,
de la arpa, inspirada, brota,
como, de la ánfora rota,
la delicada ambrosía...
Yaces en la tierra fría,
Eufemia, flor de la sierra...
El mago te desentierra
y descubre en tu primor,

«mucha alma para ser flor,
mucha flor para ser tierra...»

«Violines fúnebres» son
bandada de colorines:
concertados violines,
que dejan honda emoción.
Dócil, a la evocación
del bardo, surge, la amada,
por el misterio, velada;
y el idilio se realiza,
entre flores de ceniza
y el tálamo de la nada...

El concurso se derrama
por el florido jardín...
Llegó la Fiesta a su fin:
ha terminado el programa.
Pero, de repente, llama,
desde lejos, y se muestra
con un infolio en la diestra,
el mentor de morlaquía
que, con su innata alegría,
ha saltado a la palestra.

El rostro largo, velloso;
la nariz de genio, corva;
la mirada, si no torva,
vaga, hundida, sin reposo...
Desmedrado y anguloso...
En el frontal, prominente,
se mira el cráneo, saliente,
izando la ceja al viento,

donde impera el pensamiento
en tribuna permanente...

Hablando el vate, despacio,
en romance, hacia oír
las reglas del bien decir
del incomparable Horacio.
Se humillaba el más rehacio
ante el clásico consejo,
sintiendo en el labio el dejo
que persiste en el ambiente,
cuando se destapa, oliente,
la cuba del vino añejo...

Mas, desde aquí, mi señor,
permita que el tono baje...
Sancho, sobre su bagaje,
dice las cosas mejor...
Así afirmo, con calor,
que todo salió cabal:
el concierto, como tal,
sin un eco discordante,
toda la Fiesta, flamante,
y el anfitrión, sin rival...

Bolobanés, sin receso...
¿Como el Congreso? Al revés....
Esta vez, sólo esta vez,
no me atreví con el queso...
Tal vez por no irme al Congreso,
no comí del queso un tris...
Mientras en la nube gris
de aquella tarde, serena,
hundió los ojos, con pena,
el triunfador Tamariz...

Buscaba, acaso, el lucero,
ignoto, de su destino;
presentía, el peregrino,
los zarzales del sendero...
El triunfador caballero,
tal vez hallaba el broquel
desvestido, porque en él
no había sido la amada
la que, lene y sonrojada,
dejara de oro el laurel...

Sin Eva, no hay paraíso,
ni hay idilio sin Julieta,
que de tras de toda meta,
mujer, has puesto tu hechizo...
Sin tí, ni el mismo Dios se hizo...
Y tú endulzaste su pena
en aquella última cena
que perfumó tu nectario.
Ni era posible el calvario
sin la dulce Magdalena...

Y vuelve el tono a subir,
y Sancho al atolladero,
y el aroma del puchero
a no dejarle dormir...
Digo, para concluir:
que se le tenga por zote,
al que no declara, al trote,
que no hay fiesta, que tal sea,
si no está allí Dulcinea,
y a sus plantas, don Quijote...

EL BOLSILLO

Como no hay que «consultar con el bolsillo», menos acudir al «bolsillo secreto, como hicieron, en otros tiempos, algunos clásicos españoles, y hoy día, muchos que, sin tener pizca de clásicos, hallan el bendito bolsillo destinado a costear la edición de obras, en constante pugna con la curiosidad y la sindéresis, póngome a escribir sobre el bolsillo, esto es, sobre lo que ha hecho de mi corazón la pena y lo que pienso hacer de este artículo: bolsillo de disparates, para lo cual no he menester sino de un lápiz y una cuartilla.

¿Qué tendrán los bienes materiales para estar divorciados con los del espíritu? Una bolsa repleta es lastre que impide toda elevación; por eso, crece y se agiganta el alma, cuanto más se aligeran los bolsillos...

Un sabio, firmando cheques, fuera tan exótico como, entre nosotros, un diputado solicitando rebaja de dietas en el Congreso...

Permanecen inéditas y arrimadas en los rincones, donde las ratas hacen guarida, muchas obras de verdaderos maestros que, por lo mismo, nada tienen que esperar del «bolsillo secreto», mientras las bibliotecas abarrotan de tomos los peones de la pluma... Esos que sólo ven en el libro la edición y el número de páginas, es decir todo lo que hace el bolsillo, importándoles un ardite lo demás... Lo demás, está a cargo del talento que ellos no tienen...

¿Qué es la morcilla, sino un bolsillo de sabrosas

porquerías? Así, de este artículo quisiera hacer una morcilla de bolsillos, no para llevarla al banquete público, sino para mi uso particular... Por consiguiente, huelga conseguir rebajas con los tipógrafos y «rascarse el bolsillo».

Vamos, pues, con mi empeño. A la buena de Dios, enristremos la pluma, quiero decir el lápiz y... Adelante con los bolsillos...

Como horma en zapato, o como zapato en horma, las extremidades del cuerpo humano tienen en donde estarse: la cabeza busca la almohada y, en veces, el apoyo de los codos; los pies se han acostumbrado en el suelo, y allí están, sin protestar... Y las manos buscan los bolsillos, como el agua la pendiente.

Qué apurado se vería Adán, en los primeros días del paraíso, sin saber donde poner las manos... Tal vez esa situación incómoda, obligóle, por darlas algún empleo, a llevarlas hasta donde no debieron ir, digo hasta la fruta prohibida... Y sucedió lo que el diablo quiso y lo que a Milton le fue de perlas para dar vida a su epopeya. Por más que serios autores lo contradigan, Adán, con bolsillos, hubiera sido otra cosa...

Tampoco los tuvo Eva; pero, entonces ¿cómo pudo a su marido meterle en el bolsillo...?

Mas, dejemos el Paraíso Perdido, y volvamos a este Diablo Mundo; acá, donde tenemos las manos y hasta el corazón embolsicados... (Embolsados, dijera la Academia).

En estos tiempos, que ya no andan sino galopan, (no me dejarán mentir ni los volcanes) el bolsillo se ha convertido en batuta, a cuyo ritmo bailan bolsistas y bolseadores...

De la bolsa vino el bolsillo que se embolsó la banca y el comercio, haciendo, de la pobreza de to-

dos, la riqueza de unos pocos; y de éstos, los más andan diciendo: huélame a mí la bolsa, y hiédate a tí la boca...

¿Qué es el espacio, sino una bolsa de estrellas, así como de miserias este pícaro mundo...

¿Habrà algo sin bolsillos? ¡Presente! dice la capa española, cayendo en elegantes y pesados pliegues... Tal vez, algún Yanqui, se ría, asegurando que las cosas se parecen a sus dueños... Pero, ciertamente, sobre una capa no caben sino las vueltas de terciopelo; y bajo de élla, no puede ir otro bolsillo que la vaina de la espada...

La sotana trata de hombrearse con la capa y renunciando su arrogancia, procura mostrarse simple e inofensiva como un pañal de cuna... Pero el tal Yanqui, vuelve a sonreír, no sé si porque el lobo le mostró la punta de las orejas o de la cola...

La sotana, por más que abunde en ojales, no tiene bolsillos a la vista, pero debe de tenerlos ocultos y tan amplios como el vientre de la ballena que embolsó a Jonás; como la barca que entrojó la semilla humana. Bolsillos tan hondos que den cabida al dogma, con la fe del carbonero y los votos de castidad y de pobreza...

El Caballo de Troya; el Tonel de Diógenes; las Catacumbas; los cubiletes de la diplomacia; la trastienda de los políticos; los zurroneos de la avaricia, etc., incluyen bolsillo, como que la historia no es sino una bolsa de acontecimientos, donde florece el Bolsillo del Diablo, que embolsara, para siempre, a Dreifus, sin el famoso «Yo acuso» de Zola.

Convengamos en que hay algo sin bolsillos, como la capa y la sotana; pero ¿habrá alguien sin ellos?

Fuera del poeta, yo no concibo semejante posibilidad...

Lo que está fuera de duda es que, mientras los sastres inventaban los bolsillos, ya las mujeres habían perfeccionado el arte de vaciarlos...

Saber vaciar los bolsillos ajenos, para llenar los propios, he ahí el arte de los financistas, convertido en sistema, constituido en ciencia y elevado a culto, con millones de mártires y confesores...

Saber vaciar el bolsillo, aliviando miserias... Esto se codea con lo utópico y entra en el campo de la poesía épica...

Por eso, cerramos con broche de oro este bolsillo, y vamos por otro...

La mamá decide poner pantalones a su niño...

¡Primer día de pantalones...!

Al nuevo hombre nada le importa el tafetán o la seda de las bragas. ¿Hay bolsillos? Si no los hay, el pantalón no se ha diferenciado de la camisa de dormir, y de un puntapié, adiós trapajo...

Del Dr. Honorato Vázquez, se cuenta que, viendo a un niño, campesino, tocado con enorme sombrero, le dijo:

—«Diga, señor sombrero, ¿a dónde lleva ese muchacho...?»

Delante de cierto comerciante, que explotó la necesidad del pueblo, durante la última guerra y se hizo millonario; plagiando al doctor Vázquez, yo le interroga:

—Diga, señor bolsillo, ¿a dónde lleva esa miseria...?

Qué fuera del pobre viejo, reloj que anda parándose, sin sombra de apoyo; cómo le fuera sin el ancho y cómodo bolsillo, donde guarece la descarnada

y aterida mano. Ese bolsillo hace de estufa, de báculo, de sostén. ¡Cuantos infelices viejos hallan más albergue en sus bolsillos que en la casa de sus hijos...

Una espina se nos incrusta en el dedo... Bendito bolsillo, estuche del indispensable cortaplumas...

El tiempo lo llevamos en el bolsillo, cautivado en una pequeña maquinita, y hasta la honra de alguna dama, sintetizada en un rizo, o en las frases de la voluptuosa esquila, suelen encontrar refugio en un bolsillo...

¡Oh ingratitud humana! Ponderamos el valor de las cosas guardadas, mas nunca del bolsillo que las guarda... Aunque, muchas veces, le tenemos tanto miramiento que, con buenos jirones de honra, remendamos sus desgarraduras...

El genio de la elocuencia, a cuya fuerza nada resiste, procura convencer a su acreedor... Pero como el genio no usa bolsillos, en la estricta acepción de la palabra, recibe, en cambio de su elocuencia, un puntapié en los glúteos... Cuando no vá a la cárcel a filosofar sobre el grave tema de poseer un bolsillo...

No así el otro que, sin hablar se hace entender de todos y convence y arrastra al auditorio, sin más que sacudir su bolsillo... ¿Se dudará todavía que hay idioma universal?

De lo que resulta que no la persona hace honor a su bolsillo, sino todo lo contrario: el bolsillo a la persona...

La madre de familia, alborota y desarregla la vivienda, en busca del llavero, que significa la vida de la casa... En una de esas, la mano, ya desatentada y violenta, sacude los pliegues de la falda... Y el bolsillo, como fisgándose de aquella facultad que corre lista entre las potencias del alma, avienta el llavero que



lo tenía oculto, no por malicia, sino por esa rara virtud, que suelen cultivar los bolsillos, de guardar el secreto...

Bolsillos hay de mil formas y condiciones: de boca demasiado ancha, propensos a vaciarse; bolsillos de calavera, que gozan, como todo lo LIMPIO, de una constante renovación de aire...

Otros, todo lo contrario: profundos, estrechos; bolsillos ratoneras, imposibles de palpar; sótanos de doble fondo y trastienda interminable, inaccesos y fríos, como el alma del avaro, su dueño...

Bolsillos rotos, como toneles sin base, son los del jugador...Y, viceversa, esos de anascote, respuntados con doble pita, son los del honrado campesino, que sabe en donde le aprieta el zapato en aquello de holgarse y no derrochar...

Pero pantalón sin bolsillos, sólo fuera comparable a cama sin almohada; a comerciante sin crédito; a presupuesto sin rentas...Equivaldría a nuestro ferrocarril, sin los Yanquis...

Pantalón sin bolsillos, se me figura Colombia, sin Panamá: bolsillo de la América, escamoteado por el bolsero del Norte, como fue nuestro oriente, por el bolsero del sur...

Tengo el frac por vestido inhumanitario. Saco de penitencia que la moda impone: uniforme de la petulante etiqueta, que obliga al tarro de unto y al incómodo guante: bolsillo de gamuza, donde se enseña la mano a no hacer...hablandándose y humedeciéndose, para resbalar más fácilmente...

La chaqueta, vestido por excelencia, no exige nada y concede, al que lo lleva, amplia comodidad, sin dejar de ser elegante, con su galería de bolsillos, útiles para todo, como el hombre listo que halla recur-

sos para toda circunstancia...

Cuantas veces el bolsillo nos saca de apuros, brindándonos con una moneda olvidada, con un extraviado recibo, o cuando menos, con el caritativo pañuelo, a punto del desapoderado estornudo...

En la chaqueta del agente comisionista, mejor que en la casaca del diplomático, se esconden, gracias al complicado orden de bolsillos, el secreto de grandes riquezas... Pero tengo que rectificar el concepto, porque al decir diplomático, me acordé de Talleyrand, que un día llegó a meterse en el bolsillo, con Napoleón, a toda la Europa...

Al culto de los bolsillos, se han consagrado sastres, rateros y mujeres...

Los primeros, confeccionándolos, para tener ocasión de vaciarlos a sus clientes; los segundos, estudiándolos, pero tan profundamente que, mediante el bolseo, llegan a su fondo...

Las últimas, digo las mujeres, haciendo del bolsillo meta de sus aspiraciones... Porque está fuera de duda que ellas se avienen más con los bolsillos masculinos que con los que los llevan... Por cierto, sin que falten tipos, sin bolsillos, que se refugian en el ridículo, donde a trueque de todo, hallan cama, dama y chocolate...

Seamos justos. No todos los bolsillos son buenos, y esos que se esconden bajo las alas de la chaquet francesa, son ignominiosos... Una ley, de curiosidad y estética, debería prohibirlos. Felizmente, este vestido se halla relegado a los proyectos que, en plena involución, familiarizados con la chaquet, guardan en los bolsillos traseros, junto con la bufanda, el parche poroso, el proceso de sus pleitos y el prolijo borrador de sus disposiciones testamentarias...

No hay más que verlos caminar...Las alas o fal-dones adquieren la forma de democráticas alforjas, que van levantándose a compás de las piernas, que se mueven, como en protesta de la vil transformación que han sufrido...

Las mujeres, con el acierto instintivo con que suelen resolver los enigmas, han hecho del bolsillo, lo que el Presidente de la República de su secretario privado...Y cuando la apretada moda, impidióles el libre ejercicio de los pliegues, inventaron el ridículo: bolsillo impertinente, travieso y ambulante que, muchas veces, al extraviarse, ha hecho dar con el hilo de las más bien hiladas tramas...

Por mi parte, juro que a un bolsillo, de esos, debo mi felicidad, o más bien, no haber caído en ridículo...Porque al perderselo a la que fue mi primera novia, di con su conciencia...

¡Qué cosas no esconde el bolsillo de una mujer, acabada imagen de su corazón, donde tiene cabida todo, menos la verdad...!

Si para bolsillos estamos, llega el de la beata...

Ahí el manojó de llave; el pañuelo, fantasma de la lavandera; el cuaderno, con la cuenta de los gastos diarios y el prolijo examen de conciencia; el rosario y los amuletos; el libro de oraciones; el portamonedas y el recado de costura...Pero al fin de toda esta baraúnda, envuelto en el silicio y la disciplina, el pasquín, que ha de deshorrar a una contrincante, hermana de confesión, si no al confesor mismo...

Y basta de bolsillos, que fuera de no acabar...

¡Cuántos los tienen a la espalda, donde esconden la vergüenza...!

Por eso, se debiera decir de los inverecundos,

que se han echado, con el alma, los bolsillos a la espalda...

El indio, sí, no usa bolsillos, encima ni dentro de su poncho...No ha menester ese lujo, quien no tiene para guardar sino penas y miserias, atávicas de la raza, que bien alcanzan en ese bolsillo profundo que todos llevamos en el pecho...

En cuanto a mí, acójome al otro:

Yo, bolsillo, dijo un pillo,
jamás he podido usar...
Lo que digo es muy sencillo:
¿para qué he de usar bolsillo,
si no tengo qué guardar...?

CONFIANZAS CELESTIALES

Pues, cuando supo San Pablo
que Elvia amaba a un liberal,
pensó hacer una del diablo
en la corte celestial...

Y olvidándose del gallo,
dijo San Pedro, con celo:
—¡Pucha! Tampoco me callo...
Y puso el grito en el cielo...

En seguida, Pablo y Pedro,
así le hablaron a Cristo:
—Esto, sí, que no se ha visto
ni en las fábulas de Fedro,

que una doncella cristiana,
un capullito, un primor,
ame, como una pagana,
a un liberal...¡Sí, Señor!

Y élla estuvo consagrada
a tu celestial cariño,
como una hostia inmaculada,
como un copito de armiño...

¡Liberales...! Estos tales
te tienen, en el Azuay,
boca abajo...Pues, sólo hay,
en el Azuay, liberales...

¿Conservadores? Contados...
Y los que quedan, ¡qué horror!
están todos conservados
en los empleos, Señor...

Así, de tus azucenas,
con los rojos, se van muchas...
Y a los azules, apenas,
les queda CASHAMARUCHAS...

Y terminaron iguales,
gritando, amenazadores:
—¡Abajo los liberales...!
¡Vivan los conservadores...!

Con amorlacados dejos,
dijo Cristo a los amados:
—¡Intransigencia de viejos...!
¡Qué rudos y qué atrasados...

—Oyeme, Pedro, no pierdas
tu fama de pescador...
Tú me negaste...¿Te acuerdas?
Y fuiste conservador...

El conservatismo irrita,
y, a veces, no se lo cata...
¿Habrá hecho algo el Estilíta,
parado en la CHULLA ,páta...?

Aunque digas lo que quiera,
yo te aseguro, Perico,
que Ursula hizo una tontera
con sus once mil y pico...

Yo creo que se ha pelado,
esa es la pura verdad;
de nó, dí ¿qué hemos sacado
de tanta virginidad...?

Pablo, tú, sin el caballo
que te pegó la estampida,
sin ver la luz, hecho callo,
te quedas toda la vida...

Oye, Pablo...Contigo hablo:
no hubo, nó, para tí muros...
Cuando fuiste joven, Pablo,
me hiciste ver NINACUROS...

Si parece que te veo,
persiguiéndome, endiablado,
si no más CURCO que feo,
más feo que corcovado...

Dándote a la vida airada,
fuiste de Roma la SHUCTA...
Después, digo, a la cansada,
te portas'e con conducta...

Nada has perdido por eso...
Un día te arrepentiste,
hiciste, con la SINGUESO,
prodigios, y te viniste...

Judas, me vendió barato...
Pero ningún racional,
de mi discípulo ingrato
ha dicho que es liberal...

La Magdalena...Con pena
vuelvo a recordarla ahora...
Todo fue la Magdalena,
pero no conservadora...

De lidiar al mundo llevo
seis mil años...Por lo tanto
nada me coge de nuevo,
ni su risa, ni su llanto...

Hícele al hombre de lodo,
por falta de material,
y todo lo que hace, todo,
le sale siempre muy mal...

Pues, de lodo, y lo lamento,
como quien hace un cacharro...
Y el pobre, a cada momento,
probando está que es de barro...

Cierto que le dí esperanza,
pero también le maldije;
y, en tocante a la pitanza,
a buscar MAMA, le dije...

Desde entonces, el gurdo, zumba
y chirrea como ariete...
El hambre le hace tarumba
y suda, el pobre zoquete...

Por eso se mete en todo
y a veces hasta me agravia...
Mas, como sé que es de lodo,
me río, de pura rabia...

No puse mucha atención
al formarlo...Anduve brusco;
si le hago más corazón
y menos tripa, me luzco...

Yo sé, como Creador,
que un hombre a otro es igual;
¿qué tendrá el conservador
que no tenga el liberal...?

Este y aquel, en mi nombre,
hacen toda iniquidad...
¿Habrá en el mundo algún hombre
que sepa hablar la verdad?

¿Candidato que, por Mí,
no ame al pueblo, a todo pito...?
Así dicen todos, y
se lo comen enterito...

Tanto da ganso como ícaro...
Los conozco, no me alabo,
y, aunque el hombre siempre es pícaro,
no deja de ser esclavo...

Le dije: —del' universo
eres el amo y señor...
Una broma...Puro verso...
Sobre él estaba el amor...

Pedro y Pablo, digan, si
no han perdido la chabeta,
¿qué es el amor? ¡Pucha! Aquí
te quise ver escopeta...

El potro les salió potra,
y el joyel de hoja de lata...
¿No me contestan? Para otra,
pues, no hay que meter la pata...

El amor, ¡cáspita! fue
lo que me crucificó...
¡Amor...! Ay, no sé, no sé...
¿Amor? El amor soy yo...

Hasta en el cielo se tuerce
la equidad, se ve a las claras,
y se pirran por meterse
en camisa de once varas...

Dejen que los chicos se amen,
si es que a mí se me respeta...
Y oigan: donde no te flamen,
no te metas, cuchareta...

¡Como si tuviera poco
con este teje y maneje
de astros, que me vuelven loco
y me están sacando de eje...

Luego, la crisis mundial;
el comunismo, hecho un diablo,
y el partido liberal
cayéndose del retablo...

El Ecuador, hecho un trapo;
el Perú, en paños mejores...
Y Gitler y la Gestapo
haciendo en el mundo ¡horrores...

Le tienen ya muy caliente
a mi infinita grandeza;
y no hay tiempo, francamente,
de rascarse la cabeza...

Por último, Pedro y Pablo,
para mis ojos no hay tapa...
No me engaña a mí ni el diablo,
porque nada se me escapa.

La pureza, por empacho,
no es virtud, dice una copla,
y el viejo imprueba al muchacho
su amor, porque él ya no sopla...

Vaya, con más claridad,
queridos, no canta un gallo...
Esta es la pura verdad,
sin rodeos, y me callo...

No gasten, pues, mi paciencia
ni mi tiempo, sin motivo:
ha terminado la audiencia:
cada mochuelo a su olivo...

Y, cual gatos con cencerros,
el par de barbas paternas,
salieron a espeta perros,
con el rabo entre las piernas.

EL FUEGO

Para el mar hay diques; el viento se abate contra la cordillera; la tierra se deja desgarrar las entrañas y entrega sus tesoros; pero al fuego ¿quién le pone encima la mano?

Del agua abusa el hidrópico; del aire, el tísico; de la tierra todo ser viviente, puesto que se la pisa... Mas, con el fuego, hay que medirse y tratarle con grandes miramientos, tal como a un diplomático inglés, al que se le ofende con el menor descuido...

La colilla del cigarrillo, apagada, se la puede tirar donde quiera; pero encendida, ya es otra cosa... Muchas veces se ha pagado con la casa, si no con media ciudad, las faltas de comedimiento con este soberbio señor, así se halle representado en una chispa...

Tiéndole por elemento dócil, viéndole mover las máquinas, cocer las viandas, etc. Pero no pasa día sin que el incendio haga de las suyas con los palacios y dominios del que se llama su amo... Viva imagen de lo que sucede en nuestras repúblicas con el pueblo soberano.

El fuego es de ilustre prosapia: se entronca con el astro rey y las princesas de la cerúlea corte. Son sus allegados los volcanes y se codea con el rayo y los meteoros. Su abuelo es poderoso: el fuego eterno, aunque éste no figura en su árbol genealógico... Tal vez porque nadie quiere ser pariente del verdugo...

Y así como la soberbia no puede concebir sino la vanidad; el fuego no puede engendrar sino el humo...

Pero en cuanto a sobrinos y ahijados, no los tuvo tantos don Eloy de Presidente...Y son de la familia, desde la aristocrática troya, hasta el humilde y chisporroteante mechero.

El fuego hizo que el hombre dejara de comer crudo, por más que, en veces, le haga COMER CRUDO, devorándole las cosechas...En este caso, sabe mostrarse arrepentido y, como queriendo resarcir el daño, al extinguirse, deja abonando los terrenos...

De los elementos, ha sido elegido por Dios para comunicarse con los hombres: en el Sinay, sobre el ara, en el astro de los Magos, y en el Colegio Apostólico, en lenguas de fuego. ¡Si no serían los ojos de la Magdalena...!

En los lejanos tiempos bíblicos, asoma el fuego, centelleando en la espada del ángel que señala, al primer hombre, el camino del destierro; en vorágine, asoladora, sobre las ciudades malditas, y en pira, en el altar de los holocaustos. Desde entonces, hecho señor de sus hermanos, al mar le flajela con el rayo; a la tierra, le sacude con volcanes, y al aire le obliga a soplar en sus hogueras...

En los primeros días del paraíso no asoma el fuego, sin duda por haberse escondido dentro de la manzana...Pues, antes de ser comida, Adán y Eva no tenían necesidad de caloríferos...

En el Jardín de las Delicias, se gozaba de una temperatura ideal, y los escotes, si no tan excesivos como los actuales, estaban limitados por la hoja de parra...

De las noches, no nos habla la Biblia; sin duda porque Dios estaba tan cerca del hombre, y no es

posible concebir oscuridad ni frío, junto al abrigo y claridad infinitos...

Por otra parte, el arte culinario vino con el fogón, después que el hombre, cansado de la manzana cruda, llegó a hacerla revolcar en ceniza...Es decir, que, con el pecado, se impusieron, entre otras cosas, los huevos tibios y los pejes fritos.,,

Pero el fuego del discurso me acercó a la zarza ardiendo, en donde tantos han dejado olor a chamusquina...

Dejo a los intérpretes que allá se tuesten en los hornos bíblicos...Yo, soplándome los dedos, sumo y sigo de otra guisa.

Fuego es el sol, alma del mundo.

Fuego, en nuestras venas, es la vida. Y si soberbio y aterrador, en los incendios, es cariñoso en la estufa; apacible, en la lámpara y compasivo en los sepulcros.

Se deja ver en el rostro de la niña, que el rubor amapola; en las mejillas de la doncella, en oleadas de voluptuosos arreboles, y en los ojos de la madre, como lumbreras de amor y sacrificio.

En el anciano, se sabe que ha existido el fuego, por las huellas que han quedado: canas y arrugas, cenizas son deladoras...

Pero ¿cómo se define el fuego?

El Diccionario de la Lengua, en su décima sexta edición, se limita a decir, en la acepción primera:

«Fuego: calórico y luz producidos por combustión».

Viviendo don Venancio González, por esta sola definición, pusiera fuego al Diccionario y a todos los señores académicos...

Yo, modestamente, creo que para definir el fue-

go, no hay más que tocarlo...a que sean simultáneos, la ampolla en el dedo y el ¡ARRARRAY! en la boca...

Como se ve, en el fuego, lo esencial es el efecto y no importa conocer la causa...

El amor, también es fuego y nada lo define como un beso...Sólo que aquí el efecto es según la causa, y, por consiguiente, se hace indispensable conocerla...

Los poetas se burlan del fuego que quema, porque aseguran que poseen el de la inspiración que crea...

Dos cabeciduros que se agarran, hacen posible la teoría del fuego por frotamiento...Sólo que, en este caso, si faltan chispas, sobran chibolos...

El fuego, como la verdad, alumbra y quema...

Como el martirio, purifica...

Como la virtud, se hace sentir por más que se oculte...

Como la calumnia, deja cicatrices...

Como la dicha, se reduce a cenizas...

¿Qué es el fuego?

El fuego es como el oro: se abre paso por donde quiera...

Es como el empleo: ablanda el carácter más templado...

Como el patrimonio del jugador, termina por evaporación...

Fuego, es el verbo de San Pablo, llevándose por delante todo el politeísmo, con las fraguas de Vulcano en la cabeza...

Son las teas vivas de los jardines de Nerón, que alumbran la historia con luz más intensa que el incendio de Roma...

Fuego, en los labios del poeta, es beso de luz,

cuajando de madrigales «La Leyenda de Hernan»...En la pluma de Montalvo: tempestad, atronadora, produciendo el rayo de las Catilinas...Y en la musa de Junín, faro que sigue alumbrando el continente.

Fuego de la poesía morlaca, son los serafines, tirándose de rodillas, en el «Epitalamio»; el imposible idilio, en la inspirada «Egloga Triste»; la «carinosa vela», chisporroteando en el agreste altar de la «Virgen de la Escuela»...Centellea, a las plantas de «El Cristo de mi mesa»; fulge en los «versos de fuego», de la inmortal Elegía, abrasando el pecho y llenando de lágrimas los ojos...

Pero, con permiso del fuego, me apeo...Y digo que:

el fuego, más que en la boca de los cañones, me horroriza en una mala boca...

A una mujer que comadrea se le perdona, porque, en este caso, se le juzga con Schopenhauer, como «un ser de ideas cortas y cabellos largos». Pero el comadrero que anda a caza de palabras para formar incendios y vive atizando odios y procurando desavenencias, debería ser condenado a moquillo o, cuando menos, a boquera permanente. ¿Habrá algo más ridículo y despreciable que un chismoso?

Fuegos de San Telmo, no son sino pirotécnica del cielo, como son de nuestros convencionales, las leyes y los decretos...

En los labios del niño, si los fuegos arden, son de juego; pero en la bolsa, hay juegos que calcinan más que el fuego...

Fuego, es lo más grande, como el sol; pero también es lo más pequeño, como la chispa...Lo más caro, como el fuego de la discusión del último Congreso...Lo más barato, como el arancel de los inspirados...

El fuego está en todas partes, como el comunismo; pero no se le siente; en cambio, se lo huele...

El fuego es impalpable... como la Reconstrucción nacional... Se convierte en humo, como la Ley de Cultos y en ceniza, como nuestros derechos territoriales...

El fuego, es desobediente, como el incendio; y dócil, como el genio de la Lámpara Maravillosa, (no digo de nuestros políticos) a una simple llamada del eslabón, (tampoco afirmo del Presupuesto) brinca y responde: aquí estoy...

El fuego, si serio e imponente en los blandones, ríe y chacotea, como pilluelo, oculto en el rastrero o inflamando la pólvora que, en tiempo de inocentes, amortaja un cigarrillo.

Como la mayoría de los hombres, el fuego siempre está en los extremos: o irradia en una estrella, o chisporrotea, miserablemente en el fogón de una cocina...

Por última vez, pregunto: ¿qué es el fuego?

—Un sacramento, dice San Lorenzo, cambiando de postura en la parrilla...

—Yo digo lo mismo, exclama Mucio Esévola, dándose un baño de agua de bégeto...

Yo, viéndome las canas en un espejo, con la mano en la arrugada mejilla, digo, suspirando:—fuego es aquello que se apagó... Ah, si yo fuera el Tuerto Calle, me consolara pensando que el genio es superior al fuego: éste necesita del sol para alumbrar el mundo, y aquel no ha menester, para lo mismo, sino de chispazos...

Fuego, en los ojos de la mujer amada, es lo que hace hervir, a borbotones, la caldera que todos llevamos en el pecho...

Y si en el sol, dice: nadie me pone la mano;

hasta hoy, tampoco, en la linterna de Diógenes, se ha podido encender un pitillo...

Fuego; en la discusión del Presupuesto, es algo que principia con una alza de dietas y concluye haciendo de la riqueza pública, papel quemado...

Mas, en el Parlamento, es la quijotesca bofetada, con la que el infortunado y noble Julio Andrade, hizo saltar chispas de cierta mejilla conscripta, allá en la quemadora etapa del alfarismo...

Fuego de la política, no es sólo ese que más que alumbra, humea...Ni la vela que una brisa de libertad apaga...Y entonces, se la arroja al pueblo, convertida en supositorios...No el brasero que consume el incienso de la adulación y las bajezas; ni la horcajadura que calienta las manos hundidas en el presupuesto...El fuego, por antonomasia de nuestra salvaje política, se halla en aquella inapagable pira que alimenta un combustible: los vencidos de la guerra...¡Vae victis...!

Pero a mi fuego le sopló el diablo y se convirtió en incendio...Quitémosle la hulla y hagámoslo chiquito, como mío, que apenas sirva para encender la colilla de algún viejo antediluviano que, en pleno siglo de los chisperos, se atreva a detenerle a uno, con la consabida frase: «emprésteme su fueguito»...

Fuegos del Septenario, de mi tierra, son los que, desde el tablado, está el cohetero, suelta que suelta, mientras anda suelto el Niño Ciego, lanzando flechas y echando brasas, cosa que quema...

El fuego, sue' en definir las campanas, con cierto tintineo que hace juntar la barriga al espinazo...

Fuego del patriotismo, es ese que, en la ciudad de don Gil Ramírez, está brillando...por su ausencia...

Y no hay más fuego sino aquel que alumbra la Historia, en San Mateo...

Vamos a resumir:

Para el niño, no hay fuego como el de la piro-técnica; para el anciano, el de la estufa; y para el joven no hay sino

«fuego de amor encendido».

Me estaba olvidando del fuego de la discordia, ese que atiza el fanatismo...Y porque suegras y madrastras no se crean aludidas, no he de mentar aquí el fuego de los infiernos...

Pongo punto al fuego, ya que en mi mente se agotó el tema, como en el candelero mi vela que agoniza; mientras un borracho, arrimado a la puerta de mi vecina, entre hipos y gallos, canta, rasguñando su guitarra:

A tu padre no le temo,
ni a tu novio le hago caso...
¡Echame agua, que me quemó...
Echame agua, que me abrasó...!

MATRIMONIO ESTRIDENTISTA

Treinta años los dos sumaron.
El es Juan; ella, Juanita.
Una noche se encontraron
jugando a la MACOMITA.

Juanito, a ciegas, corría,
bien ceñido el antifaz,
y Juanita, le decía:
—da tres vueltas y hallarás...

Ella se escondía, y él
la buscaba, con afán...
Juanita, riendo, cruel,
huía siempre de Juan.

Pero guiaba esa risa...
Así él iba de ella en pos,
y la distancia, de prisa,
se acortaba entre los dos...

Terminó la Macomita
en un oscuro pasillo,
dejándose, la Juanita,
coger, al fin, del chiquillo...

Entre puchero y puchero,
 élla dijo: —te amo, ingrato...
 El contestó: —por tí muero...
 Y ambos lloraron un rato...

Cuando en sus casas están,
 nuevo anhelo les afana:
 no juega con trompos, Juan,
 ni con sus muñecas, Juana...

Pensando en la Macomita,
 lá una y el otro están;
 adelgaza la Juanita,
 enflaquece el pobre Juan...

Pero en un corso de flores
 vuelven a verse otra vez,
 y entre miedos y rubores
 y mirándose los pies,

—sal esta noche al balcón,
 dijo Juan a la Juanita,
 porque es muy chic que al garzón
 su garza le dé una cita...

Juana, que tanto envidió
 las citas de la vecina,
 la propuesta paladeó
 tal como una golosina.

Y en una noche de estío
 fue la cita, o su remedo:
 Juana, temblando de frío
 Y Juan, de frío y de miedo...

Al verse, se sonrieron
con expresión inocente,
y, ¡qué dicha! se dijeron,
los dos, simultáneamente.

Mas, se callaron los dos,
porque el amor puro es mudo...
Juanita, ensayó una tos...
Juan, reprimió un estornudo...

Ella dijo: —el rostro me arde...
Contestó él: —a mí los pies...
Y Agregó: —creo que es tarde...
Ella repuso: —Tal vez...

Así la charla se agota...
Bosteza él, élla le imita:
Juan, con la boca grandota,
Juana, con boca chiquita...

—Hasta mañana, Juanina...
—Hasta mañana, Juanón...
Juan, abandona la esquina,
y Juana cierra el balcón...

Y, más o menos, como esa,
la otra cita y las siguientes...
Si élla teme una sorpresa,
a Juan le tiemblan los dientes...

Hasta que élla, a su pasión
por darle nuevo detalle,
abandonando el balcón,
salió a la puerta de calle...

Y al entreabrirla, sonó
un gozne, de tal manera
que la mamá despertó
y se armó la pelotera...

Juan y Juanita temblaron,
y, sin saberse qué hacer,
de las manos se trabaron
y empezaron a correr...

Hasta que en la tierra viva,
echando por un atajo,
Juana, cayó boca arriba
y Juan, cayó boca abajo...

Al levantarse, él y ella,
se miraron sin consuelo,
a la lumbre de una estrella
que se reía en el cielo...

Luego, los gallos, en coro,
cantaron, con voz sonora;
y en la linde, rizos de oro
sacudió la rubia aurora...

Los novios, llenos de pena
y de cansancio y de frío,
se durmieron en la arena,
a la ribera del río...

El sol, cuando despertaron,
medio camino había hecho.
y Juana y Juan, se miraron
con infinito despecho...

Echando rayos y truenos,
gritó el novio: —no hay qué hacer...
Y Juana, dijo: —si al menos
tuviéramos qué comer...

—Realmente, musitó Juan,
echando ojo al rededor;
yo creía que sin pan
era posible el amor...

¿Qué te parece, Juanita,
un caldo gordo de pollo,
con una que otra papita,
y un bien cocido repollo?

—De chuparse, dijo Juana,
y agrégale una tortilla,
arroz a la sevillana,
y un bistef en mantequilla...

—Yo prefiero un loco espeso,
dijo Juan, si he de ser franco,
espolvoreado de queso
y unas rajas de pan blanco.

Y luego, venga el café...
Dijo Juana: —disparate...
Que no has probado, se ve,
lo que es un buen chocolate...

—Me contentara con menos,
rezongó Juan, con envidia;
y Juana, repuso: —al menos
no nos ha de dar lipidia...

Y concluyó: —lo tenemos
merecido, tristemente...
Juan bostezó diciendo: —hemos
comido espiritualmente...

Y mientras lavan la enagua
que se manchó en el pantano,
y tan sólo beben agua
en el hueco de la mano,

—no hay tiempo para la enmienda,
dijo Juan, soy un mastuerzo...
Me ahorco si la merienda
es así como este almuerzo...

Y sin más cosa que hacer,
se largan en pos de un cura,
que les dé algo de comer
y cure este mal sin cura...

Después de hacerlos casar,
el fraile, que era de Huelva,
les dijo: —ahora a buscar
la madre que les envuelva...

Y se van Juan y Juanita,
sin saber a dónde van,
diciendo: —estoy frito, Juan,
y ella, diciendo: —estoy frita...

A buscar ocupación,
a sudar, para comer...
Y hasta él encontrar patrón
y ella, un trapo que coser,

negros, pasando los días
van, de rechazo en rechazo,
con las entrañas vacías,
pegadas al espinazo...

Mas, como en los que no comen
el hambre deja honda huella,
a Juan se le hunde el abdomen,
lo que no pasa con ella...

La miseria crece, insana,
y decrecen los hechizos...
Y el hambre, de Juan y Juana,
culmina, al fin, con mellizos...

El amor la sima negra
del fiero hastío devora...
Pobre Juan, nunca se alegra...
Pobre Juana, siempre llora...

Y ambos, dándose al demonio,
tras de tan ruda enseñanza,
ven tarde que el matrimonio
no ha sido cosa de chanza...

ENTRE EL AMOR Y LA GLORIA

Están de acuerdo los autores al asegurar que Adán, cuando despertó del sueño profundo, que el Señor le infundiera, para restarle la costilla, lo primero que hizo fue abrir los ojos...

Eso de abrir los ojos, no es tan fácil como parece a primera vista...

Hágase la prueba con el pueblo que, sugestionado con un programa de libertad y reconstrucción, se lanza a pisotear derechos, con los ojos cerrados... Cuando llegue a abrirlos, tendrá que retorcerse, sintiéndose pisoteado...

Mas, como para esta prueba se ha menester de un pueblo, como el ecuatoriano, especialísimo en su género; el mismo que ya no existe, por habérselo tragado el comunismo, tenemos que recurrir, para evidenciar que no es fácil aquello de abrir los ojos, a un marido, coronado...O a un Ministro, descoronado... Que los tenemos a puñados...

El primero, es decir, el marido, necesitará para abrir los ojos, palparse las protuberancias de la frente... Y el segundo, palparse también, pero las antipodas, quiero decir, la antifona, hollada por el pie ejecutivo...

Digo, pues, que Adán abrió los ojos... (Dichoso Adán que pudo abrirlos, dijeran Homero, Milton y el tuerto Eloy). Y se encontró solo, es decir, se sintió tranquilo y dichoso... ¿No se sentirá así Arroyo del Río, abandonado de todos sus partidarios...?

Más bien solo que mal acompañado, es, sin duda, cronológicamente, el primero de los refranes... Parece que lo estuviera oyendo al varón del paraíso, después de que su costilla le hizo la célebre volada...

El primer hombre, después de despabilarse y bostezar repetidas veces; y dicho sea de paso que aquello del bostezo, es manifestación ingrata e indecente, con que pagamos los beneficios del sueño, recibiendo y despidiéndole con gestos...

Digo, pues, que nuestro tataradeudo, se dió cuenta de que algo le faltaba en el costado derecho... (Algo semejante a lo que sentimos los ecuatorianos, después de firmados los arreglos de Río de Janeiro). Lo que prueba, hasta la evidencia, que la ciencia infusa de Adán, no se codeaba con la cirugía... Aunque, desde el primer día, tuvo a su lado la gran cirujana, legadora a su sexo de la infalible anestesia del amor... Empleada, con mejor éxito, mientras más débil se encuentre el corazón del paciente... Mediante la cual no hay desvelado que no se duerma, ni bolsillo que no sea amputable... Preferible, en todo caso, al cloroformo de nuestras clínicas modernas que, si no hace dormir para siempre, el sobreviviente sale de ellas esqueletado... No tanto por los resultados de la intervención, cuanto por la planilla, descomunal, de químicos, radiógrafos, clínicos, cirujanos y ayudantes, que toman parte en el descuartizamiento...

Estábamos en que Adán abrió los ojos, y acabó por despabilarse...

En seguida dióse cuenta de haberse dormido arrimado al tronco del consabido árbol que fue su ruina... No a un árbol cualquiera, sino a ese cuyo follaje iba a dar sombra a la humanidad en ciernes: al árbol de la ciencia del bien y del mal: al árbol por antonomasia...

Y todavía se ha de decir que quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija...

Todo esto estaba pasando en el jardín de las delicias, circuido por los muros de dos palacios, fronterizos, creados, durante el letargo del hombre, por la mano omnipotente.

¿Qué será esto? se dijo Adán, con la natural curiosidad del nene, hecho hombre por la perfección y desarrollo del cuerpo, pero sin dejar de ser un recién nacido...

Entonces, habló el Señor y dijo:

—Esos son los templos, el uno, de la gloria, y el otro, del amor...

El primero, te ofrece laureles inmortales; y si quieres morar en él y ser su señor, no comerás del fruto del árbol a cuya sombra te dormiste...

En el segundo, abundan las flores y los frutos: flores que inebrian, pero caducas; frutos que embelesan, pero de ceniza...

Eres libre, Adán: está en tus manos la inmortalidad o la muerte...Elige, pues, tu morada...

El hombre, por un instante despabilado y con los ojos abiertos, dirigióse, resuelto, al templo de la gloria...

Iba a trasponer sus umbrales, cuando tornó a empabilarse... (Lástima que este verbo no sea académico, pero yo lo creo para mi uso particular).

Quiero decir que Adán volvió a empacarse, porque, a sus espaldas, escuchó una risa (como tintineo de cascabeles de plata, se dijera en estos tiempos cascabeleros) que tenía de trino y de gorgorito...

Detúvose el hombre, y al revolverse, Eva, desnuda, bajo la parca del pórtico del amor, asomó a los ojos atónitos de Adán.

No dice la Biblia, pero yo supongo que el primer hombre, contemplando a mujer tan linda y en traje tan escotado, debió de colorear como un tomate riñón maduro...

Figúrome que bajaría los ojos; llevaría la mano izquierda a la horcajadura, por un movimiento instintivo de pudicia, tan natural en nosotros, los hombres, y haría biberón del pulgar de la derecha... Eso, si no se le contrajeron las comisuras con muecas de llanto; si no se enjugó las humedeces faciales, con los antebrazos, y no quedó largo tiempo, hurgándose y sorbiéndose las narices...

Pueden burlarse los chiquillos, pero la situación de Adán, en esos momentos, se la doy al más pintado boquirrubio...

A la prueba, venga un Adonis... Haga de cuenta que está delante de Eva, desnuda; aunque esto, en los tiempos que corremos, no cogería de nuevo, y comience por enhebrar la charla, poniendo en práctica, ripios y lugares comunes, que son de rito en el gremio.

Me figuro que comienza diciendo:

—¿Cómo está la señorita?

Eva, asombrada de la pregunta, contesta:

—¿No me ve? En pelota...

Al joven le parece excesiva la respuesta y procura dar otro giro a la conversación, con esta otra pregunta:

—¿Y mamá?

—La estamos pisando, dice Eva... En cuanto a papá, este rato debe de estar haciendo estrellas...

Nuestro Adonis queda en babia...

Y como en el paraíso, no hace calor ni frío, ni faltan ni sol ni lluvias, y, por consiguiente, hay que

descartar la información del tiempo, terminara aquí la entrevista, si al joven, la política no viniera a sacarle de apuros...Y, allá te va:

—Ud. perdone, pero por el traje que lleva, señorita, me parece que es usted comunista...

Eva, reprimiendo la risa y colocando un pie, en el muro, a la altura del hombro de su interlocutor, como acostumbran algunas niñas, en el Parque Calderón, por cierto con media Raylon, responde:

—¿Comunista? No, todavía...Después de la manzana, tal vez...

El imagina que Eva habla de la manzana de la discordia... Sonríe satisfecho, y levantando el puño, exclama:

—Ahora sí, no dudo de que sea usted comunista...

Pero dejémonos de suposiciones, y volvamos a Adán que, tímido y tartamudeando, pudo decir a Eva:

—¿Quién eres?

La pícara, con la seducción y coquetería que legó a sus hijas, echándole unos ojazos y concomiéndose como una colegiala, contestó:

—Soy la reina del templo que vas a renunciar por aquel...

Y al decir esto señaló la mansión de la gloria, con tal fisga, como si la estuviera viendo convertirse en humo...Y repitió:

—Por aquel, donde tendrás que vivir solo y aburrido, hecho una montaña de laureles...Si me sigues, haré tu vida un cielo de placeres...Al vernos juntos, temblarán de envidia las estrellas, y el fuego de la gloria abrasará menos que mis besos...

Aquí, Adán, debió de sentir cierto cosquilleo en las manos, como queriendo tener entre ellas una gui-

arra, y hacérsele agüita la boca, por reconvenirle al Señor, con la voz del inmortal Tacarango:

«Por qué sensible,
Señor, me hiciste
y me criaste
con corazón...?»

Y con el mismo estremecimiento que produce la Egloga Triste de Remigio Romero, es decir, sintiendo ese sabroso friecillo que recorre toda la espalda, desde el cogote hasta más allá de Jambelí...dijo Adán a la que iba a ser su señora:

—Mientras hablas, extraño deleite cautiva mis sentidos...Vibra mi cuerpo...Estoy ansioso de oprimirte y acariciarte...Tu aliento, embriaga; tu voz, fascina...

Callóse Adán, que había dicho demasiado (como el ex-gobernador de Cañar, pidiendo amnistía...). Y después de meditar un momento, concluyó:

—Mas, para seguirte, tendría que renunciar a la gloria de la inmortalidad...

Eva, con un dengue de caderas, que para Adán fue como que bamboleara todo el paraíso, secreteó, insinuante:

—Yo te ofrezco, rodeada de encantos, la gloria del amor...

Adán movió la cabeza, como queriendo librarse de malos pensamientos, y, santiguándose, (aquí discrepa alguno de nuestros historiadores), contestó:

—Pero esa gloria termina con la muerte...

Pintóse en los labios virginales y endiabladamente voluptuosos de la mujer, una mueca de lástima y desdén...Miró al que se las daba de macho, de pies a cabeza, posiblemente, murmurando entre dientes, ¡ma-

riconazol y repuso:

—Y qué importa la muerte, después de gozar lo que te ofrezco...?

Adán, hundió la cabeza entre los hombros y con voz de lánguido castrón, dijo a un SHUAPELO, (que le daba las vueltas), como cierto mandatario a su portero:

—Y ahora ¿qué me hago?

El bicho alejóse, dándole un papirotaso en las narices, tal como hubiera querido hacer con su jefe el portero del paréntesis...Y Adán, delante de Eva, en pelota, quedó mudo e indeciso y en más apuros que los de Velasco Ibarra, ante la empelotada Reconstrucción Nacional...Como si dijéramos ante la teoría de Einstein, la famosa de las cuatro dimensiones; representando el conservatismo la largura; el ancho o amplitud, el partido liberal, y, por espesos, el espesor, los socialistas...En cuanto al comunismo, como en la práctica es inentendible, viene a representar la cuarta dimensión...Felizmente, no hay mal que dure cien años, y después de un siglo, la cuarta dimensión y el comunismo, vendrán a aclararse como el agüita...

En balde esperó Eva que Adán hablara...

Mas, como la señorita era de armas tomar, empleó su recurso máximo, ese con el que suele conseguir del hombre cuanto le dicta su capricho...Eva lloró...Pero no como suelen hacerlo hoy muchas de sus hijas, que todo lo reducen a muecas y catarro...No, señor. Eva lloró con todas las reglas del arte...Empezó por sonreír, dulce y melancólicamente; inflósele el pecho, como el de la paloma, cuando se esponja...Tembláronle los labios, con esa sublime expresión que, en la boca de los niños, preludia el llanto; y, trémula, anhelante, volvió hacia el hombre los ojos bañados en

amorosas lágrimas... Y... Aquí te quise ver, escopeta...

Estremeci6se el jayán, como si un rayo le hubie-
ra atravesado...Chispeáronle los ojos; batiéronle las ija-
das, y, jadeando, con las fosas nasales dilatadas, lle-
v6se las manos al corazón que, por primera vez, ha-
cíase sentir, precipitando la sangre en las arterias; gol-
peando, como martillo, en las cienes y oscureciéndole
los ojos...

Iba a tirarse de rodillas delante de Eva, cuando
el Señor asomó, con la oportunidad de algunos RE-
CONSTRUCTORES, el 28 de mayo, y dijo:

—Adán ha elegido el templo de la Gloria, como
tú, Eva, preferiste el del Amor...Cúmplase, pues, lo
que has querido y deja al hombre que penetre en su
morada...

No palidiecieron tanto los AMIGOS DE LA
CAUSA, en Cuenca, leyendo el telegrama presidencial,
que hacía saber el nombramiento de Enrique Arízaga,
para Gobernador, como Eva quedó lívida, oyendo lo
que el Sumo Hacedor decía...Pero reaccionando, y
viendo que había agotado los recursos de la seduc-
ción, la mujer, acudió a la astucia, y dijo:

—Señor, haré lo que has ordenado, pero concé-
deme, antes de que Adán me abandone, corto espa-
cio, para probarle que es, perdonando la mala pala-
bra, un sinvergüenza, y que debe seguirme...Mi argu-
mento será rápido y no volveré a emplear las armas
de la seducción con que, pródigo, me dotaste...

El Señor concedió lo que Eva le pedía...

Ella, pues, dirigióse al templo de la Gloria, trajo
un haz de verdes y húmedos laureles. Dej6los en el
suelo y dijo:

—Esto simboliza la inmortalidad...

Luego, del árbol prohibido, arrancó manzanas de

imponderable madurez y hermosura, y poniéndolas sobre los laureles, soliloqueó:

—Representan la dicha, el amor...

En seguida, a un asno que pacía cerca, presentóle éstos que Eva llamó símbolos de amor y de gloria...

El asno, olfateando frutos, sacudió la abultada cabeza, como protestando del manjar, pero hundió los belfos en los laureles que pronto desaparecieron entre las mandíbulas del bruto...

Entonces, Eva ofreció al hombre las manzanas... Y con la más pícara y decidora de sus sonrisas, exclamó:

—¿También tú las desecharás...?

Adán, entre el ridículo y la muerte, prefirió morir, y tomando una manzana, dijo:

—Mujer, con todo lo que has hecho, no has probado sino tu malicia...Pero, no puedo más...Ni el que me creó, dotóme de fuerzas suficientes para contrarrestar tu hechizo...He sido engañado...El Señor me dijo: —«eres el rey de la creación»...

—Sí, dijo Dios, empezando a alejarse, eso te dije antes de quitarte la costilla...

—Pero, entonces, clamó Adán, dime, Señor, ahora ¿qué soy?

La voz del Hacedor dejóse oír apenas, tal vez, ya de tras del sol, repitiendo, solamente, esta palabra: esclavo...

—Sí, dijo Adán a su compañera, desde el instante que te hallaron mis ojos, ya nada pude ser sino tu esclavo...Presiento los dolores que me aguardan...Sé que acabo de abrir las puertas de la muerte, pero que también el amor sabrá cerrarlas...

Y al templo de la inmortalidad penetrar podrá

nadie, sino por el pórtico del amor...

Y Adán llevó a la boca la manzana, como, más tarde, el filósofo la cicuta...

COMADREO

—Vecina Chepa...¡Vecina...!

—JAA...Ya qué se le jrunció...

—CHAPE, CHAPE a la Corina...
Salga pronto...Ya pasó...

—Para qué estará llamando,
digo yo, la SENU Michi...
DÉJEPES que esté pasando
cada longa con su ASICHI...

DIJE, como la otra tarde,
será alguna caballera,
de esas que la ¡Dios me guarde!
hacen ver, quiera o no quiera...

Y ha sido la SERDA-BUCHI,
SHILA de la chichería,
que en el sebo, como el CUCHI,
DEMUESHRRA la JUANTESIA...

—VEAPES las orejotas:
el oro CHUTANDO el cuero...
Oronda, la PARUC-BOTAS,
como runa pendonero...

ELE, ya está con oshota,
pero eso sí, LLUCHUCHANGA...
Ayer nomás, la ROCOTA,
pasó por aquí LLAPANGA...

—Vea, ¡semejante venia
que le va haciendo ese longo...!
Pero, ¡VESO! ¡Cómo MENIA,
cómo sacude el móndongo...!

¡Guárdeme el Niño de Praga!
Pero de esta GUASHPI, ayer,
me dijo la SEÑU Gaga;
¡Cushitas! lo de no OYER...

—SEÑU Michi, calle OMPOCO...
¡Qué corta tiene la saya...!
Agua tiene todo coco,
y pepas toda papaya...

Lo que dice taita Buti:
no hay camino sin recodo...
Todos venden la...¡IMASHUTI!
Dar con el precio, eso es todo...

Mañana, con su agua FERTE
TAME a mí MA de pelar...
¡CUSHITICAS! Ni la muerte
de usté CA SA de escapar...

ELE, yo sí que en su CUCHU
tengo a la lengua trincada...
Aunque pase un diablo SUCHU,
no me importa NI ME NADA...

—Eso sí que es indirecta
contra uno que siempre pasa
CHUTANDO la pata recta,
y nunca duerme en la casa...

Que en la bótica ha hecho CUSHA,
y en la taberna TAME...
Y con la lengua diz QUE,
de la HONDRA ajena hace PUSHA...

Y no diga que murmuro,
SEÑU Chepa, QUEN cuanto ESO,
usté despioja en lo oscuro
y encuentra en la pulpa el hueso...

—¿Contra ese PATICHUTADO,
no está pitando su pito...?
¡Ay, por la Corina ha estado
sólo rezando el bendito...!

—GUASHARRIMO a la Corina,
con botas, porque da susto...
Pero medias, a la china,
no le han dado, ese es mi gusto...

—VAY, deje a la GUAÑUSSIENTA,
con su cara de empachada,
que vaya, hecha la DENGUIENTA,
haciendo oler la JRUITADA...

Y GULUMBIANDO el JULANO,
en busca del tis con tas,
se ande OJRECIENDO al cristiano,
y diciendo: quien da más...

—Lo MISO que ese doctor,
que vive JLUETANDO el voto,
como su PUCUCHIDOR,
la MAMA CHUTAME el Coto...

—Se huele la JEDENTINA,
aunque no se quiera, es cierto;
y en ciertas NIÑAS, la china
yede, como perro muerto...

¡Semejantes NIÑARUCUS,
de zorro y carril APASHCA...
Pero TUJO de MILLUCUS,
dejan al paso y de MASHCA...

—Sí conozco, SEÑU Chepa...
¿No es esa rocoto-ZINGA,
que lleva el gorro a la pepa
y anda hecha la SACHA gringa?

—ELE ESAPES, la del lado...
La puro dengue y puchero...
Que, CUSHILLA, SA trincado
a un medio UPA caballero...

Esa, que el parlo machuca,
y que le GUIGSIA el cogote...
La de cadera ACIRUCA,
ni que paila de hacer mote...

—Calle OMPOCO, SEÑU Chepa,
usté sí que es deslenguada...
—Ay, CUSHA, voltear la arepa
en el tiesto, eso no es nada...

No HAY dicho que es VENDEMUCHA,
ni que ande buscando gara...
DIJUERENTE es una bucha
que tener que hacer GARGARA...

No le HAY dicho MUNACHICHI,
ni ojitos de jay que me vendol...
Solamente, SEÑU Michi,
huelo lo que está JEDIENDO

La buena o mala conducta,
VIDITAS, no tiene capa...
La que está empachada, ERUCTA,
por más que se ponga tapa...

Como damos con la mata
oliendo el chilchil o el paico,
ELE, así, a la Escalinata
nos lleva el ISHPANA-HUAICO...

—Lo que es yo, llamo ladrón
al ladrón, CHUMADO al CHUMO..
Que al que DENTRA en el JOGON,
llorando le saca el humo...

Y AURA que ladrón HAY dicho,
eso sí que es plaga viva...
SHUAS veo, como el VICHU,
por abajo y por arriba...

Si van a la POLECIA
sólo los cholos rateros,
es porque no avanzaría
la casa a los caballeros...

—Eso lo uno, el otro CA,
¡QUIERDE un calé, Madre mía..!

—La plata diz que se va,
como agua, a la ESTRANGERIA...

—El mercado, por la nube...

—Y el cristiano en plena hambruna...

—Mientras huela, el jornal sube...

—Y el don Velasco, en la luna...

—¡Y la BOTICA... ¡Dios santo!
Ya ni para qué hablar...
Una INJUELIZ, entre tanto,
no se puede ni ENJUERMAR...

De noche, suda que suda...
Así CAINO, desvelada...
Y no puedo, sin ayuda,
como la Corte, hacer nada...

—ELE, como yo, vidita:
no se que DIANFRE me atora,
cada vez que oigo que pita
o PIJIA la aplanadora...

Grita la sirena, y corro
diciendo a la vecindad:
está pidiendo socorro
la municipalidad...

Está algún auto pasando
de noche, y yo estoy diciendo:
si no es esto contrabando,
es NIÑA que está saliendo...

—Cada cristiano en su OJUCIO...
Dentro de la manga, el codo...
SEÑU Chepa, deje el vicio
de meter el pico en todo...

—¿No ve que todo está echado...
NAIDIN compra, NAIDIN vende
y que sólo el empleado
tiene plata...No COMPRIENDE...?

Los viernes, en Cuenca, el agua
sólo se toma en convite...

—Usté, en todo, como huahua,
anda haciendo PITE, PITE...

—Con espinas es el bagre,
y toda carga con palta...
Y lo que es aji y vinagre,
a su olla, nunca le JUALTA...

—Usté CRUQUE está queriendo
SEÑU Michi, hacer pelea...

—No soy de esas...Ni COMPRIENDO,
Dios guarde, lo que eso sea...

—De PELIAR, nada se gana...

—Ni de hablar como una loca...

—Por eso, una lengua sana
es el corcho de la boca...

—ELE yo, sí, soy sin pico...
murmuración, ni conozco...
Y sé bien que en el hocico
cerrado, no DENTRA el mosco...

—Así yo...Ni CHURR ni MURR...
Caridad, en todo caso...

—Así oigo al Diario del Sur...

—Así dice el Padre Mazo...

*—La puerta, bien atrancada,
de noche, y siempre en la tienda...
No me importa, NI ME NADA,
que la vecina trascienda...

Y ¡CUSHA! ¡Qué JEDENTINA...!
Va a dar fiebre...Calle, calle...
¿Va a CREYER que la vecina
hace, LLUGSHICTA, en la calle...

Y la otra del lado, agarra
a un pobre soldado, anoche,
y pasa, con la guitarra,
y el trago, toda la noche...

Por eso, en mis oraciones,
le suplico a Santa Rita,
que, de mis obligaciones
no SAJUE, pero NUNQUITA...

—Metidas en nuestro AUGERO...
Así vivimos el diario:
de la cama al JOGON, pero
rezando siempre el rosario...

—GAMO el pan, Virgen María,
se hace, cada vez, más duro...
Y una pobre, noche y día,
tiene que darle al USHURO...

—Ay, el USHURITO, diga,
AURA es nuestra salvación...

—Sí...Nos llena la barriga,
pero nos come el pulmón..

—Sólo la Corina dió,
con el ASICHI, en el clavo...
Y dicen que hasta llegó,
un día, a eructar a pavo...

Pero la UPA, no COMPRIENDE
que, a este paso, lo JUATAL
le está ya, tiende que tiende
la cama en el hospital...

—Así pasa, señorita,
hasta que se occida el GONCE...

—¡Jesús! Las once, vidita...

—ELE, PES, ya dan las once...

Porque la Corina sepa
andar moviendo el ASICHI,
no he de llorar, SEÑU Chepa...

—ASIMISO es, SEÑU Michi.....

LA RIQUEZA

La Fuerza y el Instinto, esenciales características del hombre, en las primeras épocas, fueron sustituidos, en el Feudalismo, por el Amor y la Nobleza. Y el truculento jayán de Aquiles tuvo que rendir parias al desmirriado y escurrido Caballero de la Mancha...Pero irguióse la guillotina, y los Derechos del Hombre, proclamando la Democracia, encarrilaron todas las fuerzas vivas por un solo derrotero: la riqueza; sustituyendo con «dineros son calidad», la platónica leyenda: «por mi Dios y por mi dama...»

¿Qué es la riqueza?

Es todo, afirma la vida, llorando...Y la muerte, riendo, dice: es nada...

Es convertir en plata, lo que se sueña en dichas, y hacer del avión de la esperanza el chirreante y pesado tractor de la ambición...

La mitad del mundo dice: «la riqueza es la paz», tratando de comerse, lo más pacíficamente posible, a la otra mitad que grita: «la riqueza es la guerra»...Y los unos, por comerse a los otros, y éstos por no dejarse comer, se están matando en la actual guerra, en tal forma que tiende a quedarse sin dueño la riqueza...

La riqueza es un río que mitiga la sed de todos, menos la de su dueño...

Es agua que, alguna vez, lava, pero que, casi siempre, mancha...

Riqueza, dice el desgraciado, es la dicha...Y la desgracia de ser rico está sintiendo ese que ni come ni duerme, velando su tesoro...

Uno de los muchos acertijos con que mi viejo maestro, en el embrollo de las ecuaciones, solía sorprender al discipulado, era este:

¿Qué es lo que se pone en todo?

Y no era la ambición...Ni la mirada...Ni la forma...Ni el ambiente...Ni era Dios...

Sonreía el viejo maestro y dando la solución, decía:

—Lo que se pone en todo, es, simplemente, el nombre...

Y yo digo:

La riqueza, como el nombre, está en todas las cosas, de lo vivo a lo pintado. A la prueba:

Nadie más rico que Dios, amo y señor de cuanto existe; y como es de fe, salvo la modestia, que nosotros, los hombres, somos su fidelísima imagen... Luego...

Esto no tiene vuelta, canónicamente hablando, por más que mis acreedores tengan la prueba contraria...

El sabio posee un incalculable caudal...de conocimientos...Con todo lo cual no siempre alcanza a guisar su puchero...Y viendo a los ignorantes que se repapilan, prorrumpe: «yo sólo sé que no sé nada...».

De los santos es el gran negocio...de la salvación...Sólo que odian el contado...Y no pueden girar sino a largos plazos...

El pueblo, es un multimillonario...de derechos... Así lo afirma el corcovado herrero del frente, majando hierro, ocho horas diarias, para no morirse de hambre...

Pero, entonces, ¿qué es la riqueza?

Es fuego que, por una vez que alumbra, cien veces quema...

Es aire que se hace tromba y arrastra, abate y humilla cuanto toca, pero que casi siempre termina por evaporación...

La riqueza es mar que espejea el cielo, pero que esconde tiburones...

La riqueza es tan grande, que no cabe en el cielo, no sé si porque falte espacio o por estar monopolizado por los limpios... Y es tan pequeña que desapareciera en cualquier número astronómico y rebasara en la cuarta parte de la línea de un chequeáreo...

Si es verdad que «el dinero hace al hombre entero», este mundo fuera de eunucos... Pues, como los ricos son los menos, la gran mayoría fuera de incompletos o partidos... Y yo, sencillamente, agregó: partidos por el eje...

La mujer, de niña, es rica, para todos... De joven, para su enamorado, es ricura... Y si se duda, no hay más que escucharle al cieguézuelo, mendigo, que canta en la esquina:

«—No la veo a la Teresa,
mas, la beso, con locura...
Y mientras mi labio besa,
la estoy diciendo: —princesa,
que riqueza es tu hermosura...
Ay, si es rica la riqueza,
más rica es esta ricura...»

Y sigamos con la mujer:

Si de vieja es rica, vuélvese mina que explotan mártires y confesores...

Si casada: es banco, con mucha espalda, pero sin

respaldo, que manejan sus parientes...Con cuenta abierta para los hijos y siempre cerrada para el marido...

Conozco mujeres que han monopolizado todos los rendimientos...amorosos...

Y otras que manejan, sin miedo, los capitales...del Catecismo...

Viuda rica, es lotería que al que le cae le aplasta con todo el peso del difunto...

Muchacha casadera y pobre; ay, es riqueza, pero sólo de su madre...

Una gran fortuna, dice el filósofo, es no tener riqueza...Y esto lo asegura extendiendo la mano...

Por eso, los pobres ricos andan huyendo de estos filósofos; pues, no siempre se lleva plata suelta en los bolsillos...

La riqueza es droguería, con específicos para todos los males.

No hay nervios femeninos que no se distiendan al contacto de un collar de piedras finas...Ni nieve que no eche chispas, bajo las pieles de Australia y los zorro azules...¿Habrá altivez tan ruda que no se trueque en panal de blandura y dulcedumbre, con insistentes fomentos de giros a la vista...?

La riqueza es lámpara de Aladino: si es difícil poseerla, mucho más es conservarla; y más que poseerla y conservarla, llegar a manejarla noblemente...

Todo es susceptible de producir riqueza, desde las inmensas cataratas del Niágara, hasta esas pequeñas que se hacen batir del oculista; desde el mal pensamiento de Judas, hasta ese otro, sublime, que hizo surgir el nuevo mundo en la mente de Colón. Es decir que la riqueza está en potencia en todas partes y a su explotación concurren las ciencias, pero solamente las humanas, porque las divinas se han reser-

vado el derecho de gozarlas...Como la gota de rocío es riqueza de la flor; la flor, de la abeja; la abeja, del panal, y el panal, del zángano...El zángano, indudablemente, no es riqueza, pero eso no importa: no será riqueza, pero es el único rico...

Dicen que el templo es mina monopolizada por aquellos que predicán abstinencia y amor a la santa pobreza...Yo dudo, y conmigo los codificadores de la Ley de Bienes de Manos Muertas...

Los gobiernos ¿qué son sino inagotables fuentes de riqueza? No lo digo por esos que se arriman a la mesa del presupuesto; pues, dado el apetito que cargan, la ración resulta mínima; menos por los fieros hijos de Marte que, aunque no sean el sostén de la patria, en cambio la patria les sostiene...

¡Y qué contradicciones tiene la riqueza!

Mientras un artífice lleva en la mano la fortuna, un pordiosero manco, nada tiene que agradecer a la mano que le queda. La que le viste y mantiene, es la mano que le falta...

No hay mendigo que no tenga en su miseria un pagaré a la orden, con el cual es acreedor de todos los que le compadecen...

Cómo calcular los caudales que ha producido y sigue produciendo el teatro, donde la imaginación hace de las suyas, para presentar, emperifollada, una alegre o conmovedora mentira...

El amor, no sólo es fuente de delicias, sino de riquezas...Hay sirenas que recuentan sus besos por los duros que guardan en su cofre...

El amor se cotiza según el alza de temperatura, y obedece leyes de economía, en aquello de la oferta y la demanda...

La mujer, con todos sus capitales, quiero decir,

su feminismo, levanta un ejército de seducciones, y pone sitio a su futuro dueño, digo, esclavo, su vello-cino de oro...

La víctima, bloqueda de miradas y sonrisas, promesas y esquivaces, quejas y lágrimas, huye, desatentada...Y rindiérase, cual tímida cervatilla, si, caritativo, el sentido común no le ofreciera refugio...

¡Pero su enemigo no se desanima y, como Dexis, en Marengo, dice:

«La batalla está perdida: vamos a ganar la otra...»

Y echa mano del filón de las supercherias: dora su pelo; agranda los ojos; improvisa formas; simplifica faldas, llevando el escote hasta la pared del frente... Y, ¡Césamo ábrate...!

Pero para rica, la poesía. A su lado, fatiganse los números y son las matemáticas, tachuela...

Vaya el sabio a calcular, no en sures, porque eso ya salió del mapa...sino en dólares, un cielo de zafiro, donde el sol es de oro puro; la luna, de plata, si no de platino; la vía láctea, collar de perlas; y Venus, Saturno, etc., etc., gemas que guarda en cofre de cristal, cincelado, la naturaleza...

Esto es poetizando por mayor...Ahora, bajando el tono:

¿Qué mujer, por menesterosa, no tiene, si es agraciada y acierta a llorar delante de un lírico, carbunclos en los ojos, brillantes en las lágrimas..? Sin contar el ópalo de la frente, los crisoberilos de las mejillas, las perlas de los dientes y el líquido rubí de la sangre...Andamais, las briznas de amatista en las pecas y las lentejuelas de oro y las perlas viudas en las verrugas...

Se dice que los poetas mueren de hambre...Ni puede ser de otra manera, si todos son como aquel

botarate de Becquer, que ofrece:

«Por una sonrisa, un mundo...
Por una mirada, un cielo...
por un beso...Yo no sé
qué te diera por un beso...»

Realmente, no hay fortuna que resista semejante derròche.

Nada superara la riqueza de la poesía al no funcionar el Banco de las Indulgencias y aquella alquimia espiritual que, con espigas y racimos, ha hecho más oro que el que habrá menester Alemania para pagar daños y perjuicios de la última guerra europea.

Si la riqueza es la miseria del avaro; la miseria, es la riqueza de los santos...

¡Bienaventurados los pobres!

No hay más que olerlos, sentirlos y palparlos, para comprender esta bienaventuranza...

La riqueza es barómetro que señala la altura que alcanza la civilización en los pueblos.

El hierro es la riqueza del Coloso del Norte. Para clavos, los Yanquis...

La cerveza enriquece a los alemanes: para bombas, los sajones...

Francia, multimillonaria de derechos, se ha torcido desde que los zurdos hicieron chacota en la Línea Majinot...

La riqueza de Inglaterra se concentra en sus armadas...Así lo asegura España con la mano en la mejilla, digo en Gibraltar...

España, acaudalada de sueños, espera con su talón de oro proveerle de herrajes a Rocinante, y ha-

cerle ver al Miura ruso lo que es la espada de Machaquito...

Del Ecuador es tal la riqueza que, entregando los mares a la explotación universal; las minas, a los amigos; el territorio, a los enemigos, todavía le queda, no sólo ambiente para respirar, viento, para inflar hombres y presupuestos, sino selvas milenarias, paisajes volcánicos y, con Velasco Ibarra y las reliquias de Marianita de Jesús, noches espléndidas de luna...

La riqueza de mi tierra, como la de la mariposa, redúcese a polen y frágil hermosura... Como la del panal, la explotan zánganos...

Por eso creo que hasta la nada es riqueza, no digo nuestra moneda... La nada, de la que, según la Biblia, valióse el Padre Eterno para hacer lo que ningún capital ha producido...

Y ¡qué raras antítesis incluye la riqueza!

Cuando es excesiva, los mismos que, envidiando a su dueño, dicen:

—¡Dichoso! Para él, nada es imposible... Realiza todos sus sueños... La vida le es tan fácil y halagüeña... Concluyen:

—¡Infeliz! Es un esclavo... Su oro se le ha convertido en cadena... Ni come, ni duerme, ni sosiega...

¿Quién no amará y buscará la riqueza?

Sin embargo, los hombres no nos cansamos de repetir:

«El oro vil»... «La ignominia del dinero». Y el mismo Espíritu Santo, dice que pasará un camello por el ojo de la aguja, antes que pueda salvarse un rico...

Muchos intérpretes creen que con esto, Moisés trató de zaherir a los alegres y bien fondeados hijos de Leví...

Consiste la felicidad del rico en satisfacer, fácil-

mente, sus deseos; y constituye su desgracia, la misma facilidad con que los satisface...

La desgracia del rico, es la envidia que le cerca. Pero su mayor felicidad es saberse envidiado...

Riqueza: eres infinita...No tienes principio en la bolsa del mendigo, ni tendrás fin en las entrañas del avaro...Eterna e inmutable, posees todos los atributos de la divinidad y, fuera de esta mi pobrísima pluma, estás en todas partes...

Termino diciendo:

Si tener es malo, pues,
el no tener es peor...
Y, entre malo y peor, es
lo malo, siempre mejor...

RIENDO Y LLORANDO

AL MOLINO DEL RIO

Frente al Hospital, en donde
halla alivio el indigente,
y toda lacería esconde
la capa de San Vicente;

entre cercados de agaves
y pintorescos alcores,
donde no hay árbol sin aves,
ni yerbabuena sin flores,

se alza, entre sauces llorones,
entre limoneros de oro,
como nido de gorriones,
la agreste casa que añoro;

el bohío que se arrima
a la «Calle Larga», vieja,
y queda suspenso, encima
del río que le refleja...

Desde esa como ventana
del Ejido, en primavera,
vi la luz de la mañana
de mi mañana primera...

De «Todos Santos» al «Vado»,
casi no hay piedra, en el río,
que no me hable del pasado,
y en la que no haya quedado
alguna huella, algo mío...

«Piedra Zhura», «Juana de Oro»,
«Piedra Rota», «Las Tres Tías»:
el primitivo tesoro
guardais de mis alegrías...

Y en donde es más dulce el canto
del río que, entre las piedras,
corre arrastrando su manto
de tomillos y de yedras,

allí, sobre la alta orilla,
entre el alisar umbrío,
alzábase una capilla:
la de «La Virgen del Río»...

Del viejo, alegre, molino,
que hoy me parece que llora,
el techo, roto y cetrino,
arrimábase en otrahora

al santuario, sin aliño,
de la Virgen Molinera,
en donde Misas del Niño
canté yo, por vez primera...

Cierro los ojos con ansia
de verte, pasado mío...
¡Grato amigo de mi infancia,
viejo Molino del Río...!

Escondido tras la muela
que está triturando el trigo,
escapado de la escuela,
otra vez estoy contigo...

Mientras el chorrito de oro
de la tolva va cayendo,
las molenderas, en coro,
están cantando y riendo...

Todo embelesa y encanta,
todo moverse se mira:
el agua, que canta y canta;
la piedra, que gira y gira...

Te tienen siempre latiente,
estremecido, risueño,
como el corazón, ardiente,
del molinero, tu dueño...

De ese que dicha respira,
se biloca y enamora,
dice coplas y suspira
desde que apunta la aurora...

Volteando a los embites
del torrente, noche y día,
una balada repites
de lene melancolía...

Mientras cantas, lisonjero,
y cae la harina en copos,
la boca del molinero
es un chorro de piropos...

Y a una moza, que no arredra
su tenaz galantería,
dice, palmeando la piedra,
—así te acariciaría...

—¡A su madre! Ella resonga...
El suspira y dice:

—Negra...

Alonga la lengua, alonga
y di, sin miedo, a mi suegra...

Mira, si en trigo pudiera
trocarte, (agrega, ladino)
te moliera y te moliera,
sin descanso, en mi molino...

Te remoliera de modo
que polvo leve te hicieras...
¿Callas? Mas, yo sé que todo,
por ser tan dichosa, dieras...

Y la bolsicona, airada,
dice, sin alzar los ojos,
como quien no dice nada:

—Molino que muele abrojos...

—Con tal de que sean tuyos,
brillaran como tus ojos,
replica el mozo, y no abrojos
fueran, no, sino cocuyos...

Fueras mi trigo...Yo fuera
tu molino y tu triguero...
Y el agua, cantando afuera,
«por hoy, diamantes dijera,
sólo muele el molinero...»

Y sintiendo en mis cedazos
todos tus hechizos presos,
te cernieran mis abrazos,
te florearán mis besos...

Luego, en el horno, que brilla,
se alzará, como pimpollo,
remedando tu mejilla,
blanco y repujado el bollo...

Escupió la chola, y dijo:

— «Con escalas se va al techo...
Pan candeal no comen, hijo,
los que se han dado al afrecho...

Y hecha una grana, la moza,
su lío de harina carga,
con mudo desdén, y, airosa,
deja el molino y se larga...

En esa vega, vestida
con mantos de primavera;
en esa siempre florida,
incomparable ribera,

otras fueron mis auroras,
 otros mis atardeceres...
 ¡Cuán halagüeñas las horas!
 ¡Qué cándidos los placeres!

Sigue, rumoroso, el río
 corriendo con alegría,
 mas, su vega, que fue mía,
 ya nada tiene de mío...

Del cause, las grandes piedras
 han arrimado a los muros;
 no hay caminitos, oscuros,
 entre alisos y entre yedras.

Del puente de tosca chamba,
 el Juana de Oro de ayer,
 que lamía el Tomebamba,
 haciéndole estremecer,

nada queda...El andurrial
 ni enflora el río, ni besa,
 que en donde asoma la cal
 huye la naturaleza...

Se han vuelto estancias las chozas
 y avenidas los senderos,
 ya no se ven mariposas
 ni se oye cantar jilgueros...

Deshecha la ermita fue:
 cayó la torre de armiño,
 con la campanita, que
 llamaba a Misas de Niño...

El mercantilismo, fiero,
invadió la agreste orilla,
y se alzó el aserradero
y se borró la capilla...

En la orilla, entristecida,
sólo el molino quedó,
como me he quedado yo
a la margen de la vida...

El pasado está deshecho...
Molino, ya nada queda...
No es ese techo, tu techo,
ni fue tuya aquella rueda...

Sólo el agua, que desagua
del cárcabo en el abismo,
es la misma...Sólo el agua
sigue corriendo lo mismo...

Molino, el recuerdo arredra
mi alma, herida de añoranza...
Ya no corea a tu piedra
el canto de mi esperanza...

SALVAJES

(CARNAVALES DE 1945)

Sobre duelos y contrariedades, ambiciones y rencores, odios y venganzas, ha hecho Cuenca un paréntesis de alegría, al son de las últimas coplas de Noche Buena, de los PINGULLOS indianos y el rasgueo de guitarras pueblerinas.

Se han cerrado los almacenes, los Bancos, las oficinas públicas y las casas de enseñanza.

Por todas partes, polvos y serpentinas, bombas y mixturas, entre coros de risas infantiles. El clásico ¡Agua peseta!, se ha relegado a las acequias de los extramuros. En las calles centrales salta, generosa, el agua de los grifos, desde balcones y terrazas.

Sorprendidos los gringos, por el chorro que les moja o el puñado de polvo que les enharina, protestan, iracundos, llamándonos ¡salvajes!...

Los gringos, esos que han llegado cubiertos con el polvo de todas las ruinas; manchados con la sangre de todas las razas, nos llaman ¡salvajes!

Indudablemente se imaginan que tiene de gases asfixiantes la nube de perfumado talco que cae sobre ellos; que no es agua pura de nuestros ríos la linfa que les moja, sino todavía lágrimas de aquel diluvio del que lograron ponerse a salvo, pidiéndonos hospedaje...

Sí, señores europeos, americanos y asiáticos, los

cuencanos somos unos salvajes, porque mantenemos la vieja tradición del Carnaval; todo lo pueril que ustedes quieran, pero que la fraternidad tiene por nexo.

¿Lo dudáis? Recorred las calles de Cuenca y hallaréis grupos de ciudadanos, de todas las clases y de todos los partidos, que se abrazan, cantan y ríen, mientras se mojan y se enharinan.

Los balcones rebosan de niños y chiquillas, arrojando agua y lanzando bombas, entre carcajadas y gritos de entusiasmo.

Penetrad, indistintamente, en los hogares. Es la hora del almuerzo, y al rededor de las mesas, las más barridas de manteles, hallaréis no sólo parientes y amigos del dueño, sino personas extrañas y hasta sus enemigos...

En esta tierra, en Carnaval, cesan las discordias; el corazón del morlaco no da cabida sino a la fraternidad y al esparcimiento. El hijo ingrato se arrodilla ante sus viejos; el mal vecino, deja de serlo; el cónyuge ofendido, no piensa en su desgracia; el hambriento, halla mesa puesta en todos los hogares, y el enfermo, manos cariñosas que le alivian...Tintinean las copas, por el ATACO amapoladas; chirrean las sartenes, canta estruendosa la vajilla, y desde la más rica mansión hasta el último tugurio, los clásicos potajes del antruejo, dejan sentir sus típicos perfumes.

¡Salvajes! Porque hemos cerrado las radios para dejar de oír las proezas del mundo culto; donde la juventud, en incontables falanjes, cae cegada por las ametralladoras, mientras se hunden las armadas y se estrellan a millares los pájaros de acero, y batutea el rebenque de «La Gestapo», concertando con el alarido de los judíos, el estruendo de las batallas, los estertores del hambre, los ayes de los campos de con-

centración, los relinchos de los caballos del Apocalipsis...Embelesante sinfonía que está deleitando el sentido del hombre que ha llegado a la civilización máxima...

Los cuencanos somos unos salvajes, sintiéndonos hermanos, por más que tenga de infantilismo la forma con que lo manifestamos; mientras los depurados y exquisitos, llevan casi un lustro de destruirse y de matarse.

Somos salvajes, porque nuestras bombas son de goma; nuestras pólvoras, de harina; nuestros gritos, de alegría; nuestras explosiones, de fraternal entusiasmo.

Venga la mecánica de la guerra y convierta en tanques esos carros piloteados por Momo...Chisguetes y jeringuillas, truéquelos en cañones y ametralladoras; en envenenados gases, el perfumado talco y la casera Agua de Colonia...Entonces dejaremos de ser salvajes...

Como que el amor y la paz, emigrando de los países donde la civilización culmina, hubieran encontrado propicio albergue en este escondido repliegue de los Andes ecuatorianos. Haga la suerte que nunca nos abandonen, para que no dejemos de merecer los morlacos el elocuente dictado de salvajes... ,

INTERPRETANDO POSTALES

1er. CUADRO

Era día de verano.
Cantando el río corría;
el sol, derramando fuego,
enfloraba la campiña.

Iba buscando un remanso,
siguiendo la agreste orilla,
cuando al vencer el repecho
último de la colina,

a la margen del cadoso,
de aguas verdes y dormidas,
sobre la mullida grama,
creí mirar una ondina...

Desnuda, en traje de gloria,
tomaba el sol, con su niña,
Laura, bella y voluptuosa
como una visión olímpica...

2o. CUADRO

—Dulce sirena, le dije,
que embelleces esta orilla,

ni la misma Venus fuera
más cándida, ni más linda...

Laura, irguiéndose a mi lado,
con la más lene sonrisa,
mientras llameaban sus ojos
que con vértigo atraían,

exclamó: —no sé por qué
cierta estaba que vendrías...
Y tendiéndome la mano,
agregó: —te presentía...

Mas, ese instante, la nena
que retozaba y reía,
acercándose, anhelante,
y mirándome con ira,
escondió la faz de rosa
de su madre en las rodillas.

3er. CUADRO

Laura, como Eva desnuda,
se presentaba a mi vista
sugestionando con todas
las manzanas de la dicha...

Redondas y erectas pomas
que el corpiño tiraniza
y modela y transparenta
petos, como llamas vivas...

La pompa de la cadera,
repujada y oprimida

por las ralas transparencias
de la sedeña batista.

Del muslo la curva grácil
que, en suave armoniosa línea
baja, como en el capullo
de rosa recién florida...

Sentí agolparse la sangre
tumultuosa en mis mejillas,
y latieronme las sienes
y se nubló mi pupila...

Tomé su diáfana mano,
como a una flor comprimíla:
su mano, florida rama
de pálidas margaritas.

Quise besarla, y de pronto,
rápida, como una chispa,
entre esa mano y mi boca
puso su mano la niña...

Recibió mi beso ardiente
la mano, cándida y fina,
de la nena que mi empeño
frustró con rara malicia...

Secretamente maldije
a mi inocente enemiga
y, sin poder reprimirme,
la vi con odio, con ira...

Ella alzó los puros ojos,
como la gacela herida,
hizo una mueca y de lágrimas
se empaparon sus mejillas...

Estremecióse mi espíritu,
con ansia nunca sentida,
y emocionado y confuso,
tuve miedo de esa niña...

4º CUADRO

Quedé indeciso...Mas, Laura,
apartando, ruda, a su hija, y
me ofreció su boca fresca
y roja, como la guinda...

Mientras mis labios hambrientos,
en sus labios se escondían,
y ella, cerrando los ojos,
contra el seno me oprimía,

cuando Laura entre mis brazos
palpitante, estremecida,
estaba vibrando toda,
como una pulsada lira,

a mis espaldas un grito,
trémulo, angustiado, vibra...
Grito que en mi corazón
sacude todas las fibras...

Era ella, de nuevo, era ella,
la nena, la tierna niña

que, pálida y temblorosa,
clavaba en mí las pupilas...

En balde, fingiendo calma,
sostener quise su vista...
Se me nublaron los ojos,
se heló en mis labios la risa...

Cuando quise acariciarla,
ella esquivó la caricia...
Y ante aquella criatura
cayó mi alma de rodillas...

Vencido me ví... Dos veces
aquel ángel me rendía
y humillaba, sin más armas
que su inocencia divina...

5o. CUADRO

Laura saltó toda valla,
delirante, enardecida,
y arrastrándome tras ella,
con voz lánguida, decía:

—Mira el río cómo atrae
con sus aguas cristalinas
y sus músicas extrañas,
burbujas y arenas límpidas...

¿No ves? Tálamo mullido
tienden allí las ondinas...
Ah, no te des, ven, hundámonos
en esas aguas dormidas...

Apresúrate...¿No adviertes
cómo las olas invitan...
Y burbujeantes nos llaman,
y espejean y se rizan?

Ven...La espuma, de mis hombros
colgará sus caudas nítidas
y mis muslos con ajorcas
ceñirá de piedras finas...

Ven...En mi cabello el iris
enredará gemas ricas,
y seré, feliz, tu esclava,
así, de reina vestida...

Ebrios de pasión y ciegos,
sin ver más que nuestra dicha,
cuando hundíamos la planta
en las ondas cristalinas,

entre los dos, interpuesta
irguióse otra vez la niña
como olita de agua dulce
entre dos olas de acíbar...

6o. CUADRO

Y no pude más...La carne
volvió a sentir la divina
supremacía del alma
y se declaró vencida...

Al contemplar profanada
la madre en esa hembra cínica,

sentí que todo mi incendio
se convertía en ceniza...

Parecióme que del río
las aguas se embravecían,
que se trocaban en vientos
huracanados las brisas;

que en un vasto sumidero
la playa se convertía,
y que esquivando mi planta
hasta las piedras huían...

Como las llamas de Laura,
así eran las nieves mías...
Y cuanto se acercaba élla,
yo alejándome seguía...

Me apartaba horrorizado,
como se huye de la orilla
del río que viene oscuro
y creciendo sin medida...

Como debe huir la mosca
de la araña, que le atisba...
Como se huye del abismo,
y de la lava encendida...

7o. CUADRO

El tiempo fue desgastando
la impresión...Barca divina
renueva la juventud
siempre su carga florida...

Y en medio de la tormenta,
con velas a toda brisa,
sobre las olas más altas,
incólume, se la mira...

Otra vez en mi camino
se interpuso élla, la misma
Laura, la hembra seductora
voluptuosa, peregrina...

Plena de gracia y belleza,
en mi alma, como una chispa,
volvió a atizar las murientes,
mal apagadas cenizas...

Iba a caer en sus redes,
en su hoguera a caer iba...
Ya desarmado y vencido
resistirle no podía,

cuando, de pronto, en mi mente
surgió, palpitante, vívida,
como una visión sagrada,
la imagen de aquella niña

que, temblorosa, interpuesta
entre los dos, vile un día,
como olita de agua dulce
entre dos olas de acíbar...

REBUMBIO

Chacotear, dice el Diccionario de la última edición: «Burlarse, chancearse, divertirse con bulla, voces y risa».

Sigamos, pues, chacoteando, sin salir de la índole de este libro.

Juzga mal de los hombres y los acontecimientos, sustenta principios que rechaza la opinión de la mayoría...

He ahí lo que dirá del autor el primer hijo de vecino en cuyas manos caiga este artículo.

Santíguense los impugnadores y escúchenme:

YO NO CREO EN LA BOMBA ATOMICA... (a)

Cuando hayan acabado de reír, continúen.

Si al pensamiento sojuzga el pienso, se impone la dehesa... Por eso,

(a) Este artículo, en la parte relacionada con la bomba atómica, fue escrito bajo las primeras impresiones que dió la radio, con la noticia de haber sido casi eliminadas dos ciudades japonesas, por la aviación americana, al ensayar sobre ellas la fuerza del inaudito descubrimiento.

La duda, no dejaba de estar fundada. Yo decía: — será posible que los avisados y discretísimos norteamericanos, dueños exclusivos de semejante secreto, propaguen la noticia por todos los ámbitos, pro-

YO NO CREO EN LOS PARTIDOS POLITICOS DE MI TIERRA

Si no se desternillaron, sigan adelante:

YO NO CREO EN LA RECONS- TRUCCION NACIONAL

Aquí, a todos mis rientes lectores se les va el santo al cielo, pero dejándoles cierto saborcillo de berbena en los tragaderos.

PERO CREO EN EL PUEBLO AZUAYO...

Y vamos con la bomba atómica.

Al haber dado con ella, los Estados Unidos, hu- biéranse guardado el secreto. Yo, en la carota rubi- cunda de Tío Sam, veo una sonrisa que si no hace decir: «este viejo usa colinos», trae a la mente aque- lla, ante la cual se crispa el mundo, tipificando los labios de Voltaire.

Se dirá: ¿Cómo era posible guardar el secreto, si hubo que emplear la bomba atómica, en la destruc- ción de las ciudades japonesas, sin lo cual el imperio del sol no se rendía?

Nadie duda que fueron las dichas ciudades arra-

— — —
vocando de hecho la investigación y poniendo en peligro el descubri- miento, sin haber caído en una burda falta de instintiva defensa. No, los maestros americanos no cometen puerilidades, ni lanzan un anzue- la, con semejante sebo, sino para alcanzar una gran pesca. Entonces, conclui: indudablemente se trata de algún poderoso explosivo, al ai- cance de la Química conocida, y para despistarla, se propaga la noti- cia de la tan soñada desatomización de la materia. Por eso afirmé: no creo en la bomba atómica.

sadas, pero niego que el arrasamiento fuese producido por la tal bomba atómica.

Entonces ¿por qué?

Por un explosivo, ciento o mil veces más fuerte de los que hasta ese día habíanse empleado. Lo demás era asunto de capacidad de la bomba.

La misma publicidad que se empeñan en dar los Estados Unidos al pseudo descubrimiento, hace dudar de su existencia. Un espíritu medianamente suspicaz, entrevé una segunda intención en noticia tan clarineada. Al aceptarla, vuelve la alquimia a prender fraguas y reverberos, y la Química mundial a ocuparse únicamente de la soñada desatomización, descuidándose de lo esencial y posible, esto es de dar con el explosivo inventado por los Yanquis, con el nombre de bomba atómica.

Tío Sam no tuviera para qué alardear de su fuerza naval y aviatoria, presentándola como la más poderosa del mundo, ni ordenara a sus grandes fábricas, que estaban tornando a sus originarias industrias, a seguir produciendo material de guerra. ¿Con qué objeto? Dueños de la suprema fuerza, holgaba lo demás. Como león que tratara de imponerse, no con el poder de sus colmillos sino con el apéndice de la cola... ¿Por qué le inquieta la actitud de España, las muecas de la ARGENTINA, los berridos del Oso del Norte?

¿No es el dólar más que la bomba atómica que,

Pero pasan los días, el descubrimiento, fatigando la prensa del mundo, da tema a incontables libros, revistas y periódicos; cânones los sabios, aceptan la existencia de la bomba atómica, la que se evidencia con nuevos ensayos, hechos en agua y tierra, y culminando el prodigio se suma a los que en la última guerra han llevado a cabo los Estados Unidos. La patria de Washington, con la desatomización de la materia, fija en la historia del mundo una nueva etapa.

en vez de explosionar, explota? ¿No está gravitando sobre el mundo, con el disfraz de la democracia, como agoviante carga sobre los hombros de un Hércules rendido?

¿Qué va de dólar a bomba atómica? Lo dijo Alemania, después de los tratados de Versalles; lo dirá mañana, haciéndole el Japón dúo en falsete; lo dijo Inglaterra, recibiendo más de dos bombazos, es decir: cuatro mil cuatrocientos millones de dólares, lo que representa algunas posesiones estratégicas en el continente asiático; pues por explícita declaración de los americanos, el descubrimiento de la ansiada piedra filosofal, representa apenas dos mil millones de dólares..., ¿Luego?

La excomunión, en los buenos tiempos del Vaticano, sólo podría compararse a la bomba atómica, puesta en manos del Japón o de la Rusia. ¿Querría exponerse el coloso del norte y exponer al mundo entero a semejante peligro, sólo por el gusto de dar noticias?

No, yo no creo en la bomba atómica.

¿COMO SE DEBE CANTAR? (a)

Su cítara conocida
hizo el poeta vibrar
y dijo al grupo lirida:
—¿Cómo se debe cantar?

Viéronse todos la cara
y exclamaron: —una encuesta
oscura, por ser muy clara...
Veamos, pues, quien contesta.

—Yo, dijo un vate ramplón,
apostara hasta una oreja,
que se debe cantar con
la clásica estrofa vieja.

Al oírlo, otro reniega
y responde: —ese es un mito;
en voz de vieja no pega
ni un sencillo sanjuanito...

—Está sin dientes la artista,
sale a apoyar no sé quien,
y la lira estridentista
es muy nueva y suena bien...

(a) Alusión a la encuesta del poeta Miguel Moreno.

—Es nueva, dice el primero,
y el que la pulsa, es un bebe
que del canto un lerolero
hace, y como mama, bebe...

No vibra sino chirrea,
y siempre está destemplada...
Pulsándola chacotea
la novísima pollada...

Y agrega: —cual se deshace
en chispas y humo el rastrero,
así metáforas hace
el bebe en su lero-lero...

Y se va en copas el chacho,
metaforizando y suda...
Es estítico el muchacho
y nada hace sin ayuda...

—La abuelita ya no sopla,
el aludido replica;
de ciego para una copla,
con espineta, se explica...

Pero la televisión,
y los pilotos del viento,
el cine, el radio, el avión,
es preciso cantar con
un novísimo instrumento...

—

Calzando espuela dorada,
y con plumas el sombrero;

al cinto la larga espada,
salta a la lid un tercero.

Y dice: —si el esplendor
de sacra llama te inflama,
has de quemar trovador,
en esa llama tu llama...

Todos sin perder el tino
atienden la perorada,
no por lo que anuncia sino
por lo largo de la espada...

Con el vestido al revés
y la cara para atrás,
dando tumbos y traspiés,
saltó al palenque un rapaz,

diciendo: —bardos callad,
dejaos de desatinos,
sólo a Dada los beduinos
vieron pasar por Bagdad...

La musa nueva es la mis
de la calivanocracia
que maquina, verbigracia,
en un CANTANT de París.

La que en la psiquis agota
la euritmia del gris bemol
y no le hace mella el sol,
aunque camina en pelota...

Dada enciende, Dada aguza;
toda mente raza y riza...
El da masa, mesa, misa
y hace moza de la musa...

Atizando la matraca
un indio salta a la arena;
saluda a todos y saca
bajo del poncho una quena;

sonríe sin decir nada,
pero en la caña se queja,
y tras la triste tonada,
pide permiso y se aleja...

Y yo desde este rincón,
donde ocultarse es preciso,
también pidiendo permiso,
dijera sin presunción:

—juzgo envano querer dar
normas de canto al jilguero:
cantar bien o no cantar,
dice antiguo romancero.

No la forma, el sentimiento.
trasmonta la ardua colina;
nada importa el instrumento,
si la música es divina...

¿Cómo cantar? Como quiera,
pero siempre bien, así
como un pájaro cualquiera,
y que canta porque sí...

Como fuente que el tesoro
del cielo copia sencilla,
y muestra arenillas de oro
y hace florecer la orilla...

Así como canta el viento
en la arpa de la retama...
Que en todo, lene instrumento
halla el plectro que se inflama.

Como cantar sólo sabe
el que consigue imitar
al viento, al arroyo, al ave...
Así se debe cantar.

NO CREO EN LOS PARTIDOS POLITICOS DE MI TIERRA

Y sigamos chacoteando:

Las ideologías políticas tienen un proceso. Roma, para llegar a la República, se depuró con el ensayo de todos los sistemas. Las Repúblicas sud-americanas alreviéronse a contrahacerla, sin que las más pasaran de la caricatura.

Entre nosotros, generalmente, se ha dado esta prelación a los partidos políticos: conservatismo, liberalismo, radicalismo, socialismo y comunismo.

El pueblo del Ecuador, con medio siglo de ensayo, no ha podido llegar al liberalismo...¿Se podrá, sin escarnio, calificarle de comunista?

Hagamos historia.

La bandera de García Moreno, a cuya sombra habíase agrupado la clerecía, con la sierra creyente y, por ende, conservadora, pasando de mano en mano, llegó a las de don Luis Cordero, trocado en suave violeta lo que fuera azul rabioso...

En 1895, la grímpola roja, enhestada por el litoral y puesta en manos de don Eloy Alfaro, flameó, alardeando de libertaria, mientras la otra, digo la violeta, no volvió a mostrarse sino en las torres de las iglesias...

A poco, ambas banderas, desvaídas y desgarradas,

das, quedaban para embalar derechos y amortajar doctrinas. Podrida el asta de la que fue roja, se vino al suelo y sobre la flexible asta conservadora, la ambición y el descontento, con los nombres de socialismo y comunismo, izaron un pingajo, mezcla indefinible de colores...

En nuestra República, con base ideológica, han desaparecido los partidos y, en definitiva, la familia ecuatoriana divídese en dos grupos: contentos y descontentos. Al primero pertenecen los que mandando casi siempre se desmandan, y al segundo, los que obedecen, pero a regañadientes, y con el menor pretexto se amotinan y hacen la revuelta...

Esto aconteció el 28 de Mayo, en que el partido que se llamaba liberal, representado por el Dr. Carlos Arroyo del Río, se vino estrepitosamente abajo y subió el Dr. Velasco Ibarra, que se proclamó liberal, con el partido socialista, que no tardó en divorciarse y el partido conservador, en cuyos brazos hoy se duerme dulcemente...

Desde muchos años atrás, el descontento, con el nombre de comunismo, tenía su núcleo en Guayaquil y no dejaba de revelarse, hasta que hizo su gravísima manifestación, el 15 de noviembre de 1922, dirigida por muchos de los que batutearon en la última revolución de Mayo.

El bajo pueblo del Guayas, dando muerte al capitalismo, atacó varios almacenes de la ciudad, saqueándolos y tiñéndose con la sangre de algunas víctimas.

Destacados guayaquileños, viendo las proporciones que iba tomando la asonada, pidieron al gobierno, presidido por el Dr. Tamayo, el auxilio indispensable para precautelar las vidas y haciendas amenazadas.

Es de suponer que el Dr. Carlos Arroyo del Río, que en esos momentos sustituía a Tamayo en su estudio de abogado, y por consiguiente, era de sus íntimos, se haya sumado a la mentada petición; pero fue voz general que el General Barriga, sin esperar la orden del Gobierno, cargó contra el pueblo y vino la hecatombe de noviembre y las ametralladoras cubrieron de cadáveres las calles de la ciudad. Fue mucha la sangre derramada, pero la cruenta medida, evitó tal vez que la urbe desapareciera. El General Barriga dió la orden de matanza, no sé si exista documento que evidencie esta afirmación, pero somos muchos los que oímos a Barriga hacerse exclusivamente responsable de este acontecimiento. Mas, el 28 de mayo, los instigadores del tumulto, enemigos encarnizados de Arroyo, repitieron al pueblo el nombre del Presidente de la República, responsabilizándole como único factor del desastre de noviembre.

El 12 de enero de 1940, en la asonada que llegó a sofocar el Dr. Andrés Córdova, Presidente provisional de la nación, fueron encarcelados varios oficiales de la aviación ecuatoriana. Al año completo, rigiendo la República el Dr. Arroyo, una nueva población, apedreando la casa presidencial e hiriendo a trece carabineros, exigió la libertad de los dichos oficiales aviadores.

Arroyo, indudablemente, hubiera atendido al pueblo, al proceder éste como debía, máxime cuando la situación internacional aconsejaba la armonía y consolidación de todas las fuerzas vivas de la República. El tumulto sorprendió al Ejecutivo presidiendo la reunión de carabineros, para procurar la defensa del territorio.

Hasta aquí, si claramente se muestran el rencor y la intriga, en parte alguna asoma la lucha doctrina-

ria, por más que se afirme plenamente revelada en la creación del Código de Trabajo.

Al rededor de este Código se hicieron mil comentarios; se dijo que fue prohiado por un Congreso, no amigo del pueblo, sino enemigo de un gobierno, en su afán de crearle resistencias, sin darse cuenta que no un partido, sino la República era la presa debatiéndose entre las fauces de la fiera...Y en fin que, como siempre, con la aprobación del Código de Trabajo, no se tomó en cuenta el triunfo ideológico, para dar ancho cauce el ensañamiento del odio, a la venganza ciega contra un grupo, comprometiendo la felicidad de todos.

Ignoro lo que tenga esto de verdad histórica, pero sé que sin la indispensable base de cultura, el tal Código de Trabajo impuso la sindicalización del obrero, la legalización de la huelga y por ende, el alza inmoderada de jornales. Trajo el desequilibrio de la balanza económica, mermó la producción, y la anemia agrícola refluó en los mercados, volviéndolos imposibles. De aquí, a la anulación del derecho, al derrumbamiento de las instituciones, no media una tilde.

Si esto pretende llamarse comunismo, en la prelación de los sistemas, no debería estar al fin de la cumbre sino al principio de la ascensión, convertido en horda.

Nada es más respetable que un partido político, enmarcado en su ideología. El conservador, manteniendo incontaminado el espíritu nacional, como soñó Licurgo, satisfecho del bien alcanzado, sin atreverse al mayor bien probable; el liberal, procurando la absoluta independencia del estado de las religiones positivas; el socialista, haciendo derivar de la colectividad los derechos individuales, y sosteniendo sobre el

bien particular el de la mayoría; el comunista, tratando de unificar la familia humana, borrar fronteras, y al mismo bien ponerlo al alcance de todos, no hacen sino transparentar nobles inquietudes del espíritu en su ansia de felicidad inextinguible.

Pero envolverse en una de estas banderas, disfrazando deformidades y miserias de judaico interés, de ambición desapoderada, es engendrar la demagogia, y llevar al pináculo el desorden.

El pueblo ecuatoriano, si puede alardear de conservador, réstale mucho que ascender para llegar al verdadero comunismo.

EL JOSE

José el vaquero, el más pobre
del pajón, está de fiesta...

¿Habrá mal, que no le sobre,
plan, que no se le haga cuesta,
a este ácrata, que detesta,
por ladrón, todo CUENTAYO?

Cierta vez cayóle un rayo
y la gente se alegró...
El desdichado quedó
tartamudo, cojo, tuerto,
y no se murió, porque no
tuvo en qué caerse muerto...

Para la fiesta se apresta,
y nada habrá que lo impida,
y tiene que hacer la fiesta
aunque le cueste la vida...

Presagiando la nevada,
de la cumbre a la encañada
el viento azota la puna.
Al viento el frío se aduna
y se filtra por la trama
de los ponchos...Imposible

que en esta noche terrible
alguno deje la cama.
Imposible para el que
no tenga que hacer la fiesta...
Así pensando el José
debe estar que no se acuesta...

Tendido en la quiebra oculta
vigila, con ansiedad,
y su ojo único sepulta
cual dardo en la oscuridad
de la noche que adelanta.
Pasa el tiempo y cuando canta
la media noche el pollino
que en el páramo vecino
su dictadura mantiene,
el José, con paso lene,
torna a la choza, y de prisa,
colgando poncho y zamarro
de la grotesca repisa,
otra vez por el chaparro
quedamente se desliza...

El indio, como serpiente,
arrastrándose camina
por el fangal, y, paciente,
se dirige a la colina
do el chozo se desmorona
de la Javiera, que achaca
su viudez a la vacona
que tiene atada a la estaca;
a la que habla de manera
que, al no verlo, se creyera

que con alguna persona
está hablando la Javiera.

Así a la vacona dijo,
en su campesino modo:
—te amo casi como a mi hijo...
Pero, Negra, óyeme bien:
mi esperanza eres, mi todo,
tienes que ser mi sostén...
Fuiste nuestro único afán,
y mi Juan dejó la casa
por no SACARTE A LA PLAZA...
Y a la costa, en pos del pan,
se fué, triste, en Noche Buena...
El paludismo y la pena
le acabaron... ¡Pobre Juan...!

La india, llorando se encierra,
atiza el fogón y ataja
la ráfaga que le aterra
atrancando el guasipungo.
Silva el viento entre la paja,
brama lejos el torrente,
y en la laja, intermitente,
se oye graznar al cuscungo.

Duerme la Javiera y sueña
con el crío retozante
de su vaca, y anhelante
y feliz, se mira dueña
de aquel tupo de dublé
con cadenilla, hechicero,
que ofrecía el buhonero,
con el abalorio que

rimaba con sus zarcillos.
Mientras soñando, castillos
forja la india, y sólo ve
de su vaca la ubre enhiesta,
está acechando el José
que el domingo hará la fiesta...

En todo el ladrón repara:
oye, atisba, atiende, mira...
Tras cada paso se para,
parece que no respira...

A saltos marcha y procura
no dejar el pie marcado,
y la rama que ha dejado
tendida su planta dura,
prolijamente levanta...
Borra del suelo, paciente,
toda huella de su planta...
Se detiene, escucha, otea,
cambia de ruta y rodea
el charco... Por la pendiente
sigue el lecho del torrente,
todo calvero sortea,
y su agilidad es tanta
que ni hoja caer se siente,
ni una rama se quebranta...

La brisa que el frío aguza
y sacude algún cencerro,
conduce la voz confusa
de la Javiera que azuza
en el corral a su perro.

Hace tiritar el frío,
de aullar ha dejado el perro;
está desbordado el río,
sigue nevando en el cerro.

Y en la helada tembladera,
que se mueve como hamaca,
el José, paciente, espera
que se duerma la Javiera
para robar la vaca...

Hizo el Cura la anunciada
fiesta el domingo siguiente,
y pagó misa cantada,
con la vacona robada,
el José, devotamente...

NO CREO EN LA RECONSTRUCCION

Desde la iniciación del gobierno de Arroyo, sus émulos y enemigos, con los señuelos del comunismo, socialismo y conservatismo, no hicieron sino atizar, sin descanso, la revuelta.

Arroyo, no quiso o no supo acercarse al pueblo, y la conocida elocuencia del tribuno; jamás buscó el corazón de las masas.

Los que vinieron a llamarse «Reconstructores», acusaron al Presidente caído y a su gobierno, de traidor, por haber aprobado los protocolos de Río de Janeiro; de tirano, por haber impedido al candidato Velasco penetrar en el territorio, y de ladrón, por haber ahupado a los millonarios Artigas y Marcos, participando de sus finanzas y latrocinios, etcétera.

Pero recompongamos el drama.

Abusos de la fuerza peruana, sobre la nuestra, limitadísima, en la frontera, determinaron el rompimiento de hostilidades entre los dos países.

Nuestro gobierno y, especialmente, el pueblo, dio poca importancia al asunto, creyendo, como siempre que se trataba de una de tantas baladronadas, en que se habian especializado los enemigos del sur. De ahí que dejara de alzarse el Ecuador como un solo hombre y tomara la actitud con que se impuso, en el año diez, a este ambicioso y mal vecino. Por eso, limitóse a enviar a la frontera un puñado de carabineros y

conscriptos, bisoños y sin el menor entrenamiento en achaques bélicos.

A las numerosas falanges, del peruano, premeditadamente acumuladas a la margen del Zarumilla, servidas de tanques, aviones y con poderoso armamento, no les fue demasiado difícil hacer retroceder a nuestro grupo de reclutas que les tiroteaba. Mas, cuando nos dimos cuenta cabal del suceso, ya el Perú habíase apoderado de la provincia del Oro, aterrando a los moradores que huyeron a Guayaquil y a las provincias interioranas.

Fuimos, pues, sorprendidos sin la menor defensa; despertados violentamente de nuestro sueño de paz y de confianza, como los americanos, en la famosa de Pearl Harbor. Y sin tiempo para reaccionar, con el Austro a merced del invasor y el Litoral amenazado por las fuerzas navales del Rimac, tuvo lugar la convención de Río de Janeiro, para tratar de los problemas de América, ante el conflicto de la guerra mundial, para lo cual había sido acreditado el Ministro Sr. Tobar Donoso.

Puesta en el tapete la situación Perú-Ecuatoriana, a nuestro delegado se le puso en la disyuntiva de firmar el convenio de paz, impuesto por el Perú, o quedar el Ecuador abandonado de la intervención medianera, y a merced de su triunfante y nada escrupuloso enemigo.

El Sr. Tobar Donoso, patriota y sensatamente, eligió del mal el menos y firmó el Protocolo, el mismo que fue aprobado por el gobierno, con el apoyo de lo más valioso y sensato de la nación. Huelga el comento de las contrarias posibilidades, sin dar de bruces en el absurdo.

Este tratado dió asidero a los émulos y enemigos

de Arroyo, para calificarle de traidor y concitar, contra él y su gobierno la inflamable e irreflexiva ira de las masas.

¿Cuál de los ecuatorianos, que califican a Arroyo de traidor, hubiérase detenido, dadas las circunstancias, en suscribir el tan mentado Protocolo? ¿Cuál de los reconstructores, alzó la voz para hacer alguna indicación contraria a lo que en esos momentos se resolvía?

El odio siguió germinando en la sombra, alimentado por los que, bajo el disfraz de la política, eran contrincantes de Arroyo y precipitaban, impacientes, la revolución.

En Guayaquil y Quito, turbóse la paz con manifestaciones populacheras. Una bala desviada mató a una mujer del pueblo y a algún otro individuo, sin que pudiera evidenciarse que fueran los carabineros, como entonces se dijo, los causantes de tales víctimas; y la furia del pueblo saliera de linderos, al no impedírsele la caballería, a órdenes del Coronel Salgado. Mas, el rencor contra el carabinero, estableció definitivamente un nexo entre el ejército, celoso de su preminencia y el pueblo reprimido en sus desatentadas manifestaciones. Hasta que el 28 de Mayo, en Guayaquil, el cuerpo de carabineros allí acantonado, sació con su sangre la venganza de sus rencorosos hermanos.

Y comenzó la reconstrucción nacional, con el decreto de sanciones contra los Representantes, con cuyo voto habíase legalizado la concesión de extraordinarias a Arroyo del Río. Sanciones con que se hostilizó a un grupo y quedaron en nada, apenas en los reconstructores se impuso el buen sentido.

Por la Reconstrucción, a pesar de no haberse

podido establecer, legalmente, un solo cargo, fue retenido en una celda del panóptico, por más de 18 meses, el Ministro Aguilar, contra el insistente reclamo de la ciudadanía.

Por la Reconstrucción fueron degradados muchos Jefes del ejército. Pero como nunca es tarde para arrepentirse, como aconseja el Ecclesiastés, y lo practican, donosamente, nuestros actuales representantes, vino el decreto en contra... Y esos que quedaron de tristes coronelitos, merced a la misma Reconstrucción, volvieron a ser unos generalazos...

¿Pero no fueron ladrones los señores Marcos y Artigas? ¿Y por eso la Reconstrucción no les confiscó los bienes? No debe de ser así, cuando la misma Reconstrucción nacional acaba de devolverlos, con la declaratoria de la absoluta honestidad comercial de estos caballeros...

¿Y no son Reconstructores esos que están ocupando los mismos, pero mejor dotados puestos que dejara el gobierno que de reconstruir se trata?

¿No está la biblioteca de Arroyo, sus preseas, joyas, muebles, dinero y propiedades, escarneciendo la honradez de los reconstructores?

¿Se podrá reconstruir, destruyendo oficinas ferroviarias, admirablemente establecidas, y haciendo chacota, como yo hago en este libro, sin tomar en serio los problemas vitales que urge resolver, como la escasez de artículos de primera necesidad, el alza immoderada de los mercados, el desequilibrio de la balanza económica, la inflazón del numerario, etcétera, etcétera...

Creo que basta y sobra para dejar de creer en la reconstrucción y en los reconstructores.

DIALOGO FOSFORICO

—El posporo, seño Peta,
ele, a rial nos ensopeta
el dicho estanco... ¡Jesús!
y sin decir chus ni mus,
tuvé que ajlojar el rial...

—Ayer jue lo de la sal...

—Aura les trincó la gana
por el posporo, mañana
¿qué será?

—Qué mama ahuelá,
aura y mañana, la vela...
Ele, la vela, y no hay más...

—Cuándo dejarán en paz
cainar al pobre cristiano,
denvalde ha bajado el grano
y el mollete está más grueso...

—Eso es la luna hecha queso...

—Pero al juin hay que comer...

—Al juin hay algo que ver,
di más bien, huambra sencilla.
Si no baja la toquilla
y el Barrera sigue duro
y no me compra el ushuro,
yo, injueliz, no sé, no sé,
dionde sacaré un calé,
y que no soy de baeta...

—Ele, esópes seño Peta.

—Aura, jurga la candela,
si el mishí apaga la vela,
por no pagar real entero
al dichoso posporero
por una píshi cajita...

—Calle ompoco, doncellita...
Y oiga, oiga: sólo estas cosas
serampés las estancosas?

—Juata... Yo, pobre mujer,
qué diciendo hay de meter
en esas cosas la singa...
Quien pondrapés la jeringa,
yo sólo siento el bitoque...
Congreso...Imashuti, croque
llaman todo ese mal viento
de hacer leyes...

—Mapa cuento...

—Yo veo que estancan todo,
y lo peor, con mal modo...

Al cristiano en el cuñucto
no le dejan ni el eructo...
Primero, la religión
votó estancando el masón,
sobre la juaz de la gente...
En seguida el aguardiente,
el dulce, la sal, el oro
el tabaco y el posporo,
hasta la luz, callimanta...
Si no ayudas, Virgen Santa,
estancarampes las nagueas
y hasta el pilchi de hacer aguas...

—Pero el posporo, ¿por qué?

—Pues, porque oigo hablar que
el posporo se ha gastado
dende el julio antepasado,
¡cushiticas! Y por eso,
el mandón anda sin ceso
y ha perdido la chabeta...

—No bujunie, señu Peta.

CREO EN EL PUEBLO AZUAYO

Réstame probar que creo en el pueblo azuayo, para lo que es preciso hacer la crónica del 29 de mayo en Cuenca.

En ese día se cerraron los talleres, declaróse el obrerismo en huelga, poblándose plazas y esquinas con grupos de artesanos torbos.

Hondo malestar intranquilizaba a la ciudad, empezaban a correr estrafalarias y amenazantes noticias. Se aseguraba que el gobierno de Arroyo, estaba bamboleante; que Guayaquil se había revolucionado; que Velasco, atravesando la frontera norte, se acercaba a Quito.

De pronto anuncia la radio que en el Guayas ha hecho causa común con el pueblo el cuerpo de línea acantonado en esa plaza, contra los carabineros, y que tras sangrienta lucha, capitaneada por Arízaga Luque y otros, había triunfado la revolución...

A esta noticia siguió la del desbande ministerial con la dimisión del poder Ejecutivo...

Inmediatamente, en Cuenca, al grito de ¡viva Velasco Ibarra!, desbordóse el pueblo, ahito de rencor y de venganza.

Oportunistas, en afán de procurarse simpatías entre el proletariado, adulando sus bajas tendencias, pu-

siéronse a la cabeza del hampa y recorrieron las principales calles de la ciudad, exaltando el nombre de Velasco y dando mueras a la nobleza, al capitalismo y a los frailes...

Detúvose la poblada ante la casa del Estanco de alcoholes. La noche ensombrecía la escena y al grito de «¡mueran los ladrones!», nube de piedras destrozó las vidrieras de la fachada. Una descarga cerrada tronó en la terraza del Estanco y cayeron en la calle dos niños atravesados con sendas balas de rifle. Se dijo que el Gerente Heredia, al huir, había dejado una escolta, con la consigna de defender el Estanco a toda costa.

Desbandóse la manifestación, pero de paso fue apedreada la casa del padre del Ministro Aguilar, y la contigua del Dr. Fidel Tinoco.

Mientras los niños agónicos, eran transportados al palacio municipal, el pueblo volvió a juntarse, y a la voz de uno que insinuó la idea de apedrear la casa del Presidente del Concejo, Dr. Luis Guillermo Peña, se precipitó la poblada por la calle Tarqui; mas, al llegar a la intersección Sucre, alguien gritó: «donde Neira» y el tumulto encauzóse por esa calle, donde tenía su casa el Dr. Arturo Neira. Inmediatamente, la piedra comenzó a redoblar sobre las puertas y ventanas de ese domicilio, mientras en formidable grito, el populacho denostaba al dueño de la casa.

De súbito, en un balcón se muestra el dueño y comienza con un revólver a disparar sobre la gran masa que le injuria. Esta que no esperó semejante ataque, en el primer momento se desbanda, pero a poco reacciona y, entre gritos y silbidos, torna a apedrear el edificio. Neira, reaparece, disparando, y esa actitud, rayana en temeridad, impone a la chusma que

huye hacia el palacio del ayuntamiento, donde se están velando los cadáveres de los impúberes sacrificados en el ataque al Estanco de alcoholes.

El pueblo ha rumiado su fracaso, y en la mañana del siguiente día, jútase, volviendo a atacar la casa de Neira, que ya se ha puesto, con todos los suyos, a buen recaudo.

Escalados los balcones y violentadas las puertas, se enseñoera la poblada de la vivienda que, la víspera, convirtió en verdadero fuerte la guapeza de su dueño.

Y comenzaron los muebles a descender por la ventana...El pueblo, al grito de «quememos la elección de ALBORNOZ», prendió fuego a todo lo que iba descendiendo a la calle...A poco, elevábase una gran pira, alimentada con todos los papeles y documentos del escritorio de Neira, con el ajuar de roperos y dormitorios; libros, anaqueles, máquinas y vajilla, incluso la radio y el piano que descendieron estruendosos, a consumirse en la vasta hoguera...

Recordemos que Albornoz fue el candidato de Arroyo, y a Neira se le acusaba de haberse apoderado de todos los registros parroquiales y de tener hecha la elección, escarneciendo los derechos del pueblo que, insaciable en su venganza, quiso reducir a cenizas la casa, donde tal crimen habíase perpetrado. Mas, en ese momento, el Párroco de San Blas, el altruista Luis Sarmiento, tirándose de rodillas ante la masa enfurecida, imploró misericordia, mientras Carlos Terán Centeno, en una de sus felices improvisaciones, probó que ninguno como él, había sido víctima de su encarnizado enemigo el Dr. Neira, pero que le perdonaba, y que lo mismo debía hacer el pueblo, dejando a Dios el cástigo del delincuente...

En este instante, de medio del tumulto, surgió este grito:

«Al Estanco, a vengar a nuestros muertos».

En seguida la poblada se encauzó por la calle Torres, subió por la Bolívar, y volvió, como la víspera, a estacionarse delante de la casa del Estanco.

Varios individuos escalaron los balcones del edificio. Cayeron destrozadas las vidrieras y fueron invadidas las estancias, mientras en la calle rugía el pueblo, pidiendo a gritos que se le franquearan las puertas. Si esto llegaba a suceder, apoderada de los toneles y alcoholizada la chusma, se lanzaría a todos los excesos y desapoderamientos a que empuja la embriaguez. Los líderes socialistas, comunistas y conservadores, que dirigían la manifestación, comprendiendo tarde lo que habían hecho, trataron de disolver la poblada, entre discursos y ruegos. Estruendosa pifia contestó a los oradores, los cuales, desalentados tuvieron que retirarse y alguno de ellos sin poder recatar impotentes lágrimas.

Digno de estudio es el espíritu morlaco, en sus manifestaciones colectivas. En el momento culminante unificase la voluntad de la que parece inconsciente poblada; truécase en discreción la ira y cual si todos los amotinados hubiéranse puesto de acuerdo, procede la masa como un solo hombre, y la justicia y la nobleza acaban por imponerse.

Lo prueba ese granuja que al invadir la casa de Neira, penetra a la confaduría, situada en el callejón, frente al escritorio del dueño de casa, y sale empuñando una buena suma de billetes de banco... Al verlo, los que en la calle rodean la pira, le gritan: «cuidado con la plata del ladrón», y el increpado, sin dudar un instante, lanza todo lo que tiene en la mano

a la mitad de la hoguera, recibiendo el aplauso de todos.

Invasada la casa del Estanco, la puerta de calle está asegurada con una llave Yale, que puede abrirse desde adentro con sólo hacer girar el picaporte. Los que presenciamos la escena, esperábamos crispados, ver de un momento a otro, adueñándose el pueblo de los toneles y poniendo a la ciudad en desesperado trance...

Pero las puertas del Estanco permanecieron cerradas...El espíritu del pueblo se había impuesto, y el grupo de artesanos que invadió el edificio, lo abandonaba, sin haber tocado un céntimo del dinero que encontró en la abierta caja del Estanco de Sales, ni destapado una sola botella del Estanco de alcoholes, limitándose, únicamente a apoderarse de las armas con que los guardas inmolaron la víspera a los dos niños.

Yo creo en el pueblo azuayo, pero dudo de sus dirigentes.

ASI REZO YO

La choza está rodeada
de nemorosa arboleda.
Cerca de ella, oscuro rueda
el río, que la nevada
embraveció. La manada
alegre torna al aprisco;
canta el mirlo sobre un risco,
y en el patio, un gato romo,
haciendo arcos con el lomo,
espanta al gorrión arisco.

Dina, es una campesina
que de la infancia se aleja;
digo, es una niña vieja
de hermosura peregrina.
Y tiene en su cara Dina
bajo unos rizos espesos,
ojos grandes, negros, de esos
que turban...Y labios rojos
siempre floreciendo en besos.

Los dos, a la luz febea,
sentados sobre una roca

contemplamos una loca
gallina que cacarea,
en tanto que palmorea
un gallo de pluma de oro,
y haciendo a su amada coro,
le tiende el ala, le canta,
hace la rueda y se planta
delante de su tesoro...

Mientras siento que el amor,
para mí es mar sin orilla,
ella, como una loquilla,
despotrica a su sabor.
Dice, con grande calor,
que su gato es un mal mozo,
porque de la encella un trozo
ha hecho faltar de queso...
Desde entonces no le beso,
dice, enojada, al goloso...

—Muy caro, a ese bicho ingrato,
le contesto, salió el queso...
Dar por tan poco todo eso,
sólo puede un mentecato.
¡Dulce amor, quien fuera gato!
Yo, que tengo el alma loca,
trocara en queso esa roca,
y en pura leche ese río,
para dártelos, bien mío,
por un beso de tu boca...

—Por un beso, ella murmura,
y ruburosa me mira...
Y agrega, mientras suspira:

—no me perdonara el Cura...
 Pero si es una locura,
 dice, secreteando, eso
 de trocar la roca en queso
 y el río en leche...¡Tal vez...!
 Quisiera, sólo una vez,
 para verlo, darte un beso...

Es tan dulce su candor,
 y su inocencia tan pura
 que, cual nunca, la locura
 me sonroja de mi amor...
 A esa agreste y linda flor
 ¿podré ajarla yo? ¡Jamás!
 La niña acerca a mi faz
 la tibia y roja mejilla,
 diciendo alegre y sencilla:
 —yo creo que tú lo harás...

—Eres tan niña, le digo,
 que no ahondas mi intención...
 Es que habla en mí la pasión;
 no, cual piensas, el amigo...
 Sí, yo sé que no consigo
 hacerme de tí entender...
 La inocencia es tu poder,
 y pienso que el Creador,
 ha puesto una alma de flor
 en tu cuerpo de mujer...

En la inocencia se asila
 tu hermosura, que es mi encanto.
 Mas, ay, una onda de llanto
 viene a nublar mi pupila;

el tóxico que aniquila,
 tal vez una mano vil
 te brinde, rosa de abril...
 Esa mano será ajena...
 Y si un reptil te envenena,
 no seré yo ese reptil...

Sin comprender, en mi faz
 fija la pupila ardiente
 que interroga, y, de repente,
 me dice: —qué triste estás.
 ¿Es que te ofendí quizás?
 Soy una loca, ¿no es eso?
 Y al punto su blando peso
 siento en mis rodillas...Luego
 rie, me dice, te ruego,
 ya te voy a dar un beso...

Me ofrece su labio que arde;
 ya está muy cerca del mío...
 y, presa del desvarío,
 voy a rendirme cobarde...
 Un instante más y tarde
 será todo...Mas, no toca
 mis labios la niña loca,
 porque ¡valor sobrehumano!
 puse trémula la mano
 entre su boca y mi boca...

Dios mío, ¿no será así
 como se te deba amar?
 Dicen que no sé rezar,
 pero sé llegar a Tí...
 Ese beso, que no dí,

el corazón me ha quemado...
Y me arranqué de su lado,
dejando al pimpollo ileso...
Pero, Dios mío, ese beso
fué derecho a tu costado...

EL JUEGO

Así como el fuego comienza en la chispa, también el juego pudiera comenzar en la famosa que se pegara el Patriarca, y de la que sus hijas se aprovecharon para hacerle a su propia madre una de esas bromas que, como la de Urías sólo se atreve a consignar la Biblia a fuer de sencilla y de inspirada.

Históricamente el juego comienza con la célebre jugada la de la manzana que sabemos y, según Homero, con el trampantojo del caballo de Ulises en Troya. En Adán y en el buenmozo Paris tuvo justa aplicación aquella tan andada frase: «desgraciado en el juego, afortunado en amores».

Desde los Juegos Olímpicos hasta el Inga Chugana, como si dijéramos: desde el ajedrez hasta las cuatro esquinas, miles y miles de juegos viene inventando el hombre, empeñado en sustituir en los labios de la Esfinge, con un bosquejo de sonrisa, la mueca lacerante de la vida.

El hombre nace y muere llorando; pero mientras vive ama, sufre y juega...No siempre el juego incluye alegría, como el Pucara...Y si hay muchos que en la bolsa se juegan la vida, hay tantos que juegan, como el payaso, recatando lágrimas...

Sin el juego volveríanse insoportables, especialmente, las primeras horas de la noche. El juego viene a ser como un asueto que se dan los cerebros recargados; un esguince al amurco de las preocupaciones, un modo de sustituir la carga de agobiantes pensamientos con otra liviana de interesantes puerilidades. Ahí están: Unamuno con sus pajaritas de papel; el grave filósofo Rousseau, con los palillos de tejer encajes, y el mismo e incomparable Churchill, enristrando la plana y la escuadra y haciendo piruetas de maestro albañil...

Por lo general el juego es hilarante; por eso llega a ser espontáneo en los niños y en los viejos. Un muchacho que no juega, si no está enfermo, es un anormal; y el viejo, que ha dejado de jugar, es porque ha echado ya su última carta...

No sé si a la corrida de toros se le llame juego, pero no debe de ser muy entretenido eso de ver, como el poeta, un par de dardos negros y corvos, como pestañas de morena, saliéndole a un cristiano por la espalda...

El primer juguete del bebe es el seno de su madre. Cuando la generosa y rebosante copa de la vida sacia la gazuza del tiranuelo, sonríe satisfecho, y apartándola de los labios, la apañusca con sus deditos de rosa; pero sintiéndola tibia y aterciopelada, pónese a jugar con ella, hasta que cansado comienza a adormecerse y haciendo cabezal de su juguete, dichoso queda dormido... Pronto llegará el tiempo de jugar a las cabrillas, tirará trompos y soltará cometas... Su compañero de juegos será el abuelito; y de la risa argentina del niño y de la intermitente y cascada del anciano, brotará la alegría, como del rayo de sol y de nube tempestuosa sabe surgir irisado y espléndido el

arcoiris... De los 18 para adelante, jugará con el corazón de las mujeres, y seguirá jugando con su propio corazón hasta que la muerte venga riendo a darle codillo y moquillo, diciéndole: ha terminado el juego.

Mens sana in corpore sano aconseja Horacio, y esto sólo se puede conseguir jugando...Sí señor, sólo jugando. Hay que aprender a tirar el disco, a nadar, a zambullir, a correr y a saltar; y dejar la seriedad para los casos de hacer chuscadas, como esa que oficialmente declara insolucionable el problema económico, después de haberse afirmado, también oficialmente, que estábamos completamente reconstruidos...

Licurgo impuso en Esparta el juego como la más fácil y segura forma de vigorizar los espíritus y procurar la salud y belleza del cuerpo, agilitándole con el ejercicio y acorazándole de músculos, por cierto sin salir de los límites que prescribe la estética y la sana lógica. Nosotros que tenemos el talento de excedernos en todo, no hicimos caso de las prescripciones griegas, por consiguiente el músculo invadió el cerebro y Sansón sacudió los pilares del templo después de haberse cargado con las puertas...

Imperativo del juego es la ganancia; sin esta condición dejara de tener interés para la mayoría; pues, en este siglo financiero son contados los que el juego toman como simple esparcimiento y, jugando siempre a las bonicas, abominan el arte de hacer jugarretas en que se han especializado ciertos politiqueros duchos en no dejar entrar en juego a los que acostumbran jugar limpio; esos arribistas que se alzan a mayores y jugando a dos ases no dejan de sacar provecho, como aquel enamorado que canta:

«Apostemos y verás
cual de los dos gana más:
si gano, te doy un beso,
y si nó, tú me lo das...»

El juego es una necesidad que debió hacerse sentir en el paraíso, casi tan premiosa como en nuestra asamblea constituyente, en donde si no se conoce el árbol de la ciencia, sobran los que, con hambre calagurritana, contrahacen la candidez de los ángeles...

Sí, en los primeros días del Paraíso debió hacerse sentir el juego como una necesidad improrrogable e insustituible, así como viene a ser el comunismo tras los últimos empeños conservadores.

Digo que Adán y Eva, después de haberse mirado hasta la otra esquina, y examinado, lo que dicen los indios, CALLIMANTA, dijeron: —¿Y ahora qué hacemos?

Ella, como más inquieta e imaginativa, concibió en el acto el juego, y repicando la castañuela de su risa púsose a correr, diciendo al hombre: —cógeme si puedes.

Volaba la seductora y con esguinces maravillosos burlaba al varón, en su afán de echarle mano, hasta que terminó Eva dejándose alcanzar y, por falta de vestido, haciendo que el hombre se agarre del codo...

Luego vinieron naturalmente «las cuatro esquinas», «el frío está hecho una nieve», «el capirotejo de San Andrés» y por último «las escondidas»...

Este de las escondidas es un juego que evidencia la orfandad de Eva, por si acaso alguien lo dude. Tras el juego de «las escondidas» ya nada tienen que hacer las serpientes y huelgan las manzanas...

Cansados los jugadores tuvieron que sentarse;

mas no por eso dejaron de seguir haciéndose cosquillas, jugando al pares o nones, al tira y afloja, al juego de la campana, y tras el recotín, vino el «meta su perro mocho»...

Aseguran sabios historiadores que nuestros bíblicos padres terminaron ese día inicial del paraíso jugando a los matrimonios, pero haciendo notar que el mentado juego no fue a insinuación del consabido mártir...

Se cree que uno de los más antiguos juegos es el «tresillo», pero no hay duda que es de los más interesantes y mejor combinados. Jugándolo entre personas amigas y de nivel moral parecido, causa gran esparcimiento; pero todo lo contrario si entre los jugadores hay alguien que haga maliciosa una acción sencilla, que convierta en juego de azar, éste cuyos lances caracterizan el ingenio y la perspicacia; que revele azoramiento en la pérdida, exaltación en la ganancia, o que devuelva con cardos los pimpollos de ingenio y de donaire que recibe...Se me figura que por el tresillo, en primer lugar, y luego por los buenos hábitos sobre manteles, llegó a decirse que en la mesa y en el juego se conoce al caballero...

Alguien dijo: juego de manos, juego de villanos; y yo agregara, con permiso del gremio futbolista: y de pies, de asnos es...

¡Ah! pucha, el chubasco que va a caer sobre mí por esta broma! Parece que oigo la protesta de los fanáticos del gol. Pero no hay que poner el grito en el cielo, sino después de haber rumiado con calma si mi aseveración tiene o no fundamento, y puede ser que el grito se convierta en canto y termine la alegre y valiente muchachada del Estadio echando a rodar los siempre malogrados campeonatos interprovinciales,

limitándose a mantener en alto la esfera de goma, hasta que llegue la ocasión de imponerla fuera de la República.

La meta, después de concebirla con la mente y de mirarla con los ojos, se la toca con la mano... Nadie va a ponerle los pies encima...

Los pies no se hicieron sino para sustentáculo de nuestro costal de los pecados, por eso a algunos no les huele a mirtos; y para llevarnos, paso tras paso, al último término, donde dejan de ser para siempre el juego de palabras y el de cubiletes...

Jugar, en otro tiempo, era pretexto para que se reúnan los chiquillos del barrio, y tras los juegos de la campana y los cantillos, iniciábanse esas amistades y afectos que tienen que comenzar desde la infancia para alcanzar el sello de perdurables.

Hoy los niños juegan, pero pateando; y desde el vientre materno parece que proclamaran la supremacía de los pies. El delirio del Estadio se impone en la juventud. Pero si el fútbol, entre equipos de una misma ciudad, despierta noble emulación, ésta degenera en contienda, entre partidos de provincia a provincia, entonces los puntos o goles que marca un equipo, restallan como bofetadas en el otro, y lo que debiera ser motivo de acercamiento y unión entre poblaciones hermanas, es causa de competencia y germen mortal de provincialismo...

En este caso el fútbol ha dejado de ser juego para convertirse en encarnizada lucha, donde la técnica martiriza, y se exalta no la simple alegría sino el entusiasmo bélico... No sólo se encienden sino se desbocan las pasiones y el imperativo del triunfo está sobre el honor y la vida misma.

Una partida de fútbol, entre equipos de pueblos

que poco o nada tengan de común, se explica; pero entre hermanos y con ciertos odiosos antecedentes, carece de lógica y debiera relegarse a la jibaria...

El quinto campeonato lo pasamos con relativa felicidad, pues sin recordar el vocabulario de las barras y uno que otro tongo, marca Gato, el juego resultó gracioso.

Llevóse a cabo el sexto campeonato; y la lucha revistió tales caracteres que al haber entrado en juego la bomba atómica, a estas horas hubiéramos estado improvisando una capitalita de poco más o menos, y en cuanto a la Perla del Pacífico, seguramente que la estábamos recogiendo con cuchara, si no buscándola en Chibunga... Consecuencia de ese fraternal esparcimiento fue el saqueo último en Guayaquil y las monstruosas contusiones que trajeron en los dorsos los cuencanos, como que no se hubiera tratado de un encuentro con un equipo guayaquileño, sino con todas las huestes de Atila y los caballos del Apocalipsis...

Va vendrá el séptimo campeonato, haciendo indispensable ciertas medidas precautorias. No sólo el jefe de la Guardia Civil deberá pertrechar a sus hombres, como para una batalla, sino que los espectadores estarán en el caso de armarse hasta los dientes... Los equipos con vispera tendrán que despedirse de los suyos y hacer testamento... En cuanto a las mujeres, que se atrevan a arrostrar los peligros de ese olímpico entretenimiento, deberán hacerse taponar las orejas... Con las donosuras que se oyen en un campeonato de fútbol, hay para escandalizar a los presos de la cárcel y ponerla de siete mil colores a la más descarada pelandusca... Además, si los señores del campeonato, olvidando que en juego ni en veras con tu

señor no partas peras, se empeñan **INSISTENTE-
MENTE**, en que concurra «mi pueblo», «mi ejército»,
mi etcétera, deberían pensar en los chalecos blindados
de marras, y, por si acaso, en el bálsamo de Fiera-
brás, porque de un amurco nadie está libre y sobran
púgiles en el campo de los filisteos...

Juego de niños, hasta ayer era inocente, y hoy
dejara de serlo por completo sin el Diputado aquel
que, con la cara embadurnada de alfeñique y sorbién-
dose las narices, propone en la cámara la santificación
de Marianita de Jesús...Y haciendo biberón del pulgar,
dejándose conocer el juego y encariñado con los ju-
guetes expropiados a Arroyo del Río, se emperna en
retenerlos...

Juego de ingenio y de palabras hace el Gobierno
para darnos en buenas razones, lo que debiera ser
gasolina, arroz, azúcar, pan; espiritualizándonos con la
abstinencia en tal forma que ya nadie piensa sino en
la Bula de la Cruzada y en darle contra las piedras
al Modus Vivendi, haciendo que las manos muertas
se pasen de vivas...

Los Padres Conscriptos no miran más allá de sus
narices y, con desastrosa puerilidad, se dejan contem-
plar desnudos en su nada curioso juego de compa-
dres...De la nueva Constitución han hecho un juego,
sin saber hacer juego en nada, y lo que consideran
hoy lo reconsideran mañana: el juego de la correjue-
la, cádate dentro y cádate fuera.

Y ahora que de Diputados se trata, es un hecho
la llegada de la langosta a las orillas del Jubones...

El pueblo hambriento, a fuer de reconstruido, de-
biera estar aterrado con la noticia; pero no es así. Se
le ha asegurado que la langosta de pata amarilla es
comestible, y diciendo: a falta de pan buenas son lan-

gostas, espera que la plaga avance para resarcirse de hambres...Ya verán lo que le pasa a la tal plaguita: viene con toda la buena intención de comernos y va a resultar digerida...Lo que pasó con el capitalismo en Guayaquil...A la intrusa se le va a despintar el juego, y viniendo por lana va a quedar trasquilada... ¡Pobre langostita, si también para ella habrá sonado un 28 de mayo...

Muchos creen que el amor en los matrimonios es un juego en el que ninguno gana...Y yo juzgo que si la mujer pierde solamente lo que tiene, al hombre no le queda ni cera en el oído y embarga hasta lo que puede tener...Y si a ella le sale el tiro por la culata, a él no le queda ni cara en que santiguarse...

En amor se juega a ojos vendados y es por eso que se hacen viables las carantoñas y esos chanchos que hicieran del séptimo sacramento su pocilga, si sobre ellos dejara de vibrar el látigo del divorcio...

En el poker y en el amor son idénticas las suertes; hay mujeres que prefieren a la más bella flor, las más bajas cuatro patas, y en eso de farolear se les queda tachuela el más ducho hojalatero...

Y como me cansé de chacotear, termino:

El amor nos vió jugar
la perinola a los dos,
y perinoleando, ay Dios,
nos pusimos a la par
tú a reír y yo a llorar...
Con estudiada ficción
me ganaste el corazón,
y haciendo de fe alharaca,
comenzaste SACA y SACA
y yo pobre, PON y PON...

Enardecido, al fin: ven
te dije lleno de ardor:
NADA me dijo tu amor
y DEJA tu cruel desdén...
Pero esa noche, mi bien,
yo no sé lo que pasó;
el Niño Ciego te vió
entre mis brazos sumisa
y, matándose de risa,
dijo: TODO...Y se marchó.

P A N

A pan duro diente agudo dice el refrán, y el pueblo, sin poner en práctica el consejo, consiente que se le dé obleas en vez de bollos.

Pan floreado no cuecen hornos políticos, ni come el pan con certeza el avezado a la perruna... Todo esto pudiera discutirse, pero lo que no deja duda es que el pan de flor, el legítimo candeal nunca volverá a dejarse ver sobre nuestros manteles...

Aseguran los viejos que en sus lejanos abriles comían, no como hoy el pan de los niños, sino el verdadero pan pintado, con huevos y manteca... Sin duda sería en aquellos bíblicos tiempos en que llovían codornices fritas, con salsa mayonesa y otras porquerías... Y para probar esta arriesgada hipérbole, no de las codornices, sino del pan con huevos y manteca, ponderan y citan con orgullo el legendario pan de las Izquierdos, con la misma y exultante entonación con que proclaman la chicha de Nulti, los cuyes de mama Simona, el ticti de mama Quashalanga...

Si, señores, pan con huevos y manteca... Como si dijéramos: política ecuatoriana con honradez y sentido común...

¡Huevos y mantecal ¡Honradez y sentido común! Ah, si todo esto tuviéramos nadie dijera: pan con pan, comida de tontos, sino que otro gallo nos cantara...

Estas afirmaciones parecen mitos; pero no lo son para los que nacimos en el siglo anterior y contemplamos cómo se echaban los panes porque rebozaban las trojes...Y comimos pan de huevo en la más amplia acepción del vocablo; pan migoso, sonrosado y grueso, como mejilla de monja boba...

Los muchachos de entonces, sencillos y cándidos hasta salvar el paso de Jambeli, que así se llamaba al bachillerato, tuvimos por ración en la mesa la mitad de un pan, de a cuatro por medio; al entero llegábamos sólo de hombres hechos y derechos...Lo que no pasa ahora que pan entero empieza comiendo el niño desde el abecé...Y por consiguiente se hace facilillo para el maestro llegar a cogerle el pan bajo el sobaco...

De hambre a la escuela llevábamos la mitad del pan que nos dividían en el almuerzo, ante cuya mitad los biscochos que hoy se venden a veinte centavos, no pasaran de cuscurros...El bade para dar cabida, fuera de los libros, al cantero, tenía que ser panzudo, como la grávida matrona de la Reconstrucción Nacional que, no porque sea aire, o cuando más libroma lo que le comba el seno, deja de satisfacer antojos, valiéndole un pan por ciento, mientras a los reconstruidos nos va dejando con esta cara de mañana que comeremos...

Parece que veo sobre las mesas de las pulperías, rodeados de alfajores, costras tetonas y rodillas de Cristo, haciendo tus tus a los transeuntes, los nunca bien ponderados MUDOS: unos panazos prietos y regañados que amapolaba el achiote, mostrando en los bordes repujadas jetas de oro y cubiertos de costra áspera y tostada, delicia de la gula y que se volvía música entre los dientes, azuzando los órganos del

gusto...Ese pan enorme y rico que hacía decir: el pan bien ahechado, dos veces es floreado, capaz de repapilar al más descontentadizo gastrónomo, se lo adquiriría a la vuelta de una esquina, y a cuatro por una peseta...

¡Pan de Gualaceo! Majestuoso y espléndido, como un ocaso de sol de estío. Para trasladarlo a Cuenca desde la tierra de los priscos y las chirimoyas, antes que no teníamos camiones, se hacía indispensable un jayán de anchas espaldas, dotado de vigor hercúleo para arrostrar en un día entero de camino el peso de esa flor gigante de horno: archipiélago de rubia harina, en cuyas tostadas grietas recatábanse los genios de la golosina, y el bólido de migas convertíase en paraninfo del altar donde oficiaba Momo...

Por una extraña asociación de ideas, viene a mi mente el inmenso don Gabriel García Moreno, que nunca supo lo que era comer el pan de balde, con todo el prestigio de su nombre y el injusto rencor de sus antagonistas. Veo a don Gabriel fundando la Politécnica, moralizando el ejército, defendiendo las fronteras, balanceando la economía, imponiendo pulcritud en el manejo de los caudales públicos, cruzando de carreteras el territorio, empeñado en la verdadera reconstrucción, imponiéndose en la República, como el Chimborazo en la cordillera, y dando al pueblo, si no genuina moral democrática, pan, mucho pan, con huevos y manteca...

Hoy el pan de Gualaceo es como nuestras libertades y nuestros hombres: pequeñito, anémico, desmoriado, crudo... Al verlo la antítesis ensombrece el pensamiento y delante de esa miserable y fofa caricatura, el hambre contorsionándose gime como el poeta ante las ruinas de Itálica famosa...

En los benditos tiempos que añoro hombres y cosas eran de distinto calibre. Nadie buscaba pan de trastrigo y todos llamaban el pan, pan y el vino, vino. En los matrimonios el cálculo no suplantaba al cariño; los hábitos generalmente eran honestos y las necesidades limitadas, por consiguiente los enlaces volvíanse obvios y hacederos; el Niño Ciego no desperdiciaba flecha, y al Cura de la parroquia faltábanle manos para bendecir amarteladas parejas. No, no era el dinero, como en estos tiempos, indispensable requisito para el himeneo. Cupido cargado de talegas, tiene mucho de Sancho; pero un mozo siglo veinte y bien nacido, ¿cómo podrá atreverse al séptimo sacramento sin zorros azules, medias naylon, pieles y más costosas zarandajas; sin los imperativos de la radio, del auto y el viaje de bodas en avión, cuando menos a la República vecina?

Los amantes antañones, que sabíamos engañar el pan, decíamos a nuestras novias: contigo pan y cebolla; y ellas a las paternas reflexiones, pagadás de nuestros besos, musitaban: más vale pan con amor que gallina con dolor...Y tras la bendición del Cura nos largábamos dichosos y entusiastas a buscar en las entrañas de la madre tierra, lo que hoy se busca en esa otra sin entrañas, la política...Convencidos de que la riqueza sigue al trabajo y a la perseverancia, sin que falle nunca el consejo: ara bien y hondo y cogerás pan en abondo...

En los benditos tiempos que añoro, la ciudad incomunicada, como la antigua Esparta, con los pasos del Bueste por el norte y el terrible Empedrado por el occidente, vivía en la paz y la abundancia, arrullada por sus ríos, engreída con sus hombres y abismada en la contemplación...

Los cuencanos convencidos de que por mucho pan nunca mal año, arraigados a la tradición fomentaban la creencia; y con el mismo fanatismo con que se vapuleaban y vivían a pan y agua en cuaresma, así en carnaval resarcíanse con creces... Tornaba la alegría a cocinar sus manjares, y como en la familia cuencana no había pan partido, el amor y la amistad eran sus únicos penates, y siendo el lujo apenas conocido casi no tenía aplicación aquello de no hay para pan y compramos musco...

Solano habíase devuelto a la tierra después de haber hecho chirapa de sus émulos y contrincantes, probando lo que era en buenas manos el cuarto poder, y habiendo dado un vistazo profético a los problemas de Europa y de América, desde el oscuro refugio de una celda.

Turpial de los valles tomebambinos quedó Cordeiro embelesando con su canto mientras iniciábase en la lira la gran falange de «Los Sábados de Mayo», de «La Esperanza», de «La Aurora», de «La Luciérnaga».

Carlos Ordóñez convertía la cascarilla en oro y, piloteando el carro del progreso azuayo, despertaba las industrias y azuzaba la ambición de los que llegaron a ser millonarios. Los Leones sublimaban la sotana y los Vélez y Sangurimas daban firmes bases al templo del arte azuayo, mientras las parvas se amontonaban en las eras, y el pan, con huevos y manteca, estaba al alcance del más desarrapado habitante de esta feliz Arcadia.

No faltó sabio foráneo que pagara el agasajo de los viejos hijos de Don Gil, con excesivas y denigrantes afirmaciones contra la apasible ciudad de los tonos del Niño; pero sobraron morlacos de mal genio

que se fueron de madre al devolver la injuria, diciendo: quien da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro...

Entre los cuencanos, lo que hoy llaman los Galenos descalcificación, no se conocía. Todos comíamos buen pan y, por consiguiente, estábamos de sobra calcificados... Ah, si a mi inteligente tipógrafo alguna vez se le fuera la mano, y al término CALCIFICADO le ahorrara de esa C que está haciendo de mosca sobre la leche, de velo sobre la Venus de Milo... Mas, para llegar a CALIFICADO urge dejar de ser politiquero, dar a todos pan y callejuela y aprender a comer el pan con el sudor de la frente...

«Panem et circenses» gritaba imponiendo el pueblo romano. Nosotros también gritamos, pero implorando solamente pan... Y mientras se exporta la harina, la Reconstrucción nos lo da de aserrín... Gritamos solamente pan a los dirigentes que nos escuchan como si tal cosa... Cual si no supieran que con pan y vino se anda el camino... Gritamos solamente pan, porque si agregamos: con huevos y manteca, tendrían para reír hasta desternillarse los que convirtieron en empolladoras y chancheras los flamantes postulados del 28 de mayo...

Nunca como en estos tiempos se ha evidenciado el apotegma: «no sólo de pan vive el hombre». Sí, señores del gobierno, los cuencanos vivimos de lo que quiera, menos de pan... Excepto aquellos dichosos que en el pan de munición y en el pan bendito han dado con todas las vitaminas...

Alzanse oscureciendo el horizonte, por el noroeste el hampa y por el sur la langosta... Dos hambrientas plagas que mañana darán cuenta con los últimos cuscurros tirados bajo la mesa de la Recons-

trucción Nacional, sin que a sus comensales, que saben hacer un pan como unas hostias, les importe un pisto que el pueblo se debata entre hampones y langostas...

Y ahora sí, volveremos a comer pan, con huevos y manteca, cuando la rana crie. Hasta tanto, felices años nuevos y que cada cual con su pan se lo coma...

PASTEÑO CHIMBAY

«Por ese cerro nevado
vidé bajar un venado»

Así cantando el Pasteño
atraviesa el pajonal,
en un caballo cenceño
que en brío no tiene igual.

Lleva HUANACO pesado,
zamarro de piel espesa,
y un pañuelo colorado
anudado a la cabeza.

Al arzón la larga beta,
el machete a la cintura,
y la mohosa escopeta
al pico de la montura.

Es el Pasteño Chimbay
terror del páramo entero,
porque en todo el ható no hay
como el Pasteño un cuatrero.

Perseguirlo, es vano empeño,
alcanzarlo, es imposible;
aseguran que el Pasteño
echa humo y se hace invisible...

Si le acosa el amo, airado,
el indio escapa al instante,
llevándose por delante
una punta de ganado...

Si de un yuntero barrunta
la denuncia, al otro día
llora el dueño de la yunta
junto a la estaca vacía...

La choza de su enemigo,
el rato menos pensado
se quema...Y si hay un testigo,
amanece apuñaleado...

El cielo es de plomo, tiene
fulguraciones de acero,
y el viento del norte viene
rempujando el aguacero.

Esconde del sol la lumbre
la bruma que se desata
y, en revuelta cabalgata
de espectros, gana la cumbre.

En la choza tiembla el payo,
y el ganado con empeño

junta, temiendo el CUENTAYO
la visita del Pasteño...

Recién parida la vaca
está cerca de la choza,
tendida junto a la estaca
mientras el crío retoza.

Es la dicha y el recreo
del dueño de la majada
que esa tarde el esquileo
comenzó de su manada.

El Pasteño encastillado
en el chaparro, vigila,
con el oído aguzado,
asechante la pupila.

Mas, derrepente se esfuma...
Agil, con rara destreza
hace su cuerpo de puma
culebrear por la maleza.

Arrastrándose, paciente,
llega quedo hasta la estaca
en donde, tranquilamente,
el dueño dejó su vaca.

Esquilando, alegre canta
y ajeno al mal que le asecha,
el ovejero se encanta
en el vellón que cosecha.

Mas, ¿qué vale que en la oveja
rica lana tenga el dueño,
si su vaca ya se aleja
robada por el Pasteño?...

Por el viento perseguida
de brumas la densa ronda
huye, y el sol en seguida
cuelga la guedeja blonda...

Mientras en la pobre choza
el gemido nada aplaza,
y ni un punto se reposa
buscando, en vano, la vaca,

En el distante roqueño,
del peñasco entre las grietas,
de la vaca y del Pasteño
se perdieron las siluetas...

Y de la gruta escondida,
que no hay ojo que divise,
brota una canción perdida
de indiano dejo que dice:

«Por ese cerro nevado
vidé bajar un venado...»

JOLGORIO

En el páramo brumoso silban las ráfagas; en el cercano corral mugen los bueyes, y en los distantes bohíos, entre el aullido de los perros, óyese el grito del vigilante vaquero y el ahogado rumor de las manadas.

Crecido el Galuay se despeña y manchado desciende desde las erizadas cimas del Padre-rumi, en cuyas grietas parece que divagaran las sombras de las últimas montoneras, capitaneadas por Céleri, Remigio Tamariz, Florencio Arízaga y el valeroso Tocho Lazo.

En los llanos prenden sus farolillos las luciérnagas; con la noche se acrecientan los rumores y al impulso del ábrego las brumas, como vellocinos desflecándose entre las zarzas del chaparro, van acumulándose lentamente en los hondones.

Noche de fiesta campesina.

En un silente recodo, entre dos ríos, está el cortijo donde se festeja el día onomástico de su dueño: un varón sin hiel que, aunque pasa de los sesenta, nada ha podido empañar las blancuras de su alma, ni borrar de sus mejillas los intensos carmines de la infancia...Es un niño viejo amado de todos, pero especialmente de los indios. Nadie como él sabe ser bue-

no con ellos: les manda como amigo, les reprende sonriendo y el perjuicio o la injuria que recibe, no hace en perdonar el menor esfuerzo. Es el amo y señor de su hacienda y de su casa, pero procura no hacer sentir, menos imponer a nadie su preminencia...

Entre los festejadores está un viejo soldado, de facha procer, ojos de fuego y retorcidos mostachos, en cuya diestra, familiarizada al acero, relampagueó la pluma coruscante...Escritor y paladín de aquellos que se impusieron en las luchas del pensamiento, y en los campos de Marte hicieron morder el polvo a las falanges del alfarismo...

Es de los valientes que purificaron la patria de los miasmas de Veintemilla, dejando jalones de gloria con la sangre de Manuel María Borrero, con las heroicidades del Chaso Gálvez, las proezas del Tigre Toral y la serena audacia de los Arizagas, Ullauris y Vegas, en las magníficas jornadas de la Restauración.

Este viejo soldado lleva en los ojos la imagen de la amazona Marieta y en sus oídos las alabanzas de ella. Su labio, que se endulza con los niños y las mujeres, de continuo es desdeñoso, no sé si por el hábito de menospreciar el peligro, o porque todavía paladea las hieles de la miserable política que obligó a desvanecer calumniosas imputaciones.

Su nombre y el de Antonio Vega son inseparables; y si de acero fue el último laurel que con su mano llevó a las sienes el inmortal caudillo, también de este invicto prócer rubricaron el pecho las balas de veintitrés de agosto, después de haber dejado huellas en su frente los lauros de Tanquis y los apenas cosechados del Cinco de Julio.

Entre los invitados hay uno que rasgueando la guitarra canta las elegíacas canciones de los patriotas

morlacos, obligando a los que le escuchan a convertir los ojos al pretérito infausto. Morlaquía recuenta sus dolores sin alivio en «El Recluta», y gime por sus hijos sacrificados en el evocador y lloroso «Curuchupa»...

Los de la fiesta fanatizados por la religión y la política, vuelven a ver al epónimo caudillo tendido sobre el polvo de la tierra que le llora, con las sienes rotas y esa mueca de supremo desdén que suele contraer las comisuras de los que repudian la vida cuando el honor lo demanda...

El trovero canta:

«Sobre las tumbas de un campo santo
deudos y amigos oran después...»

La canción sintetiza la convulsionada etapa del alfarismo al iniciarse, en la que los conservadores fueron víctimas de todo desacato: fusilamientos, contribuciones, persecución, vejámenes...

«Corre sobre ellas piadoso llanto,
mano amorosa plantó un ciprés...»

De los dueños de la alquería y del grupo que en ella se hospeda: creyentes exaltados y conservadores de tuerca y tornillo, una imperiosa necesidad de venganza enfierece los rostros y sojuzga los espíritus.

Estaba palpitante el desastre de Ayancay y, con el canto de «El Curuchupa», bullía en las mentes el recuerdo de Antonio Vega, el fusilamiento del Capitán Guillén, de Víctor León Vivar, la sangre de Antonio Harris y de los que apenas habían dejado de ser niños: Carlos Joaquín y Octavio Córdova Toral,

José Nicolás Cordero Bravo y el llorado Chivito Fernández...

La sentida y amorosa queja del recuerdo, en la voz del cantor, se convertía en lágrimas, y desfilaban las sombras de los paladines que al grito de ¡viva Vega! abandonaron las aulas y los talleres, a donde retornar no consintió la muerte...

«Los que murieron por patria y Cristo...
Ellos no tienen tumba ni cruz...»

La emoción eriza la epidermis, los pechos se llenan de suspiros, y las mujeres, con los ojos llenos de lágrimas, ruegan que cese la sentida y flébil trova.

Flautas, dulzainas y rondadores, preludian un aire de la tierra. Suenan hurras al dueño de la fiesta y, encendido el entusiasmo, vuélvese ritmo en un paso de arroz quebrado...

Repartiendo sonrisas y donaires, más que chorros de chispeante draque, una bella trigueña, de ojos enormes y profundos, de rostro florecido de amapolas y en cuyas sienes no acababan de marchitarse los azahares del himeneo, se acerca al guitarrista. Con mano temblorosa ofrécele una copa; y el fusilazo de sus pupilas y el señuelo de sus labios, donde pirueteen todas las tentaciones, hacen estremecer al cancionista que, musitando, le dice:

—Siempre será tu licor menos ardiente que la escondida hoguera de tu recuerdo...Ah, si en esta copa me dieras a beber el olvido...

Ella responde:

—Calla...¿No adviertes que nos miran?

El baile se prolonga hasta que rendidos bailarines y músicos se impone el descanso. Y mientras el

viejo soldado insinúa que vuelva a cantar el guitarrista, secretéale la trigueña, hurtándose a la inquisición de los ojos que le atisban:

—Canta, pero algo que tenga de las inolvidables serenatas que me diste, antes que buscaras en otros brazos lo que hallar no quisiste entre los míos...

Al trovero le ha rodeado un grupo que, obligándole a beber le exige improvisar una canción de amor.

Más que el alcohol, los ojos de ella y su ruego, inspiran al repentista; y así, esclavo de su emoción, canta:

Cuando contemplo a mi amor
de otros brazos prisionero,
siento un agudo dolor
y me muero...Sí, me muero...

Muchos de los oyentes están en el secreto del truncado idilio que el cantor lamenta...Un silencio decidor ha paralizado las lenguas, dejando palpitantes los espíritus...Atisban las miradas, posándose en ella, que el rubor amapola y en el que, ciego a todo miramiento y sugestionado por la musa, que le arrebató, continúa:

Con sus besos me quemó...
Ella fue mi amor primero...
Mas, ay, el destino fiero
de mis brazos le arrancó
y es por eso que yo muero...

Entre las alentadoras miradas de las mujeres y el elocuente rebumbio de los grupos, el improvisador,

después de haber arrancado a la guitarra verdaderos gemidos, siguió cantando:

Gacelilla de mi pena
llorar cantándote quiero;
diste el cuello a otra cadena
y así, mirándote ajena
quiero morir, y no muero...

Morir, morir, sólo quiero;
sin tí la vida no es vida,
si con mi incurable herida
viviendo me desespero
«y muero porque no muero»...

Un sollozo, mal sofocado por el pañuelo, hizo que todas las miradas se posasen en la trigueña de los ojos llameantes...El cantor dejó la guitarra y recatando su emoción, dijo:

—Esta hora es de alegría, no de lágrimas...Obligáronme a improvisar y no estuvo en mí hacerlo de otra manera.

—Adelante, replicó el viejo soldado, poniendo otra vez la guitarra en manos del repentista; ahogar la inspiración es un crimen, siga el poeta en su ascensión olímpica, sin que le importe un pisto la niebla que le circunda, ni el rayo que le amenaza...

Y vuelve a sonar la última queja que el trovero modula con esta estrofa:

Nunca la podré olvidar,
por más que olvidarla quiero...
Y ella vive sin pensar
que sólo por ella muero...

Estruendoso aplauso dió término y remate a la improvisada canción que hoy, después de tantos lustros, vuelve a mi mente, produciendo intensas y dolidas añoranzas.

La vieja escena torna a mi recuerdo en un momento de emoción dolorosa, cuando la que fue trigueña, de ojos encendidos, la musa inspiradora de aquella tan lejana noche, se acerca tendiéndome una mano arrugada, con dedos reumáticos, y pide mi colaboración en una noble obra de protección infantil que dirige.

Está delante de mí, agobiada, empequeñecida, como que los años, aplastándola se empeñaran en reducirla.

Y escondió su mano en la mía, como pájaro enfermo en el follaje de un árbol agostado...

Bajo la hinchazón de los párpados, fulguran todavía las pupilas... Así el relámpago, en la noche tempestuosa, hace destacar, intermitente, el monstruoso cuadro de la tormenta.

Y hoy que no queman sus ojos,
ni sus curvas embelesan;
hoy que sus labios no besan
y han dejado de ser rojos;
hoy que no provoca antojos
y es como fuente agotada...
Hoy que no le queda nada,
le quedo yo todavía,
como la grieta sombría
a la gaviota cansada.

DESFILE DE SOMBRAS

Cuenca es un verjel...

He ahí la sobada frase que viene repitiéndose desde Caldas que le cubrió de viboras, hasta Arroyo del Río que le llamó rincón de sosiego, nido de las musas.

Cuenca es un verjel lo han dicho en todos los tonos, desde la copla callejera, hasta la estrofa épica; desde el brindis sahumado, hasta el apotegma del elocuente repentista.

Los cuencanos nos hemos dormido sobre ese verjel, importándonos un ardite la sorrostrada de críticos encandilados y de ala exigua para ascender hasta enfrentarse con los astros de nuestra literatura, y de aquellos que han querido hacer de ese prado, sarrieta, pretendiendo marcar el rostro de los durmientes con el estigma de su pingosa baba.

Más que prado y verjel, Cuenca ha sido página de blanda cera, donde ha ido imprimiendo sus huellas el despotismo.

Pero esto no es lo esencial, sino que sus moradores estén siempre dormidos...Tan dormidos que no fueron suficientes para despertarles, ni el látigo de Franco, ni los cascos de Rueda, ni el insistente roz-

nido de los flautistas de la Reconstrucción.

El Azuay va a festejar su fecha clásica. Empiezan a serpollar los árboles, abrotoñan los rosales.

En el Tres de Noviembre de 1820, el sol de libertad no sólo modificó el calendario histórico del Austro, sino que en la revolución de las ideas incluyó el de las estaciones, y dejó mayo de ser el mes de las flores, para que en noviembre comenzara, en la tierra de don Gil, la primavera.

La ciudad, vestida de verdura, coronada de pimpollos, a su festividad se apresta. Todas las provincias hacen coro a su alegría. El telégrafo no cesa de transmitirle mensajes de cordialidad y afecto. Pero «MI PUEBLO», no verá el sundín cumplido si no lo preside su candidato, para lo cual, anticipadamente le invita y alegremente le espera...

De sobrevienta, el telégrafo, en derroche de exquisitez, anuncia al prócer con este mensaje:

«Voy a Cuenca porque me han invitado, insistentemente...Pero a la primera falta de cordialidad tomaré el avión y me regresaré a Quito...» (sic).

Y en la página de blanda cera dejóse caer, de gluteos su excelencia...Y queriendo poner su honor a salvo, puso su salvohonor entre el látigo de Franco y los cascos de Rueda...

Raya el cielo azuayo un pájaro de la Panagra, mientras el pueblo, en majestuoso desfile, está pasando delante del monumento de Abdón Calderón.

El huésped, INSISTENTEMENTE invitado, se acerca al Paucarbamba, curioso por saber hasta donde puede el insulto amapolar las mejillas, y cómo han quedado impresas sus antipodas en esa página de blanda cera...

En el campo de aterrizaje, atragantándose en el

pan del presupuesto, sobran encontradores...

Avanza el huésped por la Avenida Huainacápac, pero al ir a desembocar en la carrera Colombia, un enorme desfile, que viene por la Avenida González Suárez le detiene.

En ese momento, delante de él, un viejo fraile Franciscano, sin reprimir la risa, le dice:

—Nos has obligado a dejar nuestro descanso... Pero vas a pasar revista a todos los que has despertado con ese telegrama, en el que te fuiste de copas...

Fray Solano hizo una mueca de revesar, y continuó:

No te coja de nuevo la risa de todos los que tras de mí vienen...Vienen riendo porque saben a lo que se reduce, en el mundo de los tontos, las reconstrucciones...Pero como traen los ojos vaciados, no podrán mirarte ni con el rabo del ojo, aunque todos harán contigo lo que yo, un día, tuve que hacer con Irrisarri....

Macabra risa hizo traquetear las mandíbulas y los huesos de fray Molondro, mientras exclamaba el huésped:

—Quiero que escuches unas palabras respecto del malhadado telegrama que, si puede estomagar a los vivos, no es para alarmar a los muertos. Y, francamente, no pasa de ser una gota, tal vez, asquerosa, pero devuelta por el poeta morlaco con un océano de saliva...

—Hermano, contestó el fraile, cierra la boca: cuando empiezas no acabas nunca. El gaitero de Bujalance, un marabedí porque empiece, y diez porque acabe...Además, con los tajos y mandobles que tiran tus manos, casi siempre a destiempo, se corre peligro...

Encendióse en ira su excelencia, pero reprimién-

dose, interrogó:

¿Quiénes son esos que desfilan tras el grupo de damas?

—Son los epónimos, contestó el fraile. Proclamaron el 3 de noviembre, sellando el libro de las díplicas azuayas con su sangre, en Verdeloma. Encabeza el grupo, Javier Loyola, y manda la parada el Capitán Tomás Ordóñez. Esas damas son prez y lujo del estrado cuencano. Se destacan: la histórica Margarita Torres, la patricia Hortensia Mata, la inteligente y vigorosa Herlinda Toral, la poetiza Aurelia Cordero, la exquisita María Vázquez. Son muchas pero entre esa incontable falange de creyentes soñadoras, no hallarías una sola en cuyo corazón hicieran eco las utopías del 28 de mayo...

—Eso pudiéramos discutir, prorrumpió el invitado, sacudiendo las manos como CHASQUEROS...

Mas, como empezara a desfilas el segundo grupo, presidido por un monigote patizambo, siguió diciendo con fisga:

—Ya veo que no eres mi amigo; pero ni tú, ni ese que se tuerce como un escarabajo hallarían cabida entre los reconstructores.

—No te quede duda, dijo el fraile, en charcos no se posan aves de larga pluma... Descúbrete y atiende: ese, al que los pies le fallan, sóbrante las alas... Todo lo contrario de lo que con los reconstructores pasa... Se llama el Hermano Miguel. Va rodeado del Arzobispo Ordóñez y los Obispos Toral y León. En la constelación de sotana que hace su corte de honor, esplende Nicanor Aguilar, mesenas de esta tierra, poeta, de los genuinos, periodista y educador de varias generaciones azuayas; junto a él, encarnando la chispa y embelleciendo el apotegma, ese que sardóni-

co te mira, es Juan Cuesta; esos que te compadecen son los angelicales Armando Fajardo y Manuel Jesús Valladares; aquellos que parecen sonrojarse mirándote, son Cornelio Crespo y Joaquín Martínez; ese otro que se te ríe en las barbas, porque supo construir, es Ignacio Peña y aquel que a pesar de todo, te saluda estentóreamente, es Javier Landivar, y el que va tras ellos, haciendo brotar flores a su paso, es Justo León. Si viviera, ya se te hubiera ofrecido en reemplazo de los que castigaste por leales....

—A los criminales políticos, contestó con voz alterada el huésped...

—Alto, atropellóle el fraile, deja de hacer palabras, buenas para las orejas de los vivos que, no hay duda, las tienen muy largas...No te oigan esos que vienen dando más brillo al día y encarnan con sus nombres rara paradoja. Son Benigno Malo y Pío Bravo. Van acompañados de Antonio Borrero y Mariano Cueva, Juan Bautista Vázquez y otros que no les van en zaga.

Mientras el **INSISTENTEMENTE** invitado, tiene los ojos por la anchurosa avenida, y piensa que va a ser sin término el desfile, siguen delante de él pasando, el Mariscal Lamar, el General Escandón, el Padre Berrueta, Miguel Custodio y Mariano Veintimilla, Ramón Borrero, los hermanos Parra, José Rafael Arizaga, José Félix Valdivieso, Benigno Palacios Correa, Manuel Vega, Juan de Dios Corral, Miguel Prieto, Tomás Abad, Agustín Iglesias, Santiago Carrasco, Tomás Rendón, Benigno Malo Tamariz, Agustín Peralta, Antonio Farfán y Tadeo Torres.

—Ahora comprendo, musita el foráneo, lo utópico de mi sueño. Pensé la Reconstrucción posible, rodeándome de los mejores, pero ellos están reunidos

aquí, y han dejado de ser del mundo de los vivos...

—Sí, repuso fray Vicente, tú estás en el mundo de los pillos que, por lo pronto, te han enseñado a ser INSISTENTE en aquello de andar metiendo la pata...

En ese momento, pasaba Adolfo Torres, salmodiando algo que decía: incoloro...Insaboro...Loro...

Iban tras él, Pablo Chica Cortázar, Joaquín Malo, Juan Jaramillo, Francisco Moscoso, Manuel Coronel, Benjamin Cordero, Alberto María Andrade, Juan José Ramps, Remigio Astudillo, Angel María Estrella y Reinaldo Chico.

En actitud olímpica y sin dignarse de mirar al convidado, pasaron Alberto Muñoz Vernaza, Federico Malo, Gonzalo Córdova, Nicolás Arizaga, Roberto Crespo Toral y Abelardo J. Andrade.

Tras ellos, formando otro grupo, seguían: José Alvear, Nicolás Sojos, Amador Sánchez, Manuel Farfán, Francisco Carrasco, Francisco Cuesta, Antonio Carrasco, Manuel Malo, Nicanor Corral, José Humberto Ochoa y cien más que iban rodeando a los maestros.

Mientras tanto a la cabeza de incontable falanje acercábase, en actitud procera, un caballero de larga espada y espuelín dorado.

—¿Quién es? Interrogó el huésped a fray Solano.

—Ése, dijo el fraile, es el Bayardo morlaco. Su nombre, una clarinada; su historia, corta y brillante, como el relámpago: es la gallardía, el heroísmo, el sacrificio, en la más bella expresión humana. Se llama Antonio Vega Muñoz. No defendió principios, pero fue baluarte de la honra de su tierra...

El día que no pudo defenderla, lanzó su vida, como una bofetada, al rostro del despotismo... Le a-

compañan sus tenientes: Mosquera, Vázquez, los Céllerí, los Lazo, Cordero Bravo, los Córdova Toral, Antonio Harris, Sebastián Moscoso, Pío Corral, Roberto Jerves, Vicente Tamariz y mil valientes, flor de la Universidad, del Colegio y del taller...

—¿Aquel viejo, envuelto en la capa española, en cuyo rostro hay algo de los antiguos libertadores, y esos dos que a su lado van claudicando, y parece no ir bien avenidos, dijo el forastero, quiénes son?

—El viejo, respondió Solano, realmente, viene de próceres, es el padre del liberalismo azuayo y se llama Rafael Torres. Los que le acompañan, el uno es José Peralta, y el otro, Arcenio Ullauri, mas no porque claudican, dejan de ser lo que fueron. Peralta, el Montalvo tomebambino, hace rebozar con su nombre la historia del partido libertario, y aunque su pluma hundióse en piélagos de odio sectarista, mañana, no con lo que tú apodas Reconstrucción, sino con esa que se avecina, empujada por la fuerza atómica, es decir, por la verdadera democracia, saldrá a flote con todos sus resplandores, a disputar la preminencia a las más bien cortadas péñolas de la patria. Ullauri, se yergue en distinto plano: sojuzga el foro, domina el sofisma, es la inquietud, la valentía, la perspicacia incontrastables y siempre victoriosas...

Con acerba mueca de desdén, pasa Manuel J. Calle, de bracero con Federico Proaño, y ambos, insinuándose con Víctor León Vivar, hacen homenaje a Alfonso Borrero, que se descubre delante del Padre Solano.

—¿Quién pasa, interroga, curioso, el huésped.

Pasa uno que, siendo tuerto, vió mejor y más lejos que los que no lo fueron en la República; pasa el autor de Charlas, el que hizo de Tirabeque el San-

cho de estas Baratarias...Pasa morlaquía, sintetizada en ese que fue el primer periodista ecuatoriano, exclamó con orgullo el fraile. Al quedar estática su pluma, se hizo posible el 28 de mayo, viniéndose abajo el retablo de los libertarios...Con Federico Proaño, que le acompaña, enterróse la gracia y el donaire de la más brillante generación literaria. Los dos, miran piadosos a la víctima de Franco y reconocen en el autor de «Cuenca en Pichincha», el único azuayo a llamarse historiador, con derecho.

Pero un nuevo grupo se acerca. Parece que la mañana se vistiera de gala para verlo pasar. En son de vuelo, la frente en alto, coronada, desfilan, majestuosos y radiante, Luis Cordero, y empequeñeciéndolo todo, Remigio Crespo Toral...

Portando mirtos y laureles, van tras ellos Honorato Vázquez, Julio Matovelle, Rafael María Arízaga, Adolfo Benjamín Serrano, Luis y Gonzalo Cordero Dávila, Miguel Moreno, Jesús Arriaga, el Padre Aguirre, Vicente Cuesta, Miguel Angel Corral, Octavio Cordero, Remigio Romero León, Ezequiel Márquez, Tomás Alvarado, Alfonso Moreno Mora, Juan de Tarfe, Cornelio Crespo Vega, José Rafael Burbano, César Dávila Córdova y Simón Espinosa.

Y por fin, cerrando esta gloriosa caravana, dando una impresión de fuerza y seguridad, marchan: Carlos Ordóñez Lazo, Cornelio Merchán y Miguel Delgado, héroes de la finanza y del progreso azuayos.

Pero ya es más de medio día; su excelencia sintiéndose agotada y ya sin poder tenerse en pie, vuelve a tomar su vehículo y se dirige al centro de la ciudad, donde está desfilando el pueblo por la calle Bolívar.

Mientras tanto, en la Avenida González Suárez,

continúa la procesión de los muertos, y siguen pasando, presididos por el tribuno Miguel Cordero Dávila, el apóstol Víctor Cuesta, los eminentes Gaspar Sangurima, José Miguel Vélez, Miguel Angel Figueroa, Abraham Sarmiento y su malogrado hijo, Federico Guerrero, Nicolás Vélez, David Sarmiento, Ariolfo Vázquez, Manuel Serrano, Hermenegildo Leocadio, José María, José Miguel y Alberto Rodríguez, Nivice-la, Morocho, Acencio, Luis y Amadeo Pauta.

Al huésped se le recibe en la casa de la Gobernación, con la protocolar sonrisa de las caras presupuestarias.

El pueblo que desfila tiene que escuchar el discurso del INSISTENTEMENTE convidado, no porque en ello se interese, sino porque al huésped, sea quien sea, y por tongos que haga, Cuenca sabrá tratarle, no como él lo merezca, sino como ella se debe...

No faltan aplausos, aunque débiles y ralos, y se procura recatar nuecas y bostezos...

Mientras en el Parque Calderón, congregada la ciudad, da prueba de su tradicional cultura, en la Avenida González Suárez, cerrando el desfile de los inclitos azuayos, marcha el gran Huainacápac, proclamando el derecho que asiste a su Paucarbamba, para llamarse Atenas, a pesar de los látigos de Franco, de los cascos de Rueda y de los INSISTENTES flautistas de la Reconstrucción.

EL DIVINO HUESPED

Sin túnica ni cabellos nazarenos, no es fácil imaginarse al Hijo de María; sin embargo, JUAN CARLOS CROHARE ha llegado a personificar, insuperable y magnífico, a un Jesús siglo XX, de casaca americana, pantalón a rayas y corbata de pañuelo azul celeste.

Croharé es Jefe de un escogido elenco de alta comedia que viene recorriendo buena parte de América, y ha resuelto quedarse una temporada con nosotros.

En hora propicia para sentir y exteriorizar emociones y con el espíritu anhelante, estoy esperando que comience el drama...

El salón de la Universidad va llenándose de curiosos y de devotos de Talía. En las últimas filas un grupo de frailes exitan curiosidad y provocan escándalo, por ser exóticos los hábitos talaes en el teatro. Es que Croharé, afiliado en la hermandad franciscana, ha traído recomendaciones para los dominicos del Tomebamba, y esta es la razón de su concurrencia.

Se llama «EL DIVINO HUESPED» la obra que va a ponerse en escena...

Preludia el órgano una música extraña, pero de

honda emotividad; se amortiguan las luces y el telón va descorriéndose, lentamente, como empujadas por una suave brisa se mira disiparse las brumas de la maitinada.

En el escenario muéstranse el comedor de un hotel, a donde recalán incontables huéspedes, cargados de miserias y de afanes, tal como deja ver el recatado mirador de Barbuse. Rima con la irrasibilidad y trampería de la dueña de la posada, la impaciencia de la mal pagada sirvienta...El insultante orgullo del artista, las pérfidas maquinaciones del judío, la desvergüenza del viejo sátiro, los sacrificios del amor y de la inocencia en aras del placer y la avaricia, los desbordes de la envidia y la impiedad de todos contra todos, no hacen sino mostrar al hombre sintetizado en sus más bajas pasiones...

Derrepente un nuevo huésped, pero que nada tiene de común con los otros: habla lo indispensable, pero con la mayor dulzura; al mirar llega a lo más profundo, pero siempre sonriendo, y está pronto, sin que se le pida, a dar cuanto tiene... Esbelto, cenceño y pálido, con palidez divina...Su rostro embelesa, su actitud impone, su palabra electriza, su mirada arroba. Después de haberle mirado, todo lo demás desaparece; después de haberle oído, nada vuelve a tener música ni encanto, y el alma así esclavizada ya no puede sentirse dichosa sino renunciando a su libertad y ofreciendo el cuello a tan dulce cadena...Es la verdad, es el amor en la más bella, en la más alta encarnación estética.

A poco, el infierno del hotel se ha convertido en cenáculo de amigos... Y después que no ha quedado allí más imperativo que el de la fraternidad, el DIVINO HUESPED se aleja como el sol de la tarde, ba-

ñando de oro el paisaje, musicalizando, el bosque e impregnándolo todo de esa serena y sublime maravilla que hace posible la comunicación de la humana con la divina inteligencia...

Mi presente ha desaparecido, cargado de dudas, agobiado de desencantos... Mientras el alma vibra al influjo del DIVINO HUESPED, no queda en mí sino el pasado: la infancia, la primera juventud... Por eso mi corazón ha vuelto a latir con el ímpetu de los primeros años; el aliento de las muertas primaveras ha saturado mis pulmones y renovada la exhausta fuente de mis lágrimas, se ha desbordado, generosa y dulce, como en esos lejanos días en que pude oír la voz del Nazareno, cuando decía: «dejad a los niños que vengan a mí...»

¿Quién es ese que no sólo se ha atrevido a interpretar, sino que ha llegado a contrahacer, maravillosamente, al que según Profetas no tendría en el mundo semejanza...? ¿Qué palabra, como la que yo acabo de oír, supo divinamente compendiar la sencillez y la elocuencia? ¿Qué otra actitud pudo jamás ostentarse con tanta majestad y mansedumbre, como la de ese misterioso varón que, con el nombre de artista, ha convertido el teatro en templo, en donde por unas horas el verbo ha vuelto a hacerse carne...?

¿Quién es ese hombre que ha logrado encender en mi pensamiento las luces que hace tanto tiempo se apagaron...? ¿Cómo ha podido adueñarse de mi alma, romper el dique de mis lágrimas, y trocar en suave dulzor todo el acíbar que me envenenaba? ¿Por qué se ha impuesto a todas mis rebeldías, maravillando mis ojos, embelesando mis oídos, adueñándose de mi voluntad y haciendo que retroceda a mis primeros años de fe y de inocencia...?

Así Nazareno divino, tal como te he visto en esta noche, te retrataron en mi corazón las palabras de mi madre y el mágico pincel de los Evangelios en los lejanos días de mi primera infancia; así te ví por los campos de Betania, cuando mi alma era una página blanca, capaz de recibir completa tu hermosura... Así te ví sonriendo ante el agravio, anulando con la mansedumbre el rencor de tus enemigos, provocando arrepentimiento en la mujer manchada, convirtiendo en generosidad la avaricia y en dulzura la iniquidad y la venganza...

Nadie puede creer humanamente que Dios haya descendido hasta convertirse en hombre... Pero al hombre, otra vez, convertido en Dios, yo lo he visto esta noche con mis ojos...

¡Bendito seas, incomparable artista!

I N D I C E

	Pág.		Pág.
Para Empezar	3	¿Cómo Se Debe Can-	
El Guante	5	tar?	117
Morlacadas	13	No Creo En Los Par-	
Recordando Tiem-		tidos Politicos De Mi	
pos Idos	17	Tierra.	123
El Bolsillo	29	El José	129
Confianzas Celestiales	39	No Creo En La Re-	
El Fuego	47	construcción	135
Matrimonio Estriden-		Diálogo Fosfórico . .	139
tista	55	Creo En El Pueblo	
Entre el Amor y la		Azuayo	143
Gloria	63	Así Rezo Yo	149
Comadreo	73	El Juego	155
La Riqueza	83	Pan	165
Riendo y Llorando .	93	Pasteño Chimbay . .	173
Salvajes	101	Jolgorio	177
Interpretando Postales	105	Desfile De Sombras	185
Rebumbio	113	El Divino Huésped	195